

VERDAD Y CONSECUENCIAS

Corvette Rojo



D.J.57

BRIAN STEWART

PUERTAS
— del —
INFIERNO



MUSICAL

— — — — —
BRIAN STEWART

CORVETTE ROJO

by:
Brian Stewart

Copyright 2019, Brian P. Stewart

CORVETTE ROJO

El sonido furioso del elegante Corvette rojo que rasgaba el estrecho callejón era ensordecedor. Como una bala a través del agua, el automóvil atravesó suavemente el espacio, el tiempo y el sonido, exigiendo atención por su potencia y fuerza. El ruido que llenaba el callejón era una mezcla del elegante metal desplazándose en el aire, las ruedas presionando la grava en un patrón rítmico, y la música fuerte y estruendosa que resonaba por las ventanas abiertas del automóvil. La luz se reflejaba y brillaba como demonios danzantes de las suaves curvas de metal rojo cuando la luz del sol los golpeaba. El Corvette rojo era una llama roja, fuerte y ardiente, que ardía en el camino.

Con un fuerte chirrido de los neumáticos, el automóvil salió a la calle y giró bruscamente a la derecha. Estaba a pocos metros de una vieja casa de ladrillo con grandes letras griegas blancas en su frente. Suavemente, el vibrante auto rojo se detuvo antes de una señal que decía ‘Hermandad Alfa Omega Chi. San Antonio, Texas’. Los dos jóvenes dentro del auto permanecieron inmóviles por un breve segundo, permitiendo a los transeúntes caminar por la acera para admirarlos. Dos chicas de universidad pasaron junto al Corvette rojo y comenzaron. Cuando vislumbraron a los dos hombres guapos dentro del auto, se rieron nerviosamente, como si estuvieran ante las estrellas de cine. Doug, que había estado conduciendo el automóvil, extendió la mano y bajó la música. Con *Purple Haze* de Hendrix ahora en segundo plano, se volvió hacia Johnny y levantó sus cejas marrones en un movimiento de interrogación. Era un hombre alto de unos veinte años, obviamente en forma y fuerte. Tenía una mandíbula fuerte y cuadrada y ojos azules oscuros muy profundos, que brillaban contra su cabello rubio muy claro, mantenidos en un corte moderno y desordenado, con patillas largas que la mayoría de las mujeres encontraban profundamente atractivas. Llevaba un par de pantalones de color caqui de Tommy Hilfiger y una camisa polo azul claro, que parecía una figura de GI-Joe en un día libre. Sin bajar las cejas, Doug sonrió y desafió en broma a Johnny: —¡Continúa! Dijiste que podías hacer que vinieran

Johnny levantó sus gafas de sol estilo aviador Tom Cruise para revelar sus ojos marrones oscuros con cejas pesadas y pestañas largas. Su cabello era oscuro y ondulado, ligeramente peinado hacia atrás para revelar una cara hermosa. Era

tan alto como Doug, pero un poco más delgado. Su cuerpo era musculoso pero no grande, cubierto por una red de venas masculinas y sobresalientes. Con su ajustada camiseta blanca y sus jeans rotos y desteñidos, se ajustaba perfectamente a la imagen de un 'chico malo'. Pareciendo molesto porque alguien dudara de sus poderes de conquista, abrió la puerta y respondió a Doug cuando salió del auto. —No hay problema. Solo espera, ya verás.

Johnny salió del auto y lentamente se peinó hacia atrás para ver las miradas de admiración de las jóvenes estudiantes universitarias que entraban y salían de la casa griega. Se puso las gafas de sol y se dirigió con confianza a la entrada de la Casa de la Hermandad.

Doug sacudió la cabeza y sonrió: Johnny era un personaje. Volvió a subir el volumen y miró abstraído a las chicas que pasaban. Tocó el ritmo de la guitarra eléctrica en la puerta brillante de su amado auto mientras se preparaba para esperar unos minutos a que Johnny regresara. Pero pasaron menos de dos minutos antes de que oyera el sonido de risitas femeninas acercándose al auto. Johnny estaba caminando de regreso de la casa con dos jóvenes estudiantes muy amables universitarias, una a cada lado. Mindy, una rubia bajita y alegre, se reía mientras Johnny bromeaba tirando de la correa de su camiseta sin mangas. Era una chica bonita, con una nariz pecosa y dientes blancos perfectos. Su cabello rubio estaba recogido en una elegante coleta, y su camiseta sin mangas y sus pantalones cortos mostraban su figura bronceada y atlética, el resultado de ser parte del equipo de natación de la Universidad. Su amiga Nancy era solo un poco más alta, con el cabello castaño claro que se dejó caer sobre los hombros. También estaba vestida con pantalones cortos y una camiseta sin mangas, esto era casi el uniforme para las chicas de la universidad. Nancy no estaba tan bronceada como Mindy, y parecía más delicada que su amiga deportiva.

Johnny se acercó al Corvette y, con una llamarada artística, hizo una reverencia y presentó el auto y su amigo a las chicas: —Damas, este es mi mejor amigo y abogado personal, Doug Thomas.

Doug sonrió y pareció gratamente sorprendido. El encanto de Johnny con las chicas nunca fallaba, pero esta vez había recogido a dos chicas particularmente bonitas. A Doug le gustó especialmente la apariencia delicada y el aspecto amable pero tímido de Cindy. Saltó del auto para abrir la puerta a las chicas, jugando con el acto caballeroso de Johnny.

Johnny le sonrió a Doug y haciendo un gesto hacia las chicas se inclinó nuevamente diciendo: —Doug, ¿puedo presentarles a las damas: Cindy y Nancy.

Mindy se rió y juguetonamente golpeó a Johnny en el brazo. —¡Mindy, no Cindy!

Doug hizo una reverencia como *sir Galahad* con una sonrisa y luego extendió sus manos a las chicas: —Un placer conocerte, Mindy, y tú también, Nancy. ¿Quieren ir al río con nosotros? Conocemos un lugar realmente impresionante.

Nancy miró a Mindy y se encogió de hombros. —Claro, ¿por qué no? Mañana es día festivo.

Sin embargo, Mindy apenas escuchó a Nancy, ya que el auto reluciente había captado toda su atención. Se acercó al Corvette y lentamente acarició sus curvas. Con una mirada coqueta, se volvió hacia Johnny y con su voz más seductora le preguntó: —¿Es este tu coche, Johnny?

Johnny vio por lo bajo y trató de reírse del comentario: —No, tal vez algún día —dijo, caminando para tomar las manos de Mindy—. Los míos están en la tienda.

Mindy volvió a mirar el auto y se le ocurrió una nueva idea. Con una mirada confusa, ella preguntó: —¿Cómo vamos a caber todos?

Doug comenzó a caminar hacia el asiento del conductor y respondió: —Una persona puede sentarse en el asiento trasero.

Johnny abrazó a Mindy y dijo dulcemente: —Y Mindy, si quieres... ¿puedes acurrucarte en el asiento del pasajero conmigo...? —Mindy se rió de nuevo y siguió a Nancy al auto.

** **

El camino hacia el río fue corto, y las dos parejas pronto disfrutaron del calor relajante de un día de primavera en Texas en las aguas cristalinas de un pequeño estanque. Algunas rocas grandes cerca de una cascada habían creado el estanque natural con aguas cristalinas y templadas. Árboles de hoja perenne grandes y completos y densos pinos rodeaban el pequeño estanque por todos lados, separándolo casi por completo del mundo. Era un refugio celestial hecho de hojas y agua.

Siguiendo el ejemplo de Doug y Johnny, Mindy y Nancy se quitaron todo menos la ropa interior y saltaron al agua fresca y clara. El agua los recibió como seda refrescante en el calor de la tarde. Acarició sus pieles jóvenes de la manera más suave y estimulante. Los cuatro disfrutaron recostarse en este secreto cielo virgen y acuoso durante unos minutos. Johnny, sin embargo, no podía quedarse

quieto por mucho tiempo. Tentado por las miradas de la figura bien formada de Mindy, comenzó a salpicar agua suavemente hacia ella, mientras pretendía no hacer nada. Pronto estalló una pelea de agua entre los dos, a la que Doug y Nancy se unieron de inmediato. Risas y gritos pronto acompañaron el sonido de la cascada cercana.

Johnny salpicó agua directamente en la cara de Mindy que la cegó momentáneamente. Sin perder un segundo, rápidamente se acercó a ella por detrás y le quitó la ropa interior. Tomada por sorpresa, Mindy chilló y se zambulló bajo el agua en una persecución desesperada por su ropa interior. Ella se levantó nuevamente a unos metros de distancia, riendo. Puso todas sus fuerzas en salpicar el agua hacia Johnny mientras se reía y preguntaba: —¿Qué intentas hacer, ahogarme?

Johnny resistió valientemente el agua que le llegaba directamente a la cara y caminó directamente hacia Mindy. Escupiendo agua mientras hablaba, respondió: —No, no, nunca querría ahogarme o lastimarte de ninguna manera. —En un segundo estuvo lo suficientemente cerca de Mindy para que ella ya no pudiera salpicarle agua y él podría abrazarla. Mirándola fijamente a los ojos, preguntó: —¿Quieres dar un pequeño paseo?

Mindy sonrió y se escapó de sus manos para quitarle la ropa interior de la mano. Casualmente se alejó nadando, pero se volvió para mirar a Johnny mientras salía del estanque. Con su habitual sonrisa femenina pero coqueta, respondió: —Claro, déjame ponerme algo de ropa y zapatos.

Johnny la siguió fuera del agua y se puso los jeans y la camiseta. Se volvió y notó que Doug y Nancy también habían salido del agua y estaban tomando el sol en una de las rocas grandes y lisas. —Hola Doug, vamos río arriba para ver qué hay allí. Volveremos en un rato.

El sol de la tarde, como un cálido abrazo, estaba adormeciendo a Doug y no quería abrir los ojos o la boca para responderle a Johnny. Perezosamente levantó la mano en señal de pulgar hacia arriba. Johnny se volvió y asintió para que Mindy lo siguiera por el camino. La montaña los esperaba con secretos y placeres tácitos.

No fue una caminata difícil y la pareja rápidamente se dirigió río arriba. A cada paso estaban rodeados de flores de lavanda y árboles de hoja perenne. El aroma limpio y suave de las románticas flores de lavanda marcó cada paso en un camino estrecho lleno de luces y sombras. Era un camino solitario y rara vez se usaba. El hecho de que pocos humanos lo hayan visitado en los últimos meses fue evidente por las muchas ramas retorcidas y duras que bloquearon el camino

como brazos de advertencia. Johnny tomó la iniciativa y empujó vigorosamente las ramas hacia un lado para abrirle el camino a Mindy. Su camisa mojada se pegó a sus músculos, que se flexionaron cuando tiró de las ramas a un lado. Su cabello se había vuelto mucho más rizado que antes de nadar, y juguetonamente cayendo sobre su frente y su cara sudorosa, le dio un encanto casi juvenil sobre su rostro fuertemente cincelado y varonil.

Se encontraron con un gran árbol Palo Verde con una rama gruesa y retorcida que les bloqueaba el paso. Johnny lo retiró suavemente para que Mindy pudiera pasar por debajo sin tener que romper la rama. Sin embargo, antes de que cualquiera de ellos pudiera pasar la rama, un extraño crujido los detuvo. Johnny levantó la vista y vio una extraña pieza de metal cayendo a través de las ramas a solo un par de pies delante de él. Soltó la rama casi mecánicamente y se apresuró a investigar el ruido.

Varios pies detrás de él, Mindy solo había visto una sombra que caía y escuchó un fuerte ruido como un trueno que se rompía muy lejos. —¿Qué es eso? —Preguntó mientras se acercaba a Johnny arrodillado junto al metal caído. Johnny estaba ocupado tratando de voltear la pieza de metal para descubrir lo que pudiera. —Parece parte del ala de un avión —respondió Johnny, limpiando los restos de lodo y tierra apelmazados del ala del avión con la mano para tratar de distinguir cualquier escritura.

Mindy miró los restos del ala con sorpresa y comenzó a buscar otras piezas. —No he escuchado ningún informe de accidentes de avión por aquí —dijo—. ¿Y tú?

—No, tal vez alguien estaba volando muy bajo, tratando de superar el radar, ¿sabes? Sigue mirando a tu alrededor. Subiré a este árbol y veré si puedo ver algo más

Guiado por su entusiasmo, Johnny rápidamente subió por el árbol. Usó los tacones de sus botas de vaquero para evitar resbalar y sus fuertes bíceps para saltar de una rama a la otra. Estaba cubierto de sudor y jadeo cuando llegó a la cima. El sol, mucho más brillante en la parte superior del árbol de lo que había estado en el camino cubierto de abajo, inicialmente lo cegó. Se agarró a una rama para recuperar el aliento y la vista y con una respiración profunda gritó a Mindy. —¿Hay algo ahí abajo?

La voz de Mindy le llegó apenas, no se había dado cuenta de lo rápido que había subido en solo unos minutos. —Sí, parece parte de una hélice por aquí. Está bastante oxidado. ¿Qué ves allí arriba?

Johnny se volvió para mirar alrededor de la copa del viejo árbol. Era una altura considerable sobre todos los árboles que lo rodeaban, y tenía una vista majestuosa de los alrededores. Podía ver colinas de color rojo púrpura en la distancia, y a su alrededor había un mar verde de árboles que se movía con la brisa de la tarde. De vez en cuando, una gran roca atravesaba las copas verdes, como un barco varado en el mar. El curso del río también se podía ver muy por debajo: era un hilo plateado brillante que bailaba de un lado a otro alrededor de los árboles y las rocas. El cielo estaba libre de nubes y había adquirido un tono melancólico de azul con toques de ámbar. Era una vista impresionante y Johnny no pudo evitar quedarse en silencio por unos momentos asimilándolo. Durante ese momento, el mundo parecía mucho más grande que la vida de cualquier hombre soltero.

—Johnny, ¿has encontrado algo? —La voz de Mindy trajo a Johnny de vuelta al presente y se giró para comenzar a bajar. Solo entonces vislumbró una gran bolsa de lona verde que colgaba a unos metros a su izquierda. Con cuidado, se acercó y agarró la bolsa. La bolsa estaba enredada en un par de ramas espinosas y tenía un pequeño rasgón a un lado. Johnny puso sus manos sobre el rasgón y tiró con fuerza para hacerlo más grande. El material del lienzo resistió por un segundo y luego se rasgó varias pulgadas. Johnny empujó su mano fuerte por todo el conjunto y agarró un puñado de lo que había dentro. Se retiró cuidadosamente la mano y con curiosidad abrió la mano cerca de su cara. Su mano estaba cubierta con una pequeña planta frondosa. Johnny se llevó la mano a la nariz y olió lentamente lo que sostenía. No había duda: era marihuana de buena calidad, recién secada. Johnny silbó por lo bajo. —Debe haber una fortuna aquí... —murmuró por lo bajo. Una sonrisa tortuosa se extiende por su hermoso rostro. —¡Increíble! —Le gritó a Mindy—. Tengo algo. Permanece tranquila

Mindy levantó la vista y vio a Johnny luchando por sacar algo de las ramas del palo verde a varios metros en el aire. —Ten cuidado. Estás allá arriba...

Después de algunas dificultades, Johnny logró liberar el paquete de las ramas y sacarlo de allí. La bolsa se estrelló rompiendo algunas ramas en el camino, pero terminó atrapada a unos metros del suelo frente a Mindy. Johnny trepó emocionado hacia la bolsa y la soltó de nuevo. Con un fuerte ruido, la bolsa cayó al suelo. Mindy corrió hacia él y comenzó a examinarlo mientras llamaba a Johnny—. ¿Qué es?

Johnny saltó del árbol y se limpió casualmente antes de caminar hacia la bolsa. —Es mi nuevo Porsche —respondió, con una amplia sonrisa de puro deleite infantil cubriendo su rostro.

Mientras Johnny caminaba hacia ella, Mindy encontró el agujero al costado de la bolsa de lona y sacó un poco de marihuana. Miró las hierbas en su mano confundida. Se volvió hacia Johnny con la mano cubierta de marihuana como un guante extraño. —¿Nuevo Porsche? —Preguntó, con una mirada perpleja en su rostro.

Johnny pasó junto a Mindy, parecía no darse cuenta de su confusión, y se arrodilló junto al bolso, acercándose casi como un amante a su amada. Tomó otra pizca de las cosas de la bolsa y la frotó suavemente entre sus dedos. —Sí, probablemente hay alrededor de setenta mil en hierba aquí. —Cerró los ojos e inhaló profundamente el aroma de la hierba. —Se ve y huele a Panamá Rojo.

Mindy se quedó congelada en su lugar con una mezcla de sorpresa y confusión en su rostro. Sus ojos se abrieron de par en par cuando se dio cuenta de lo familiar que estaba Johnny con esta droga. Ella lo miró y casi tuvo miedo de preguntarle si planeaba quedarse con la bolsa. —No lo vas a guardar, ¿verdad? —Preguntó con voz suave y tímida. —Sabes que es ilegal...

Johnny se volvió para mirar a Mindy como si estuviera loca. Frunció el ceño y sonó profundamente molesto cuando respondió: —No hablas en serio, ¿verdad? ¿Qué crees que voy a hacer? ¡¿Tirarlo a la basura?! Este es el tipo de cosas que he estado esperando. Es mi oportunidad de oro para hacer algo por mí mismo. —Su voz se había vuelto esperanzada y enojada, y Mindy se sintió aún más intimidada por el hombre alto y musculoso que tenía delante.

—¿Un traficante de drogas? —Preguntó Mindy con una mirada de miedo y asco cruzando su rostro. —Eso es lo que llamas. '¿Haciendo algo por ti mismo?'

—Sí, por qué no —respondió Johnny mirando enojado a Mindy. Su voz tenía un filo agudo y violento cuando se acercaba a Mindy. Estaba de pie junto a ella cuando casi gritó: —Mi viejo era químico investigador en Jersey. Lo despidieron cuando trasladaron su operación a Guatemala. ¿Crees que voy a trabajar para alguna corporación? No, gracias. Ya termine de servir a alguien más y siempre temer al futuro... Su rostro de repente se calmó de nuevo. Se dio la vuelta y regresó a la bolsa. La recogió con un poco de lucha. La colocó cuidadosamente sobre su hombro como un ídolo precioso y dijo con júbilo. —¡Este es mi boleto a la libertad! —Sin mirar a Mindy nuevamente, comenzó a regresar por el camino. Los ojos de Mindy se llenaron de ardientes lágrimas. Ella sacudió la mano de la marihuana que todavía estaba atrapada allí, trató de secarse los ojos y se apresuró a seguir a Johnny antes de que él estuviera demasiado lejos. Ella silenciosamente se puso a caminar detrás de él.

** **

Johnny no habló con Mindy durante el resto de la caminata. Cuando llegó al estanque, rápidamente les contó a Doug y Nancy lo que había encontrado en la parte superior del árbol. Nancy, al igual que Mindy, quedó estupefacta de sorpresa y luego de miedo cuando escuchó a Johnny decir que quería quedarse con las drogas. Doug quería hacer un par de preguntas, pero podía ver que Johnny estaba de mal humor y sabía que era mejor no presionarlo. Johnny era conocido por tener un temperamento que podía volverse sanguinariamente violento incluso contra sus amigos más cercanos.

Nancy y Doug se pusieron la ropa y los cuatro volvieron al auto en silencio. Nancy se dio cuenta de que los ojos de Mindy estaban llenos de lágrimas y en silencio la abrazó cálidamente.

** **

Doug y Johnny dejaron a las chicas en su la Casa de la Hermandad en un tono mucho más sombrío de como las habían recogido. Doug se despidió de Nancy con un beso, pero Johnny aún se negó a hablar con Mindy. Fue solo después de que las chicas se fueron y Doug conducía al departamento de Johnny que comenzó la conversación entre los dos hombres. Johnny comenzó a planificar en voz alta cómo distribuiría y vendería su reserva para ganar la mayor cantidad de dinero. Estaba volando en las nubes, imaginando todas las cosas que podría ser capaz de obtener y el poder y el prestigio que tendría. Doug escuchó atentamente y contribuyó con sus propias ideas. Siguiendo su consejo, se detuvieron en un supermercado donde Johnny compró algunas carpetas de plástico y balanzas. Doug dejó a Johnny y se fue, dijo que no podía quedarse, porque estaba atrasado en algunos trámites urgentes para su empresa. Sin embargo, antes de irse, se llevó una generosa ayuda de los 'bienes' con él. —Para probarlo —le dijo a Johnny con una sonrisa.

** **

El departamento de Johnny era un lugar oscuro. La mayoría de las paredes estaban pintadas de azul marino y solo unos pocos carteles blancos y negros de guitarras eléctricas y automóviles decoraban las paredes. Johnny se sentó en su

viejo y roto sofá de cuero rojo oscuro y comenzó a separar su hierba en las carpetas de plástico después de pesarla cuidadosamente en la balanza.

Lentamente, preparó un porro para sí mismo y tomó largos y pausados tirones. La hierba era fuerte y lisa. En minutos sus ojos estaban inyectados en sangre y sus pensamientos eran más lentos y tranquilos. Sintióse más poderoso ante el mundo de lo que se había sentido antes de que Johnny comenzara a llamar a sus contactos para poner sus cosas en el mercado.

Después de hacer algunas llamadas telefónicas, se quedó dormido. Habría dormido toda la noche si el teléfono no hubiera sonado. Como si saliera aturdido, agarró el teléfono y dijo adormilado: —¿Hola?

La voz femenina de Mindy cruzó la línea. —¿Johnny? Estaba llamando para ver si vendrías a nuestra fiesta este fin de semana... Es una fiesta ambientada de los sesenta. Sabes psicodélico. Espero que todavía no estés molesto por lo de hoy...

Johnny se frotó los ojos. La hierba lo había hecho sentir una profunda calma y casi había olvidado lo molesto y enojado que había estado con Mindy. —Suena divertido —respondió, y para sorpresa de Mindy agregó: —¿Cómo van tus clases, de todos modos?

—Genial. —Mindy estaba muy feliz de escuchar cuán tranquilo y amigable sonaba Johnny de repente. —¿Cómo estás? —Preguntó con cautela.

—Bien. Sí... muy bien ¿Puedo pedirle a Doug que venga el sábado? ¿Nancy tiene una cita?

—No, adelante, pregúntale. Estoy segura de que a ella le encantaría —respondió Mindy, cada vez más emocionada. Seguramente era una buena señal de que Johnny podía perdonarla tan fácilmente y ser amigable y feliz tan pronto después de haber tenido una pelea. Después de una breve pausa, agregó cuidadosamente: —Oye, lamento el regaño sobre la hierba. Tienes que hacer lo tuyo.

—Está bien —respondió Johnny rápidamente molesto de nuevo al recordar todo el asunto. Decidió terminar la llamada antes de que Mindy pudiera hacer un gran número emocional. Odiaba cuando las chicas se ponían todas llorosas y débiles. —Oye, mira, llamaré a Doug y te veré más tarde. ¿Bien?

Mindy sintió el súbito toque helado de la voz de Johnny abofetearla. Ella estaba confundida. ¿Que hizo ella? Tenía miedo de molestarlo y perder a este guapo y peligroso 'chico malo'. Era un hombre mayor y excitante, y ella no quería actuar como una chica universitaria inmadura, poco sofisticada y ahuyentarlo. Respiró hondo y, tratando de sonar tranquila y confiada, respondió:

—Sí, claro. Oye, me lo pasé bien hoy. —Sin embargo, antes de que pudiera detenerse, su curiosidad la hizo agregar: —Umm, ¿suenas drogado...?

Su último comentario devolvió la mente de Johnny al vuelo suave que acababa de hacer. Él se rió secamente—. Sí, ¡esta es una mierda increíble, hombre! Solo fumé medio cigarrillo y eso fue hace tres horas. ¡Todavía no he tratado de caminar!

Mientras se reía, Johnny escuchó un golpe rítmico en la puerta. Tres golpes suaves seguidos de dos fuertes. Él conocía el código. —Mindy, escucha, hay alguien en la puerta. Tengo que irme, ¿de acuerdo? —Colgó el teléfono sin esperar a que Mindy contestara. —¡Adelante! —Gritó hacia la puerta.

Un adolescente alto y desaliñado con el pelo rubio largo y sucio entró con su patineta. Llevaba una camiseta de *KORN* y jeans holgados. Se quitó la gorra de béisbol y se sentó frente a Johnny rascándose la cabeza. —¿Es esto? —Dijo, señalando hacia la mesa cubierta de hierba. Miró a Johnny y notó sus ojos inyectados en sangre. Con un breve resoplido, dijo: —Amigo, estás muy perdido.

—Sí —respondió Johnny cerrando los ojos y apoyándose de nuevo en el sofá. —¿Piensas que puedes mover cincuenta de estas bolsitas?

—Déjame probar un poco —dijo Dwight en respuesta.

Johnny abrió los ojos y le entregó a Dwight el porro medio ahumado que todavía tenía en la mano. Dwight lo encendió y dio un largo y deliberado tirón. Sostuvo el humo todo el tiempo que pudo y luego cerró los ojos y sopló el humo hacia el techo. Su cabeza se tambaleó un poco mientras exhalaba. —Impresionante... —dijo lentamente. —¿Tienes más después de estos cincuenta?

—Tengo suficiente para sacudir toda tu escuela. Y varias otras escuelas también.

Dwight se echó hacia atrás para disfrutar del éxito. —Sí. Tengo un primo en la Secundaria Pavo Real. ¿Lo quieres en esto?

—¿Alguna vez ha traficado antes? —Preguntó Johnny abriendo los ojos lo suficiente como para ver a Dwight.

—Solo unos pocos tráficos, pero él es bueno en los negocios: él pinta autos. Y si se equivoca, sabe que le patearía el trasero.

—Sí, entrégaselo. No quiero sentarme en estas cosas para siempre. —Se sentó y comenzó a rodar un nuevo porro.

Dwight volvió a ponerse la gorra y se levantó agarrando su patineta verde neón. —Listo, amigo. Tomaré estas cosas ahora e iré a hablar con mi primo. Te veo luego.

** **

Dwight arrojó las carpetas que Johnny había preparado para él en su mochila y salió del apartamento. Dejó caer su patineta en el suelo en cuanto salió por la puerta. A pocos metros del apartamento cuando se acercaba a la esquina, un coche de policía se detuvo y dobló la esquina. El policía miró sospechosamente a Dwight. Con una sonrisa inocente y amigable, Dwight miró directamente al policía y le dio la señal de aprobación. Tan pronto como el auto dobló la esquina, sin embargo, sus manos hicieron una señal muy diferente. Murmuró algo por lo bajo y se fue en monopatín.

Dwight nunca había tenido problemas para mantenerse tranquilo bajo presión. La mirada sospechosa que el policía le dirigió mientras llevaba varios paquetes de marihuana en su mochila no lo molestó en absoluto. Pensaba que los demás podían oler el miedo y se negó a emitir ese aroma. Estaba seguro de que mientras pudiera mantener la calma, estaría bien. Nadie iba a atrapar al maestro Dwight.

Aplicó su filosofía al vender la hierba de Johnny en la escuela. Se sentó con confianza a la mesa del almuerzo, fingiendo dibujar algo en su cuaderno mientras otros estudiantes a su alrededor tomaban comida, tiraban basura, se unían y abandonaban grupos. La cafetería era increíblemente ruidosa. Los estudiantes se reían, hablaban y gritaban. En un rincón, un pequeño grupo había decidido llevar a cabo una sesión mejorada imitando a sus maestros sobre la mesa. Los estudiantes movieron sus sillas y mesas y el sonido de plástico quebrado y metal chirriante se agregó a la cacofonía. En el fondo, se escuchaba música punk a través de los altavoces de la cafetería. El gran y musculoso entrenador de educación física se encargó de mantener el orden durante la hora del almuerzo y se propuso caminar a través de todos los grupos, vigilando de cerca a cada estudiante. Les dejó hacer tanto ruido como quisieran, siempre y cuando no se volvieran demasiado rebeldes. Sin embargo, justo bajo la atenta mirada del entrenador, los niños se acercaban descaradamente a Dwight y le daban dinero casualmente. Casi sin moverse ni mirar hacia arriba, Dwight les devolvería una pequeña bolsa de hierba a cambio y escondió el dinero bajo su manga. No tenía miedo ni preocupación en lo más mínimo y miró directamente a los ojos de los entrenadores con una sonrisa casi burlona.

** **

La actitud de chico malo de Johnny no era la única preocupación en la mente de Mindy antes de la fiesta de la hermandad el sábado. Un par de días antes de la fiesta, sus hermanas de la hermandad habían visto a una mujer muy joven, vestida muy cara y atractiva, conducir hasta la casa de la Hermandad en un costoso Mercedes 500 SEL rojo. Todos sabían que ella era Georgia Jones, la madrastra de Mindy. Mindy y Nancy estaban saliendo de la casa al igual que Georgia se salió de su coche y, como si estuviera en una sesión de fotos, eliminó sus lentes de sol con diamantes de imitación para mirar a su alrededor. Nancy le dio un codazo a Mindy suavemente y dijo: —Mira, es tu madrastra.

Mindy levanta la vista para ver a Georgia, que acaba de ver a las dos chicas, saludando frenéticamente con sus lentes en la mano. —Genial —dijo Mindy en voz baja—. finalmente consiguió que papá le diera el Mercedes que tanto deseaba... ¿Ahora me pregunto qué quiere aquí? ¿Por qué iba a venir aquí de todos modos ...

Georgia notó que las chicas no caminaban hacia ella y supuso que simplemente no la habían reconocido todavía. Ella continuó agitando sus gafas de sol en el aire y, con su fuerte acento sureño, gritó a través del césped. — ¡Mindy, cariño! ¡Aquí! Soy yo. ¡Georgia!

Mindy sabía que no podía fingir que no veía a Georgia por mucho tiempo, de lo contrario gritaría más fuerte. Con un suspiro, rodó los ojos profundamente molesta y atrajo a Nancy con ella mientras se dirigía lentamente a Georgia. Al ver a las chicas caminando hacia ella, Georgia hizo gestos de besos y gritó: —Mindy, ven y dale un beso a tu madrastra.

Mindy caminó más rápido para evitar que Georgia la avergonzara un poco más. Le dio un beso ligero y rápido y luego se volvió para presentarle a Nancy, sobre todo para tener algo que decir. —Esta es mi amiga Nancy. Ya sabes; la que llevare a esquiar con nosotros durante las vacaciones de primavera.

Georgia se volvió para mirar a Nancy por primera vez. Lentamente golpeó sus gafas de sol contra sus perfectas uñas de color bordo y miró a Nancy de arriba abajo. Finalmente, hablando con un tono fuertemente condescendiente, como si estuviera hablando con una niña de tres años, con una sonrisa falsa, Georgia dijo: —Oh, sí, tus padres son de Dallas, ¿no?

Nancy estaba insultada y molesta por la actitud de Georgia. Estaba claro que no la quería allí y respondió cortés pero amablemente: —Sí, mi papá es un oftalmólogo. De todos modos, tengo que irme. —Ella sonrió con simpatía a Mindy y le tocó el brazo con cuidado. Luego se volvió y regresó a la casa sin mirar a Georgia de nuevo.

Georgia parecía visiblemente aliviada de no tener a Nancy con ellas. En menos de un segundo, sin embargo, ya había olvidado que Nancy había existido. Se volvió hacia Mindy con una sonrisa maternal exagerada y, tratando de sonar dulce y cariñosa, dijo: —Mindy, he venido para llevarte de compras y contarte algunas malas noticias sobre el viaje de esquí. Tu papá y yo hemos hecho otros planes... Hemos decidido tomarnos un tiempo solo nosotros dos en Tahití.

Mindy sintió que alguien la había golpeado en el estómago con un bate de béisbol. Un dolor sordo se extendió por todo su cuerpo. Ella guardó silencio por un momento y parecía confundida, molesta, enojada y estupefacta, todo al mismo tiempo. Ella no podía entender, o no quería creer lo que Georgia le estaba diciendo. Señaló la casa de la hermandad sin girarse para mirarla y murmuró: —Pero... pero, ya le dije a Nancy que la llevaríamos. ¿Qué se supone que debo decir ahora?

Georgia volvió a ponerse las gafas de sol y suspiró, volteando la cara hacia un lado, para mostrar cuán terriblemente angustiada se sentía y cuán poco apreciaba las quejas de Mindy. Se frotó delicadamente las sienes con dos dedos y le dijo a Mindy: —No te enojas tanto. Todavía puedes traer a tu amiga a la casa. Delbert se encargará de ti todo y puedes llevar a tu amiga al club.

La cara de Mindy, sin embargo, todavía mostraba desilusión y dolor. No estaba satisfecha con la alternativa muy 'razonable y generosa' que le habían ofrecido (casi podía escuchar a Georgia diciéndole lo 'generosa y razonable' que era).

Georgia suspiró y trató de hacerle entender lo razonable que era todo: —Mira, Mindy, tu padre y yo no hemos estado fuera durante meses y fue el único momento en que pudo escapar. Acaba de terminar una gran adquisición y solo tiene unos diez días. Vamos a ir a una isla privada cerca de donde Marlon Brando solía vivir. Nos vamos mañana. Simplemente no podemos llevarte a esquiar a Europa la próxima semana. De todos modos, al menos puedo llevarte de compras hoy

Mindy no respondió, sino que simplemente miró hacia abajo y asintió. Sin decir nada más, caminó hacia el lado del pasajero del automóvil y entró como un zombi. Sabía que hablar con Georgia estaba fuera de discusión. Ella no parecía entender ni siquiera preocuparse por mucho. Comenzaría a frotar sus sienes como una mujer con un dolor terrible tan pronto como Mindy hablara en serio sobre cualquier cosa. Mindy supuso que con ese gesto estaba tratando de demostrar que le dolía la cabeza por tener que participar en una conversación inútil e innecesariamente dramática.

En silencio, Georgia llevó a Mindy a algunas de las boutiques más exclusivas del centro de San Antonio. Durante el viaje, Mindy estaba sentada mirando por la ventana, con la vista perdida en el cielo. Intentaba contener las lágrimas mientras el Mercedes aceleraba por las carreteras.

Primero se detuvieron frente a una boutique elegante que se especializaba en ropa de moda para adolescentes. A Georgia le encantaba ir de compras, incluso si no fuera por ella, y en cuestión de minutos había elegido casi una docena de atuendos para Mindy. Mindy analizó las elecciones de Georgia y seleccionó algunas cosas más. Se llevó todo al vestuario y salió muy satisfecha con el primer atuendo que había armado. Llevaba jeans ajustados, de corte bajo, azul oscuro, desteñidos en sus caderas, una túnica turquesa clara transparente, con una camiseta sin mangas turquesa apretada debajo y sandalias de plataforma negras decoradas con brillo. Mindy se sonrió en el espejo y se dio la vuelta. — Bueno, ¿qué te parece? —Le preguntó a la vendedora. —¿Soy yo? —Preguntó haciendo una pose.

La vendedora se rió de la felicidad de Mindy y felizmente respondió: — Definitivamente.

Georgia le dio a la niña una mirada fría y molesta. Luego miró a Mindy, vio y puso los ojos en blanco. —Bueno... —dijo lentamente, apagando su cigarrillo —. ¿No quieres algo un poco más, umm, sofisticado?

Mindy ni siquiera se volvió para mirar a Georgia. —Mira, no quiero parecer *sofisticada*. Quiero lucir así. Me gusta este atuendo —respondió ella con un tono duro en su voz. Georgia siempre podía hacerla sentir inferior. Intentó no ser grosera, pero casi quería aprovechar esta oportunidad para contarle a su madrastra todo lo que pensaba de ella.

A Georgia no le importó. Ella suspiró como si estuviera aburrida por la falta de buen gusto de Mindy. —Muy bien, entonces... —dijo ella, perezosamente entregando su tarjeta de crédito dorada a la vendedora. Mindy volvió al vestuario y eligió lo que quisiera comprar sin molestarse en modelarlo para Georgia. — ¡Cuál es el punto! —Pensó.

** **

El viaje de regreso a la casa de la Hermandad fue nuevamente completamente silencioso. Mindy miró por la ventana a los autos que pasaban todo el camino, tratando de imaginarse en ellos teniendo conversaciones amistosas con personas que se preocupaban. Georgia no pareció darse cuenta o

no le importó. Ella usaba cualquier parada en el camino para revisar su cabello o maquillarse en el espejo retrovisor y hacía un par de llamadas en su teléfono celular para verificar su lavado en seco y una cita de manicura. Cuando se detuvieron ante la Casa Alfa Omega Chi, Mindy abrió la puerta y comenzó a sacar sus bolsas de compras con un casi inaudible: —Gracias. —De repente, Georgia pareció recordar algo y agarró el brazo de Mindy—. Espera Mindy. —Metió la mano en su bolso y sacó un sobre. —Tu padre quería que te diera esto para cuando estemos fuera del país. Lamenta no poder pasar las vacaciones de primavera contigo

Mindy bajó la mirada hacia el sobre lleno de dinero que Georgia estaba sosteniendo y nuevamente sintió que las lágrimas fluían a sus ojos como un cálido dolor que se derramaba. Rápidamente agarró el sobre y dijo en voz baja: —Yupi, un premio de consolación. —De mala gana se inclinó para besar a Georgia y dijo: —Gracias Georgia. —Agarró todas sus bolsas de compras y cerró la puerta del Mercedes. —Dile a papi que lo amo.

Georgia sonrió y asintió con un gesto relajado. Al verla alejarse felizmente, cualquiera hubiera adivinado que acababa de completar un divertido y feliz viaje de compras con Mindy y no le había dado la noticia que le rompió el corazón.

Mientras Mindy pasaba la tarde comprando con Georgia, Doug y Johnny se reunieron en su gimnasio local para jugar un partido de Raquetbol. Jugaban al menos una vez a la semana y ambos eran jugadores avanzados. Ambos estaban en forma, eran ágiles y se volvían competitivos e incluso agresivos durante cada juego. Jugaban solo para ganar y vieron cada victoria como una señal de su valía como hombres. Después de más de una hora de juego caliente, ambos estaban empapados en sudor. Johnny se había quitado la camisa y su cuerpo bronceado y musculoso brillaba bajo las luces blancas del gimnasio. Estaba respirando más de lo normal y parecía tener que concentrarse especialmente para mantener sus pensamientos y atención a la deriva del juego.

Doug también estaba cansado, pero estaba claramente más coordinado y más rápido que Johnny, era obvio que el uso excesivo de la marihuana había amortiguado la ventaja de Johnny. Golpeó la pelota con fuerza y Johnny subió para el tiro, pero simplemente lo erró. Frustrado, arrojó su raqueta hacia abajo y se agarró la cabeza con las manos apretando los dientes. Las venas yugulares en su cuello estaban flexionadas y tensas mientras contenía un grito enojado.

Doug se rió de la respuesta apasionada de su amigo y dijo: —Ah, tal vez demasiado de la malvada hierba, hermano Johnny. Normalmente no se pierden tiros como ese.

Johnny exhaló ruidosamente y se limpió el sudor de la frente. —Sí, hermano, eso es. ¿Le interesarían algunas muestras más?

Doug se encogió de hombros, pasivamente de acuerdo. Comenzó a jugar con su raqueta, tratando de equilibrarla en la palma de su mano. Casualmente preguntó: —Entonces, ¿Mindy ha probado alguno contigo?

Johnny caminaba hacia la pelota. —Todavía no, pero estoy seguro de que lo hará en la fiesta. Ella no puede ser una niña tan pequeña

—Le di algunos a algunos de los muchachos de la firma. ¡El consenso es que es letal! Me gustaría comprarte una libra.

Johnny le lanzó la pelota a Doug y le quitó la raqueta de la mano. —Una libra es un poco arriesgada, consejero. ¿No es así?

Doug agarró la pelota y su toalla y los dos comenzaron a salir de la jaula de Raquetbol y se dirigieron hacia el estacionamiento. Doug comenzó a beber con sed de una fuente de agua y dejó que el agua fría corriera por su rostro vigorizándolo como una inyección de energía líquida. Se puso de pie y sacudió la cabeza salpicando a Johnny con el agua fría. Limpiándose la boca con el dorso de la mano, respondió a Johnny: —El dinero es dinero. No es bueno... ni malo. ¿Cuánto cuesta?

—Mil —dijo Johnny sin mirar a Doug.

—Considéralo vendido —respondió Doug.

Johnny se volvió hacia Doug con una mirada de sorpresa. —¿No vas a cuestionar mi precio?

Doug se rió y le dio unas palmaditas en la espalda a Johnny mientras sacaba las llaves del auto de su bolsillo. —Mira, puedo obtener veinte por un porro. Calculo 1,000 por una libra que es casi... 450 gramos. Haré 8,000 *más* algo reservado para mí. Tengo que disfrutar los bienes yo mismo.

Doug metió la mano en la guantera de su auto y sacó su billetera. Rápidamente contó mil dólares en nuevos billetes crujientes de cien dólares y un par de cincuenta. —Aquí, te pagaré por adelantado. Simplemente póngalo en la cajuela de mi auto, todavía tiene la llave extra. Sin embargo, asegúrate de que no te sigan. Y, por decirlo, no lo guardes todo en el mismo lugar. Estás muy por encima del máximo por un delito menor.

Johnny rodó rápidamente el dinero que Doug le dio y se lo guardó en el bolsillo trasero. Doug no se dio cuenta, pero a Johnny se le hizo la boca agua mientras tomaba el dinero, tener tanto dinero, tan rápido y fácil en sus manos... ¡eso era lo que siempre había soñado! Tratando de verse bien, Johnny asintió y se alejó, gritando a Doug. —¡No te olvides de mañana por la noche!

Doug pareció perplejo por un momento y luego levantó los hombros en un gesto inquisitivo.

Johnny fingió arrojarle su camiseta sudada. —La fiesta, Nancy.

Doug sonrió con picardía y se volvió para subir a su auto. —No lo haré —le gritó.

** **

Más tarde esa noche, como prometió, Johnny condujo por el departamento de Doug. Aparcó su auto a unos metros del garaje y después de asegurarse de que nadie lo siguiera; casualmente caminó hacia el maletero del Corvette con un pequeño paquete. Miró una vez más a su alrededor antes de abrir el baúl y dejar el paquete adentro. Nadie lo había visto. El estaba seguro.

** **

El corazón de Mindy saltaba cada vez que sonaba el teléfono. Sus manos sudaron y su garganta se secó mientras respondía, esperando y esperando escuchar la voz de Johnny al otro lado. Sintió una cálida oleada, como lava hirviendo dentro de sus pulmones cada vez que era Johnny quien llamaba. No podía explicar por qué la hacía tan feliz que él la llamara, por qué sentía que había logrado algo maravilloso si él sonaba feliz con ella y decía que quería verla. Así que ella se emocionó cuando Johnny la llamó para pedirle que manejara para hacer algunas entregas con él. Rápidamente aceptó encontrarse con él en media hora fuera de un centro comercial cercano. Tan pronto como colgó, corrió al armario para elegir un atuendo sexy que a Johnny le gustaría. Ella eligió usar un vestido corto de verano verde esmeralda que mostraba su bronceado. Se puso delineador verde y rímel y salió corriendo: lo último que quería era hacer que Johnny esperara.

** **

Johnny llegó solo un par de minutos después de Mindy. Él saltó a su auto, la besó rápida y apasionadamente, tomándola por sorpresa como una repentina tormenta de verano, y gritó. —¡Golpéalo!

Mindy se echó a reír echó la cabeza hacia atrás y presionó el pie con el acelerador para que el auto chirriara. Parecía una imagen de salud y juventud,

con su cabello rubio volando al viento y sus dientes blancos y brillantes brillando en una risa extrovertida. —¡Cortejar! ¡Me siento como un gángster!

Johnny la miró con una sonrisa seductora en los labios. Era una chica tan bonita e inocente. Una oleada de orgullo por tenerla a su lado de repente lo llenó. Se sentía lleno de felicidad y un fuerte deseo de asegurarse de que esta linda mujer nunca lo abandonara. Que ella siempre esté tan desesperadamente enamorada de él, casi como un amo y un esclavo. Sin apartar los ojos de Mindy, buscó dentro de sus apretados bolsillos de jean y sacó un porro. Metió el encendedor del automóvil y le preguntó a Mindy suavemente: —¿Seguro que no quieres hacer uno? Probablemente realmente te guste. Te ayudará a superar tu tristeza de las vacaciones de primavera. Él acarició suavemente la pierna de Mindy antes de encender su articulación y dar un profundo arrastre. Sonriendo, se lo ofreció a Mindy.

La sonrisa de Mindy se desvaneció cuando miró primero el porro y luego a Johnny. Johnny seguía sonriendo dulcemente, extendiendo el porro y mirando a Mindy con ojos implorantes. Sintió la necesidad de complacerlo nuevamente, de mantenerlo feliz para que él siempre la mirara de esa manera adorable. Había perdido el amor de su padre, pero estaba decidida a recuperarlo con él. Era irresistible como un niño malo con el cuerpo de un hombre adulto. Su mirada la hipnotizó. —Está bien —respondió de buena gana—. Solo una bocanada.

** **

Después de pasar algunos días con Johnny, Mindy regresó a la escuela para su clase de la tarde. Era viernes y ella tenía historia europea, su clase favorita. Sin embargo, por alguna razón, no podía mantener los ojos abiertos. Intentó concentrarse mucho, mirando directamente al profesor y tomando notas cuidadosas, pero fue en vano. Tenía los ojos pesados y se sentía profundamente somnolienta. Sintió que un sueño cálido y acogedor la llamaba, y sus ojos se cerraban en una pesada oscuridad que la rodeaba como lujosas sábanas de seda.

De repente, Mindy sintió que alguien se paraba sobre ella aclarándose la garganta. Se despertó para darse cuenta de que se había quedado dormida sobre su libro. Su cheque estaba pegado a la página, tenía marcas de sueño en toda la cara y, lo más vergonzoso de todo, había dejado un charco de baba de buen tamaño en la página del libro: parecía un lago en el mapa de Europa. Mindy se secó la cara y los ojos con un movimiento de sorpresa y se sonrojó con un rojo carmesí intenso, sintiéndose más avergonzada de lo que había estado durante

años. Los ojos enojados del instructor y los ojos burlones y curiosos de 150 estudiantes se centraron en su momento. Los pocos segundos que duró todo parecieron años de humillante miseria.

—Sra. Jones —dijo el instructor enojado, sin mostrar signos de comprensión o lástima—, por favor, tome una siesta en otro lugar. No en mi clase.

Mindy no pudo encontrar su voz por un minuto, se sintió abrumadoramente avergonzada. Se sentó con la boca ligeramente abierta y escuchó a varios de los estudiantes alrededor de su risa y vio a un par de ellos imitar su mirada atónita. —Yo, yo... lo siento. No quería faltar el respeto. Lo juro.

El instructor sacudió la cabeza y se giró para regresar al frente de la clase. — Si te interesa seguir junto con el resto de la clase, estamos en la página 458.

** **

Johnny había aceptado reunirse con Mindy en la escuela después de su clase para celebrar su éxito y sus nuevas riquezas. No podía esperar hasta que terminara su clase y podía alejarse de la vergüenza como un prisionero caminando hacia una libertad nítida. En el momento en que su profesor despidió a la clase, Mindy agarró su bolso y su mochila y salió corriendo, dirigiéndose hacia el césped en el centro de la universidad. Era una plaza cubierta de hierba rodeada de edificios de dos pisos de color rosa desierto y árboles en los cuatro lados, que proporcionaban una agradable sombra del sol de Texas. Mindy buscó un rincón sombreado debajo de un gran naranjo y se sentó exhausta. Por alguna razón, estaba al borde de las lágrimas, pero trató de controlarse respirando hondo, una tras otra, en una forma rítmica de yoga.

En unos minutos, se sintió un poco más en control de sí misma, aunque todavía estaba exhausta. Levantó la vista y vio a Johnny caminando hacia ella con un adolescente alto y sucio a su lado.

Johnny vio a Mindy y le dedicó una sonrisa sexy de chico malo. Parecía un modelo de Calvin Klein con la cara cubierta por una sombra de las cinco en punto, sus jeans andrajosos y su camisa azul desteñida, que ondeaba fuertemente sobre sus músculos. Se inclinó y agarró la cara de Mindy casi besándola bruscamente con una ferocidad impresionante. Luego soltó la cara de Mindy tan repentinamente como la había agarrado y asintió con la cabeza hacia Dwight diciendo mientras se sentaba al lado de Mindy. —Hola bebé. Este es Dwight. Él trabaja para mí.

Johnny se sorprendió por el repentino afecto de Johnny, como si una repentina ráfaga de viento fresco la hubiera llevado a un cielo lejano, pero ella solo sonrió y extendió su mano hacia Dwight, observando su joven mirada. — ¿Trabaja? —Preguntó un poco incrédula.

Dwight parecía tan sucio y descuidado como siempre. Apenas tocó la mano de Mindy antes de dejarse caer sobre la hierba junto a ella. Se estiró sobre su espalda y miró el cielo azul abierto a través de las hojas anaranjadas. Estaba vestido con sus jeans holgados habituales con una camiseta negra que no lograba cubrir sus boxers por completo. Una gorra de béisbol negra cubría la mayor parte de su rostro mientras hablaba con una voz sorprendentemente amigable. —Es solo una cuestión de lenguaje. Trafico su droga. Te ves cansada. Esa cosa realmente te asiente, ¿no?

Johnny miró molesto a Dwight y rápidamente interrumpió la conversación. —No lo anunciemos a todos, ¿de acuerdo? Quiero decir, mantén un poco de calma... ¿verdad Dwight? —Se volvió hacia Mindy y agarrando su mano juguetonamente dijo: —Oye, sé que se supone que debemos ir al spa y hacer ejercicio, pero tengo que encontrarme con una conexión ¿Te importaría si te veo esta noche?

Mindy extendió la mano tiernamente para acariciar el cabello de Johnny. — No, está bien, me gustaría tomar una siesta de todos modos; de lo contrario no podré estar en esa fiesta. Nunca supe que la marihuana pudiera ponerte a dormir así

Johnny simplemente asintió y permaneció en silencio por un momento. Varios estudiantes caminaban por el césped frente a ellos. Johnny los siguió con los ojos y había una mezcla de ira y arrepentimiento en sus ojos. Sin darse cuenta, comenzó a golpear nerviosamente su dedo sobre su rodilla. Su mente parecía ocupada en una autoinspección inconsciente. Como perturbado por lo que encontró, de repente se volvió hacia Mindy y escuchó sus últimos comentarios. —Sí, a veces te expone. Mi auto todavía está en la tienda, Mindy. ¿Puedes dejarnos en Pizzas Milagro?

Mindy levantó las cejas sorprendida. —Eso está en el *barrio mi amigo*. ¿Has olvidado que eres blanco?

Dwight todavía estaba acostado boca arriba mirando las nubes y no se movió para nada cuando respondió a las preocupaciones de Mindy: —Está bien. Todos mis primos viven allí. Nos llevarán de vuelta. —Metió la mano en el bolsillo delantero y sacó dos gorros de media, lanzándole uno a Johnny. —Además de esto, pensarán que somos chicos del barrio.

—¿Te importa? —Johnny le preguntó a Mindy, acariciando su mano.

Mindy se rio mirando las gorras. —¿Vas a usar eso? No, está bien, te dejaré en casa. Vámonos —Se levantó con un poco de lucha, todavía muy cansada pero feliz de estar haciendo algo por Johnny.

** **

El barrio estaba a unos cuarenta minutos de la universidad de Mindy. Sin embargo, el viaje le pareció increíblemente corto, ya que ella se deleitaba a la luz de la presencia de Johnny, incluso cuando él no le dijo mucho, ella todavía pensaba que el viaje era agradable. Cuando entraron en las calles del barrio, la atmósfera a su alrededor cambió. Los letreros en español comenzaron a aparecer por todas partes y la música en español llegó a ellos desde las tiendas y restaurantes como hilos invisibles de tierras lejanas. El rico olor de la comida mexicana también llegó a sus narices mientras conducían por varios puestos de tacos. El rico olor de Carne Asada y el chile picante les hicieron agua la boca.

Cuando se detuvieron ante un semáforo, Mindy miró por la ventana al conductor a su lado. Era un hombre joven con la cabeza afeitada, que llevaba una camisa sin mangas ajustada que revelaba sus muchos tatuajes. Tenía una telaraña desde la mandíbula hasta el pecho, con una gran tarántula en la parte posterior del cuello. Estaba jugando con los golpes de aire que hacían que el auto subiera y bajara a un ritmo impresionante. Conducía un Chevy 64 de baja estatura pintado en verde luminiscente con desforre blanco. En la parte trasera de su automóvil, la figura de una bella mujer había sido cuidadosamente pintada: era una mezcla de una sirena y una bella virgen hispana, vestida solo con un velo delgado, mirando tristemente a la distancia.

Mindy parecía impresionada. Justo antes de que se encendiera la luz, ella gritó con una voz amigable. —¡Buen auto! —Y luego quemó cauchos. Estaba disfrutando el viaje a este vecindario, que siempre había considerado fuera de los límites.

Como de costumbre, Dwight no parecía impresionado por nada a su alrededor. Se recostó en el asiento trasero, mirando por la ventana con una mirada espacial en su rostro. En un tono monótono, le dijo a Mindy: —Gira a la izquierda y déjanos.

Mindy hizo lo que le ordenaron y redujo la velocidad de su automóvil hasta detenerse frente a una pequeña pizzería. Johnny se inclinó y la besó suavemente.

—Gracias, nos vemos alrededor de las siete. Saldremos a comer antes de la fiesta —Cogió su mochila y salió del coche.

Antes de regresar al campus, Mindy siguió sus movimientos con ojos adoradores, mirándolo cómo se ponía la gorra sobre sus rizos oscuros. — Cuídate, chico —dijo con una sonrisa y guiñó un ojo. Johnny le devolvió el guiño y cerró la puerta del auto. Mindy se apartó lentamente, manteniendo sus ojos en Johnny a través del espejo retrovisor. Vio a dos hombres jóvenes con capuchas que sombreaban sus rostros al emerger de las sombras del edificio como espectros, acercándose a Dwight y Johnny con un apretón de manos secreto.

Los dos jóvenes que se acercaron a Johnny y Dwight fueron Héctor y Manuel. En realidad, solo eran un poco mayores que Dwight, pero parecían mucho mayores. Sus ojos y sus caras parecían haber envejecido antes de tiempo. Aunque sus rostros aún eran jóvenes, de alguna manera parecían dos viejos que habían visto mucho dolor y habían sobrevivido a un gran sufrimiento. Héctor tenía la cabeza afeitada y una gran cicatriz pálida que cruzaba la frente y el costado de la nariz. Llevaba un gran perno de diamante en una oreja y tenía su nombre tatuado en la mano. Manuel era un poco más alto y delgado que Héctor. Tenía la mayor parte del cabello afeitado, excepto un parche en el medio, que había recogido en una coleta apretada. Se había roto uno de sus dientes frontales en una pelea. Su diente roto le dio una mirada cruel y sus ojos tenían una forma de congelar a cualquiera que miraran. Tenía varios tatuajes sobre sus brazos y cuello.

Después de saludar a Johnny y Dwight con el habitual apretón de manos, Héctor y Manuel caminaron en silencio de regreso a la parte trasera de ‘Pizzas Milagro’, con Johnny y Dwight siguiéndolos. Se sentaron en una mesa de picnic de metal abandonada y Héctor se volvió hacia Dwight y asintió. Dwight sabía exactamente a qué se refería y le entregó a Héctor uno de los porros de Johnny. Manuel sacó un encendedor y el porro se iluminó en silencio. Héctor tomó el primer par de bocanadas y luego se lo pasó a Manuel. Pasaron unos minutos antes de que se dijera algo. El grupo se sentó en silencio alrededor de la mesa de picnic en medio de un sucio lote gris. Había basura y malezas a su alrededor y el sonido apagado del aire acondicionado del restaurante de Pizza, que casi cubría los ruidos del tráfico. Estaban ocultos en una burbuja de humo que suavizaba los rincones de la oscura y fea realidad que los rodeaba. Era un lugar sin tiempo y sin sustancia humana. Todos eran hombres que conocían el rostro de la muerte y decidieron abrazarlo, se les unió una droga que podría liberarlos de ese

conocimiento y adormecerlos por miedo. No fue una buena elección lo que habían hecho. Al negarse a considerar las posibilidades de un juicio final y un reconocimiento de sus hechos, de hecho ya se habían sentenciado a una eternidad de tormento. Pero durante estos pocos minutos, mientras estaban drogados con marihuana, las implicaciones de sus elecciones los aludieron. Estaban demasiado drogados para preocuparse mientras bailaban con la muerte.

Héctor había cerrado los ojos para concentrarse al máximo después de tomar sus bocanadas. De repente los abrió y sonrió. Se volvió hacia Johnny y, ofreciéndole la mano, dijo asintiendo: —Es bueno. Me gusta. —Johnny sonrió en respuesta, fingiendo que entendía a Héctor, pero le susurró a Dwight. —¿Qué está diciendo?

Dwight asintió. —Le gusta.

La sonrisa de Héctor se hizo más grande. —Me gusta —repitió por el bien de Johnny—. Puedo mover mucho de esto por ti. ¿Cuánto tienes?

—Más que suficiente —metió la mano en su bolso y sacó un paquete que arrojó ligeramente a Héctor. —Esto son dos libras. \$2,000 para mí, aparte de lo que guardes.

Héctor tomó la bolsa y, poniéndola debajo de la nariz, inhaló profundamente su aroma antes de responder: —¿Cuándo necesitas el dinero?

—Sin prisa. Vendré a recogerlo la próxima semana. ¿Puedes moverlo así de rápido?

Héctor se volvió hacia Manuel y sonrió, a lo que Manuel asintió a sabiendas. —Si no hay problema. Escucha, Manny te llevará a casa

Manuel se levantó y asintió para que los dos lo siguieran. Héctor no se levantó. Dwight y Johnny asintieron y siguieron a Manuel a su auto: un Chevy azul medianoche con dragones rojos escupiendo balas pintadas a los lados. Dwight se sentó en el asiento trasero y Johnny se subió al asiento del pasajero. Manuel salió de la pizzería y salió a la carretera. Encendió el estéreo del auto y Café Tacuba explotó a un volumen ensordecedor. Pasaron varios minutos en silencio. Era obvio que cuando salían del barrio, más y más personas se volvían para mirarlos con fastidio y miedo.

A pocas cuadras de la casa de Alfa Omega Chi, Manuel se detuvo en una señal de alto cuando un auto de la policía se detuvo junto a ellos. Dwight, que todavía llevaba puesta la gorra de calcetín, le hizo señas al oficial y luego se hundió rápidamente en su asiento. Johnny flexionó la mandíbula con rabia ante la tonta broma de Dwight y extendió la mano detrás de él para tomar el porro que Dwight sostenía. Sin mover el brazo, lo escondió rápidamente debajo de su

asiento. Tan pronto como el policía dejó de mirarlos, sacudiendo la cabeza, Johnny se dio la vuelta y golpeó a Dwight en la nuca. Estaba furioso pensando que la estúpida broma de Dwight podría haberlos puesto a ambos en peligro. Dwight le dio a Johnny el dedo y se enfurruñó en su asiento.

Unos minutos más tarde se detuvieron frente a la casa de la hermandad. Cuando se detuvieron, Nancy caminó junto al auto y al mirar por la ventana notó a Johnny. Con una expresión de sorpresa e incredulidad, se detuvo y preguntó: —Johnny, ¿qué estás haciendo con ese ridículo sombrero?

Johnny no respondió, sino que simplemente se cubrió los ojos con el sombrero. Manuel miró más allá de Johnny a la cara de Nancy y luego, en menos de un segundo, al pecho de Nancy. Sacó las manos del volante y fingió estar exprimiendo un par de toronjas mientras decía, con una sonrisa lujuriosa para Nancy: —Buenas chalupas.

Nancy parecía completamente disgustada y enojada se volvió hacia Johnny —. Johnny, ¿de dónde vino este tipo? No soy esa clase de mujer, ya sabes...

Johnny saltó al quitarse el sombrero. —Oye, relájate, Manny. Esta dama es una dama —Alejándose de Nancy, le guiñó un ojo a Manuel. Abrió la puerta y salió del auto. Cuando cerró la puerta, asintió con la cabeza a Manuel y Dwight. Manuel se rió y salió de la calle con la música aún más fuerte.

Johnny no siguió el auto con los ojos, sino que dirigió toda su atención a Nancy. —¿Vino Doug esta tarde?

Nancy comenzó a caminar hacia la casa, esperando que Johnny la siguiera. —No, él acaba de llamar. Fumé un poco de esa hierba tuya. Cosas de fiesta bastante increíbles. Entra a la casa. Estoy segura de que Mindy está dentro

Johnny siguió a Nancy al área común de la casa y luego obedeció su orden silenciosa de que él se sentara y esperara allí mientras ella iba a buscar a Mindy. Aunque era una chica tranquila, Nancy tenía una manera de obtener el respeto de quienes la rodeaban. Un cierto aire melancólico la rodeaba dándole una seriedad que otros obedecían.

Nancy entró en la habitación que compartía con Mindy y oyó correr la ducha. Mindy se estaba bañando para tratar de sacudirse la somnolencia causada por la hierba. Se paró debajo de la espita, dejando que el agua apenas tibia corriera por todo su cuerpo. Podía sentir la presión de cada gota sobre su piel mojada. Tenía los ojos cerrados y se concentró en el olor a flores del champú y el jabón que acababa de usar, una mezcla de maracuyá y margaritas, tratando de obligar a su mente a estar alerta y despierta. De repente, oyó que se abría la puerta de la habitación y decidió salir fuera de la ducha. Su cabeza saltó con todo

tipo de pensamientos temerosos que parecían casi fuera de su control. Alcanzando su toalla gritó. —¿Quién está allí?

Nancy sonrió ante el nerviosismo de Mindy. —Una amiga tuya —respondió misteriosamente y se dirigió al escritorio de Mindy para buscar un encendedor.

Mindy se envolvió con su toalla azul claro y salió del baño a la habitación para encontrar a Nancy encendiendo un porro. Comenzó a tomar algunas pequeñas bocanadas mientras Mindy revisaba su armario tratando de elegir su atuendo. —Aquí —dijo Nancy, caminando hacia el armario de Mindy—. toma un poco.

Mindy parecía molesta e ignoró a Nancy, sacando una blusa sin mangas marrón con lentejuelas doradas esparcidas por todo su frente. —Son solo las cuatro en punto. ¿Por qué debería hacerlo? —Preguntó ella con el ceño fruncido.

Nancy solo sonrió y se apoyó contra el armario dando otro tirón. —¡Vamos, es fin de semana, es hora de divertirse! Johnny lo rodó por mí. Está abajo

Como de costumbre, el corazón de Mindy dio un vuelco tan pronto como escuchó el nombre de Johnny. De repente, el porro parecía mucho más atractivo y ella se sonrojó ligeramente. Cogió el porro de Nancy y dio un largo tirón. Era una fiesta después de todo, razonó, y no había nada de malo en relajarse un poco antes de pasar una noche bailando con Johnny. Se balanceó un poco bajo el efecto del porro y sacudió la cabeza. Ella sonrió pensando en Johnny abajo, mientras se deslizaba la blusa sobre la cabeza y se ponía unos jeans muy bajos. Se sacudió el pelo con un poco de mousse y se aplicó un delineador negro para que sus ojos se vieran oscuros y atractivos. En solo unos minutos estaba bajando las escaleras hacia una habitación llena de música, luces de colores y risas. Se habían invitado a otras fraternidades y hermandades y la casa estaba llena de jóvenes vestidos para impresionar.

Johnny estaba parado frente a la banda esperando a Mindy. Mientras se acercaba a él, un chico de fraternidad apuesto se le acercó. Era alto y bronceado como ella, con cabello rizado de bronce dorado y ojos color avellana. Llevaba un ajustado polo corto que mostraba sus músculos pectorales, logrado durante incontables horas en el gimnasio haciendo prensa de banca. Flexionó sus pectorales mientras caminaba en camino de Mindy y dijo: —Entonces, cariño, ¿qué dices que nuestras casas se junten esta noche? —Mindy parecía sorprendida y perpleja, pero en lugar de responder, se volvió con ojos suplicantes a Johnny. Johnny ya caminaba hacia ella con grandes pasos enojados. Mientras se paraba frente al chico de la fraternidad, entre él y Mindy, Johnny le dirigió una sonrisa amenazadora y dijo en voz baja y tranquila: —Haz una caminata

hacia otro lado. Ella está conmigo... a menos que quieras ponerte la nariz al revés

El chico de la fraternidad retrocedió un par de pasos sorprendido. Probablemente era tan fuerte como Johnny, pero sabía que Johnny era mucho más malo. Su mirada malvada y su sonrisa hicieron que su amenaza fuera increíblemente creíble. —Claro, no hay problema —dijo el chico de la fraternidad levantando la mano en señal de rendición mientras retrocedía y desaparecía entre la multitud.

Mindy atrajo a Johnny hacia ella y con una voz empedrada y espesa dijo: —Vamos, bailemos. —Se sintió completamente desinhibida, casi separada de su cuerpo, como si su mente estuviera durmiendo mientras el resto de ella estaba viva y en llamas. Lo que hacía su cuerpo parecía no preocuparla por completo. Podía abandonarse a sus sentimientos y deseos sin sentir su alma involucrada en todo. Bailó como loca, echando la cabeza, besando a Johnny apasionadamente y riendo a carcajadas. Tiró de Johnny detrás de ella y, en unos minutos, los dos conducían a un largo grupo de personas alrededor de la fiesta en una línea de conga.

** **

La fiesta continuó hasta alrededor de las tres de la mañana, cuando un vecino cercano, enfermo de la música fuerte, llamó a la policía y se quejó de gritos y música a todo volumen. Pronto un coche patrulla se detuvo frente a la Casa de Hermandad y obligó al DJ a apagar la música. Con la música muerta, la fiesta comenzó a disiparse lentamente. La multitud salió de la casa en grupos, algunos riendo y hablando todavía, otros demasiado borrachos para darse cuenta de que había policías en la casa. Algunas personas apenas podían pararse sin la ayuda de amigos. Cada habitación de la casa estaba llena de lo que parecían cientos de botellas y vasos medio vacíos verdes y marrones, y el piso estaba cubierto de decoraciones rotas y despedazadas. En medio de los escombros de colores estaban Mindy y Johnny, besándose de despedida con largos y románticos besos. Cuando Johnny se apartó del último beso, acariciando tiernamente las manos de Mindy hacia arriba y hacia atrás, dijo: —Entonces, ¿te veré mañana alrededor de las 11?

Mindy extendió un beso más—. Sí... nos dirigiremos al rancho de mi padre para la semana de vacaciones de primavera. ¿Seguro que quieres ir?

—Bien niños, suficiente amor para una noche. Sal ahora —dijo uno de los oficiales que alumbraba con una linterna a Mindy y Johnny. Ignorando al oficial, Johnny besó a Mindy una vez más y luego salió corriendo de la casa. —No me lo perdería por nada. —Johnny gritó mientras desaparecía.

** **

Johnny estaba sentado en su sofá viendo dibujos animados en la televisión y comiendo papas fritas de crema agria y cebolla cuando Mindy entró en su estudio. Tomó un gran trago de una botella de Coca-Cola de dos litros y no levantó la vista. Mindy vestía una camiseta sin mangas blanca corta con una falda de flores corta, gafas de sol y su cabello recogido en un moño desordenado. Johnny parecía menos que limpio con rastrojo de dos días, una camiseta grisácea, vieja y rasgada, un par de jeans viejos y rasgados, sus botas de vaquero habituales y un cinturón de metal con tachuelas. Obviamente su cabello no había sido lavado desde la noche anterior y sus rizos eran un desastre enmarañado en la parte posterior de su cabeza. Molesta por ser ignorada, Mindy pateó juguetonamente la bota de Johnny y se quitó las gafas de sol. Tenía los ojos inyectados en sangre y su piel parecía pálida y cansada. Johnny levantó la vista de la televisión y con un bocado de refresco y papas fritas y dijo. —¡Hola! Te ves bien... Estoy listo para el viaje. Supongo que Doug también vendrá. Quería salir con Nancy

Mindy volvió a ponerse las gafas de sol y buscó las llaves dentro de su bolso blanco y rosa. Sin mirar a Johnny, ella preguntó vacilante: —¿Vas a ir así? ¿No es... un poco tosco?

Johnny ya había vuelto a las caricaturas en la televisión. Tomó otro trago largo de refresco antes de responder con una sonrisa diabólica: —No está mal. ¡Escucha, relájate! Solo vamos a la casa de tus padres y ni siquiera van a estar allí. —Se levantó lentamente, abrazó y besó a Mindy, para que ella olvidara sus preocupaciones. Mindy no pudo evitar sonreír; incluso le gustaba cómo se sentía su barba contra su mejilla. Él besó sus mejillas suavemente y dijo: —Vamos, le dije a Doug que lo encontraríamos en su apartamento para que él pueda conducir su Corvette con Mindy.

** **

En menos de una hora, las dos parejas conducían por carreteras planas y largas de Texas. Durante varias horas el horizonte fue plano, arena de color marrón rojizo y un cielo azul resplandeciente. Doug disfrutó sintiendo su Corvette abrazar todas y cada una de las curvas con perfección sedosa, y sobrevolar las carreteras rectas como una bala ardiente. Coloco su canción favorita - *'Highway to Hell'* - lo más alto que podían llegar las cornetas y concentrándose en la sensación del viento que corría contra su cabello casi con locura.

Mindy la siguió en su auto cerca del Corvette. A medida que la tarde se extendía a su alrededor, el desierto brillaba en diferentes tonos de oro, rosa y granate, bañándolos en una luz de ensueño contra la cual un par de estrellas prematuras de la tarde brillaban como puntos brillantes de sol contra la suavidad aterciopelada.

Unos kilómetros antes de llegar a la última curva antes del rancho de sus padres, Mindy tocó la bocina a Doug y le indicó que se detuviera en un restaurante al lado de la carretera para tomar unas copas. Ella se adelantó y se metió en el estacionamiento de *Mamma's Hut Barbacoa*. El Corvette lo siguió justo detrás. Mindy se detuvo en un lugar vacío justo al lado de la entrada principal y Doug estacionó el Corvette al lado de un camión imponente. Cuando abrió la puerta para salir de su automóvil, tres chiflados borrachos salieron del bar. Habían visto al Corvette entrar al estacionamiento y habían decidido salir e inspeccionar al conductor de un auto tan alto y poderoso.

Doug fingió no darse cuenta y cerró la puerta, pero mantuvo las llaves listas en su mano. Caminó rápidamente por el auto para agarrar la mano de Nancy mientras los borrachos se acercaban a ellos. Los tres hombres tenían sobrepeso, usaban camisetas de fútbol, jeans, botas de vaquero y gorras de béisbol sobre el cabello grasiento. Doug parecía extremadamente joven y elegante de pie junto a ellos. También parecía más alto y musculoso, pero tres hombres parecían fuertes y pesados como grandes osos que podían destruir cualquier cosa en su camino de una manera cruel y mala. Nancy miró a los hombres preocupados, pero luego apartó la vista rápidamente, siguiendo el ejemplo de Doug e intentando ignorarlos.

Uno de los borrachos le dio un codazo a su amigo que tropezó con una lata de cerveza en la mano. Él comenzó abiertamente a mirar hacia el cuerpo de Nancy, recorriendo sus curvas lentamente y luego miraron hacia Doug y Johnny mientras lo decía, insultándolos con la mirada, mordiendo sus labios. Con un fajo de tabaco con un poco en el labio inferior, soltó una sonrisa lujuriosa: —

Hola mamis, ¿por qué no nos acompañan? Probablemente podríamos darles un mejor rato. —Él se rió y miró a Doug y Johnny mientras decía esto, insultándolos a ambos con su mirada. Estaba claro que se estaba burlándose de la virilidad de Doug y Johnny, intentando degradarlos como si fueran niños pequeños.

Johnny se colocó frente a Doug y Nancy y, sosteniendo firmemente el brazo de Mindy, trató de pasar casualmente a los borrachos pero con firmeza diciendo: —Están con nosotros.

El mayor de los tres hombres se puso delante de Johnny con una mirada de disgusto en su rostro. Él plantó sus pies firmemente en el suelo, bloqueando decididamente el camino y respirando el hedor de tabaco y alcohol en la cara de Johnny escupiendo entre sus dientes: —Deje que las damas decidan. —Sin esperar a que Johnny reaccionara, lo empujó hacia atrás y acorraló a Mindy contra su camioneta.

Mindy trató de mantener la calma y sonar fuerte y decisiva mientras mirabas fijamente de nuevo al hombre y le dijo en voz alta: —¿Por qué no sales de mi vista? Tengo una cita, cariño. E incluso si no lo hiciera, no creo que quiera bailar contigo

Para entonces, los otros dos hombres estaban parados detrás del borracho que había empujado a Johnny. Doug rápidamente empujó a Nancy de vuelta al auto. Otras dos parejas que salían del restaurante se detuvieron al sentir que se avecinaba una pelea.

Sin que nadie lo notara, cuando lo empujaron hacia atrás, Johnny se metió la mano debajo del cinturón y sacó una pistola de su espalda. Con la mandíbula flexionada y venas palpitantes que sobresalían de su cuello y frente, corrió hacia los hombres que liberaban la cerradura del arma, y tan rápido como un gato empujó el arma bruscamente contra el cráneo del hombre que acorralaba a Mindy. Entre dientes, en un susurro helado, dijo: —Detente, amigo, a menos que quieras que tu cerebro se desparrame por todo tu camión... Mindy regresa al auto.

Mindy se deslizó bajo el brazo derecho del borracho y corrió para entrar en su auto. Los otros dos borrachos se miraron confundidos e indecisos por un segundo, pero rápidamente se recuperaron y comenzaron a avanzar lentamente hacia Johnny. Johnny los miró con una sonrisa casi odiosa y sin apretar el arma con más fuerza en la cabeza de su amigo gritando: —Sugiero que se mantengan quietos también. Ningún cuerpo necesita salir lastimado, solo seguiremos nuestro camino

El más bajo y más borracho de los hombres, que habían mirado por primera vez el cuerpo de Nancy, tomó un último trago de cerveza y arrojó la lata contra el suelo diciendo con una sonrisa falsa: —Nos estamos divirtiendo, pequeña.

Johnny ladeó el arma mientras la empujaba en la cabeza del hombre, sintiendo la presión del metal contra el cráneo duro, y respondió: —Bueno, odiaría estropear esas bonitas botas tuyas, pero si haces un movimiento antes de que estemos fuera de aquí, ese *Stetson* tuyo va a ser menos un perchero — Violentamente empujó la cabeza del hombre hacia el auto, lo que hizo un ruido sordo y dio un paso atrás apuntando su arma a los otros dos hombres ahora. — Entonces —dijo mientras comenzaba a caminar de regreso—. si tienes algún cerebro entre esos oídos, quédate donde estás.

Mientras Johnny hablaba, Doug retrocedió lentamente hacia el Corvette. Tan pronto como llegaron a la puerta de su auto, saltaron y salieron del estacionamiento antes de que los matones pudieran reaccionar. Los tres hombres borrachos eran más gordos y lentos, pero alentados por la ira, corrieron hacia su Dodge 4X4 y salieron del estacionamiento, tirando el costado del camión contra la cartelera iluminada del restaurante al salir. El hombre bajito conducía mientras que el que había sido empujado por Johnny a la camioneta sacó un rifle por la ventanilla del auto y apuntó al Corvette. Disparó dos veces, pero ninguno de los disparos llegó al auto. Los tres maldijeron ensangrentados mientras observaban las luces traseras del Corvette desvanecerse en la noche.

** **

Agotados, las dos parejas jóvenes finalmente llegaron al rancho de los padres de Mindy otros 40 minutos más tarde. Doug silbó cuando entraron en un largo camino que conduce a una gran mansión de estilo colonial. La casa en sí estaba pintada de una rosa del desierto, con cinco enormes columnas blancas brillantes en la entrada del porche. Pequeñas luces iluminaban cada pilar desde la parte inferior haciendo que toda la casa pareciera un sueño flotante contra el cielo azul de metal, que estaba lleno de estrellas brillantes, como innumerables diamantes en miniatura.

Una pequeña fuente se encontraba frente a la casa, compuesta por cuatro grandes peces de mármol que escupían agua en una gran concha espumosa sostenida por una sirena desnuda. Alrededor de la casa, un seto bien cuidado de bougainvilleas fucsia y naranja brillante contrastaba brillantemente con la rosa pastel de la pared.

Al salir de su auto, Mindy dijo casualmente: —Estamos aquí.

Johnny trató de parecer indiferente, pero no pudo evitar mirar la casa con la boca abierta por un segundo. Afortunadamente, Doug caminó rápidamente hacia él y lo arrastró hacia los baúles de los autos para recoger el equipaje. —Vamos hombre —dijo en voz baja. Comenzaron a descargar el auto de Mindy mientras Johnny silbaba suavemente con admiración.

Nancy también estaba sorprendida e impresionada. Esta era la primera vez que veía la casa de su amiga. No se había dado cuenta de lo ricos que eran los padres de su amiga, aunque siempre le había sorprendido la frecuencia con la que Mindy iba de compras. —Mindy, ¿qué hace tu papá otra vez? —Preguntó Nancy, sumergiendo los dedos en el agua refrescante de la fuente.

—¿Qué hace un buen tejano? —Respondió Mindy con un tono sarcástico—. Petróleo - oro negro. Mi papá tiene barriles de esas cosas. —Ella se acercó a Johnny y lo agarró del brazo. —¿Por qué no dejan ustedes esas bolsas allí? No te preocupes, Delbert lo guardará todo

Johnny la miró perplejo. —¿Delbert? ¿Quién...?

Mindy lo interrumpió. —Es el gerente del rancho. Aquí viene ahora

Justo cuando ella dijo que un hombre de unos cuarenta y tantos años, de complexión gruesa, con una gran cantidad de cabello oscuro separado a un lado condujo hasta ellos en un carrito de golf. Llevaba una camisa blanca occidental y unos vaqueros. Hizo un gesto amistoso y benevolente mientras se acercaba al grupo. A excepción de Mindy, todos lo miraron con expresión de curiosidad y sospecha en sus rostros.

—¡Hola Mindy! —Exclamó Delbert cuando detuvo el carrito junto a Mindy y Johnny. —Bienvenido a casa. Tu papá dijo que te esperaba justo a esta hora. —Él guiñó un ojo y señaló el auto de Doug diciendo con una sonrisa. —¡Ese auto subió tan rápido que pensé que era un misil!

Mindy se echó a reír de manera relajada: —Delbert, estos son mis amigos de San Antonio: Doug, Nancy y Johnny.

Delbert asintió con la cabeza hacia cada uno y luego dijo: —Bienvenidos, ¿puedo prepararles algo de barbacoa? Milly se ha ido a casa por la noche para atender a sus nietos. Pero podría hacer una buena barbacoa

Johnny parecía increíblemente complacido y entre risas casi gritó. —¡Me encantaría!. —Todos se volvieron para mirarlo, Doug con las cejas arqueadas, Nancy con una expresión de vergüenza, sintiéndose obviamente incómoda por su comportamiento sin tacto, y Mindy con una expresión divertida pero sonrío sorprendida. Johnny estaba actuando como un niño en una tienda de dulces;

estaba tan feliz de que alguien lo sirviera que no entendió por qué todos lo miraban fijamente. —¿Qué? —Dijo encogiéndose de hombros—. ¡Me muero de hambre!

Nancy trató de cambiar el tema y tiró de Mindy hacia la casa diciendo. — ¡Entremos! Quiero ver todo tu lugar

Cuando entraron en el salón de entrada, los ojos de Nancy se abrieron enormemente. Ante ellos había una enorme escalera de mármol sinuosa iluminada con exquisitos candelabros colgantes. El vestíbulo de entrada estaba decorado en un estilo del sudoeste, con elegantes alfombras Navajo de terracota, azul cielo y sándalo en el piso de madera oscura. En varios ángulos de la sala había un enorme estado de bronce de toros, caballos, grandes ollas de barro y otros motivos occidentales. La pared del fondo había sido pintada en colores tierra para combinar con la decoración. La habitación era grande y bien ventilada, pero también cálida y acogedora, con un fuerte sentido del gusto y la riqueza del suroeste.

Johnny caminó por la habitación mirando las decoraciones y lentamente exclamó: —Esta habitación no es una casa... es un maldito museo.

Doug sacudió la cabeza en silencio con incredulidad. —Increíble —susurró suavemente para sí mismo.

Mindy pareció no darse cuenta del asombro de sus amigos. Agarró a Johnny por el brazo y, como una niña pequeña mostrando sus juguetes, dijo con voz alegre y alegre: —¡Vamos a drogarnos! Tenemos un balcón práctico que da una vista espectacular ¡será genial drogarnos allí! —Se dio la vuelta y comenzó a correr escaleras arriba. Johnny, Nancy y Doug la siguieron por las escaleras, a través de un pequeño patio al aire libre, y subieron otro tramo de escaleras hasta un pequeño balcón en la azotea. Agarró almohadas y mantas de una habitación en el camino y los cuatro se acomodaron bajo los cielos de Texas. Se recostaron sobre una suave capa de almohadas y se cubrieron con las mantas aterciopeladas de Mindy cuando Johnny sacó una bolsa de hierba y comenzó a enrollar expertamente varios porros. El cielo se había vuelto de un rico azul púrpura, como un océano tranquilo después de una tormenta, y varias estrellas de diferentes tonos y tamaños parpadearon desde el fondo azul marino. Nancy se acomodó, acurrucó su cabeza contra el pecho de Doug y comenzó a contar cuántas estrellas podía ver. Su piel pálida parecía casi translúcida a la luz tranquila de la noche y Doug trazó delicadamente el perfil de su rostro con su dedo. Había algo triste en la belleza de Nancy, y Doug estaba profundamente atraído por este encanto melancólico.

Johnny terminó de rodar los porros y encendió uno. Dio una fuerte calada y luego se la pasó a Mindy. Cuando Mindy tomó su bocanada, Johnny apoyó la cabeza sobre su regazo. El porro fue de persona a persona en silencio. En completo silencio, el pequeño grupo fumó un par de porros y se concentró en sus propios pensamientos, disfrutando de la noche pacífica y la calidez de estar con sus parejas.

Mindy acarició el cabello de Johnny mientras miraba hacia el cielo. Una estrella fugaz se encendió y Mindy sonrió encantada cuando Johnny se la señaló. Había tomado varias bocanadas profundas y se sentía completamente desinhibida y libre para seguir sus emociones al azar. —Sabes —comenzó a decirle a Johnny—. cuando era una niña, solía venir aquí y soñar que podía volar.

Johnny solo sonrió, pero la mente de Mindy había comenzado a seguir su sueño. Se levantó, apartando suavemente la cabeza de Johnny del camino y caminó hacia la barandilla del balcón. Sus amigas vieron como Mindy se subía a la barandilla. Ella sonrió y luego vaciló mientras miraba hacia abajo. En un segundo, Johnny estaba a su lado. Él la agarró de la mano y le ordenó suavemente: —Vamos, Mindy. No quiero que te caigas

Mindy se rió ligeramente, le lanzó un beso a Johnny y cerró los ojos sacudiendo la cabeza. —No me voy a caer —murmuró, apartándose el pelo sedoso de los ojos—. Mira, realmente puedo volar...

Johnny no esperó más; rápidamente agarró a Mindy por las piernas y la levantó de la barandilla. —No te vuelvas loca...

Nancy se sentó nerviosa, mordiéndose el labio ansiosamente. Cuando Johnny trajo a Mindy de vuelta a las almohadas, Nancy dijo, en un tono que era una mezcla de preocupación materna con jefatura: —Estás demasiado drogada, Mindy... Será mejor que no fumes más.

Doug trató de llamar la atención de todos hacia algo más. Inhaló de manera ruidosa y exagerada, casi como si hubiera estado bajo el agua durante minutos y estuviera desesperado por tomar aire fresco, y dijo: —¿Por qué no bajamos y vemos qué pasa con la barbacoa ... Huele bien desde aquí —No dejó que Nancy respondiera, pero se puso de pie y haciendo un fuerte 'silbido' la levantó por la cintura. Manteniendo las manos en su cintura, comenzó a bajar las escaleras con Nancy delante de él; cada pocos pasos le hacía cosquillas para hacerla reír. Al principio, Nancy trató de detenerse y se molestó, pero los ataques de cosquillas fueron demasiado y pronto corrió delante de Doug riéndose. Johnny sonrió y tiró de Mindy para seguir a los otros dos.

En el patio de abajo, Delbert se había puesto un sombrero de chef alto y había creado una barbacoa bastante impresionante. Las placas estaban cubiertas con salchichas calientes, relucientes, trozos de carne, costillas jugosas y unas pocas piezas de pollo asado, todo goteando sabor jugoso. También había varias botellas de refrescos, agua y un par de botellas de jugos de frutas. Cuencos con frijoles a la parrilla, pan de maíz y algunos tomates picados también estaban listos.

La boca de Doug se abrió al acercarse a la comida. Delbert sonrió amablemente y les hizo un gesto para que comieran la comida. —Solo adelante y coman. No hay necesidad de formalidades.

Los muchachos se miraron, sonrieron y se dieron los cinco antes de dirigirse hacia un montón de platos limpios. Doug silbó con admiración mientras inspeccionaba las alas de pollo a la barbacoa y Johnny apiló varias costillas jugosas en su plato exclamando. —¡Genial! —Mientras lamía la salsa picante de sus dedos. Nancy se volvió hacia Mindy y ambas chicas rodaron los ojos en reacción al comportamiento infantil de los niños, pero no pudieron evitar reírse al mismo tiempo.

** **

Mindy tuvo una fiesta abierta en su casa la noche siguiente. Se presentaron amigos de la universidad y la escuela secundaria, trayendo a otros amigos con ellos. Pronto la gente llenó todas las habitaciones de la casa. Había gente charlando y riendo alrededor de la piscina, sentados en las diferentes terrazas, bailando dentro de la casa, deslizándose por las enormes barandillas... De cada una de las habitaciones salía música diferente y se mezclaba con voces, risas y sonidos de platos y vasos. , botellas y latas, para crear el sonido animado y emocionante que acompaña a cada buena fiesta.

Cada habitación estaba llena de actividad y color. Nancy puso los ojos en blanco al pasar junto a un grupo de jóvenes que estaban de pie junto a la piscina desafiándose mutuamente para saltar a la piscina completamente vestidos. Un hombre alto y delgado de unos 20 años, con una enorme cabeza de rizos marrones salvajes que casi ocultaba su rostro, aceptó el desafío y dio un paso atrás. Con los otros hombres gritando en apoyo, dio un par de pasos corriendo y dio un salto mortal hacia la piscina, todavía sosteniendo su botella de cerveza y gritando: —Jerónimo...

Mindy se sentó a unos metros de la piscina, con cuatro estudiantes universitarios de aspecto sofisticado. Una cachimba de cristal rojo estaba en medio de su pequeño grupo y pasaba de una chica a otra. Cuando la cachimba fue pasada a Mindy tomo mucho humo y poco a poco dejó escapar el humo susurrando: —Wow... —La chica a su derecha, una chica de pinta intelectual con el pelo muy corto oscuro, gafas de montura negra, y dos piercing en las cejas, se volvió hacia ella y le preguntó: —Esta es una hierba maravillosa, ¿dónde conseguiste cosas tan buenas?

Mindy sonrió con aire de suficiencia, orgullosamente respondiendo: —Mi novio es un traficante.

Un chico pelirrojo sentado frente a Mindy la escuchó y le preguntó: —¿Podría ayudarnos con algo?

Mientras preguntaba esto, Johnny se acercó a Mindy por detrás y saltó a la conversación. —¿Escuché a alguien pidiendo más? Si alguien está interesado, los productos cuestan \$ 250 por onza. Pero dos bocanadas te harán volar...

Mindy estaba sonriendo pero su cabeza se sentía terriblemente pesada y dejó que cayera con fuerza sobre el regazo de Johnny mientras él se arrodillaba a su lado. Él levantó la cabeza con cuidado y la miró a la cara. Sus ojos estaban terriblemente inyectados en sangre y su mirada estaba perdida. Johnny frunció el ceño y dijo preocupado: —Mindy, creo que ya has tenido suficiente.

La mirada de Mindy volvió a enfocarse momentáneamente y enojada apartó la cabeza de las manos de Johnny. Su cara estaba retorcida por la ira y parecía disgustada. En voz alta y aguda, gritó: —¡Jódete! ¡Suenas como mi padre! —Imitaba a Johnny con una voz burlona y aguda—. El padre John, de la casita de la pradera me dice qué hacer... ¡cállate Johnny! Todo el mundo sabe que no puedes tener una sobredosis de hierba.

La boca de Johnny se torció de asco. Empujó a Mindy y se alejó. Larry, el chico pelirrojo que había preguntado acerca de comprar hierba, se levantó y corrió tras él gritando: —Johnny, Johnny, ¡espera! Tengo un negocio para ti, hombre. —Johnny no se dio la vuelta, pero bajó el ritmo para que Larry pudiera alcanzarlo.

** **

Mindy no podía recordar lo que pasó después de que le gritó a Johnny. Tomó un par de bocanadas más del cachimbo y encontró que todo lo que la gente a su alrededor decía muy, muy divertido. Cuando Johnny la buscó un par de horas

después, se había quitado los zapatos y estaba bailando alrededor de la piscina con algunas otras chicas tontas.

Poco a poco la gente comenzó a abandonar la fiesta. El amanecer comenzaba a llegar cuando la gente comenzó a irse, los primeros rayos de tímida luz rosa dorada brillaban en el cielo. Los pocos que no habían bebido y los que habían consumido alcohol a primera hora de la mañana estaban a cargo de expulsar a otros. Varias personas tuvieron que ser transportadas en automóviles ya que estaban demasiado borrachos para caminar. Johnny caminó por la casa buscando a Mindy y finalmente la encontró durmiendo boca abajo en una de las sillas de la piscina. Él sacudió suavemente su hombro para despertarla. —¿Mindy? ¿Mindy, vamos... Es hora de ir a la cama. Casi todos se han ido... son casi las cinco de la mañana...

Un gemido apagado salió de debajo del cabello rubio enmarañado de Mindy. Cuando Johnny trató de quitarle el cabello de la cara, inconscientemente extendió la mano y lo apartó con un gruñido suave. Johnny se levantó exasperado. Vio una toalla en otra silla y rápidamente la agarró, la abrió y la arrojó sobre la espalda expuesta de Mindy. La miró por un segundo más y luego se alejó.

Johnny se dirigió a la casa y fue a una de las habitaciones de arriba para tomar una siesta. Varias horas después se despertó somnoliento por la noche larga y agitada, y decidió darse una ducha rápida y fría. De camino al baño se topó con Doug, que acababa de salir de la ducha y parecía, como siempre, como un modelo GQ. Su cabello estaba cuidadosamente peinado y su ropa le quedaba perfectamente. Le dio una palmada en la espalda a Johnny de manera amistosa. —Hey, ¿dónde está Mindy?

Johnny ni siquiera miró a Doug; siguió caminando hacia el baño dando un gran bostezo. —Ella está completamente fuera de sí. Ella sigue durmiendo en la piscina.

—Solo la vas a dejar allí, ¿verdad? —Preguntó Doug levantando una ceja sorprendido.

—Traté de moverla hace horas, pero ella no se movió.

Doug no estaba satisfecho. Firmemente preguntó: —¿Y si ella se despierta y cae? Probablemente se hubiera ahogado. Vamos a meterla, vamos...

Johnny se volvió y siguió a Doug sin protestar. Salieron a la piscina para encontrar todas las áreas literalmente llenas de latas de refresco vacías y medio vacías, vasos de plástico y botellas de cerveza. Una radio seguía sonando a todo volumen desde una mesa de la esquina con la letra de *'Wasted away in Margarita*

Ville' flotando sobre el desastre. Encontraron a Mindy en la posición exacta en que Johnny la había dejado hacía horas. Estaba roncando suavemente y parecía bastante tranquila. Cuando Doug se acercó, sin embargo, se estremeció. Sus piernas, que ni su falda ni la toalla habían protegido, habían estado expuestas al duro sol de Texas durante horas y se habían puesto de un rojo brillante como la remolacha. —¡Se ha quemado hasta quedar crujiente! —Dijo Doug—. Vamos a llevarla adentro.

Johnny agarró a Mindy debajo de sus brazos y la levantó mientras la giraba para que su cabeza estuviera hacia arriba. Doug la agarró por debajo de las rodillas y entre los dos fue llevada como un cadáver, escaleras arriba a su habitación. La dejaron caer sin ceremonias sobre su cama con dosel gigante. Aterrizó pesadamente sobre sus gruesas y suaves fundas y almohadas azul bebé, y se apartó gruñonamente. Apenas abriendo un ojo, susurró: —Johnny...

Doug, que estaba más cerca de ella, respondió a su llamada: —Te trajimos, Mindy. Es mejor que te pongas un poco de loción en las piernas. Están bastante quemadas.

Mindy extendió su mano hacia Johnny, quien la agarró y dijo: —Traté de moverte antes. Pero no me dejaban acercarme a ti...

Mindy la agarró por la cabeza, tratando de apartar varios mechones de cabello que se le habían pegado a la cara y frotándose los ojos para despertarse por completo. Su maquillaje estaba manchado alrededor de sus ojos en un desorden negro azulado. Lentamente se sentó y trató de sonreír disculpándose. —Lo siento... Y no les dije muchachos, pero hice planes con un amigo para llevarnos a todos en globo más tarde. ¿Dónde está Nancy?

Doug extendió la mano para ayudar a Mindy a sentarse y, con marcado interés en su voz, dijo: —Nancy está durmiendo. ¿A qué hora aparece tu amigo?

Johnny, por otro lado, parecía distraído y molesto—. No sé sobre el globo... Tengo que encontrarme con Larry - negocios...

Cuando Mindy se sentó, sintió que la piel en la parte posterior de sus piernas se tiraba y quemaba como si una terrible garra la estuviera desgarrando. Tocó tiernamente la parte posterior de una de sus pantorrillas. Su piel era casi de un rosa fluorescente. Dondequiera que sus dedos presionaron, se dejó una huella blanca durante varios segundos. El ardor fue intenso y agudo; le dolió tanto que sus ojos se llenaron de lágrimas. De repente, en lo único que podía pensar era en darse una ducha fría y cubrirse las piernas con una loción calmante, fresca y de aloe. —¡Ay! —Exclamó dolorosamente, y mirando a Doug y Johnny, murmuró: —Tal vez sea mejor que no vaya...

Johnny levantó las cejas con curiosidad. —¿No quieres subir al globo? —Le preguntó a Mindy—. no te preocupes por mí, puedo hacer la reunión yo mismo.

Mindy sacudió la cabeza para decir 'no' mientras se daba la vuelta lentamente, intentando, sin mucho éxito, usar las piernas lo menos posible para levantarse. He estado arriba docenas de veces, Johnny. Doug, ustedes pueden conducir el Range Rover de mi papá. Me encantaría llevar tu Vette y llevar a Johnny, si me lo permites

Doug se encogió de hombros de acuerdo y fue a despertar a Nancy. Johnny se volvió hacia Mindy sorprendido. —¿Quieres ir conmigo? Tengo unas diez libras en el maletero

Mindy comenzó a desvestirse y respondió sonando un poco molesta. —¿No quieres dejarlos aquí? ¿Por qué no puede recoger las cosas aquí en lugar de hacerte conducir con todo eso?

—Quiere que se lo dejen —respondió Johnny perezosamente, dejándose caer en la cama de Mindy.

—¿Cuánto? —Preguntó Mindy, envolviendo una toalla alrededor de ella.

—Las diez libras: 25,000 dólares, un buen fajo de billetes. Hey, Mindy, ¿es bueno para el dinero?

—¿Larry? —Preguntó Mindy volteándose para mirar a Johnny mientras se iba a duchar.

—Sí.

—Sí, su familia nos hace parecer pobres.

Johnny se puso la mano debajo de la cabeza y se acostó en la cama de Mindy, pensando en el mundo de personas como Mindy y Larry, un mundo de casas enormes, autos grandes, piscinas y chicos que lo daban por sentado. — Pronto —se dijo a sí mismo—. pronto, tendré igual de mucho.

** **

Todos se duchan, se preparan, y luego el grupo almuerza, cortesía de los talentos de Delbert en la cocina, antes de salir. Eran más de las dos de la tarde cuando Doug y Nancy salieron. Mientras caminaban hacia el Range Rover del padre de Mindy, Doug de repente recordó algo y comenzó a buscar las llaves en los bolsillos de sus pantalones. Nancy parecía desconcertada y preguntó: — Pensé que íbamos en el auto de Mindy. Entonces, ¿por qué necesitas tus llaves?

Doug pareció satisfecho cuando encontró sus llaves y rápidamente besó a Nancy y comenzó a correr de regreso a la casa. Mientras corría, respondió a

Nancy: —Nos llevaremos a Rover, Nancy, pero le dije a Mindy que ella y Johnny podrían usar mi auto. Espera un momento, ya vuelvo

Cuando Doug abrió la puerta de la casa, Nancy le gritó: —¿No tienes miedo de que estropee tu auto? —Está consumiendo demasiadas drogas...

Johnny y Mindy estaban a punto de salir por la puerta en ese momento y ambos escucharon el comentario de Nancy. La cara de Mindy se puso roja de ira y conmoción. Salió corriendo de la casa y gritó de vuelta, llena de indignación: —Nancy, ¿cómo puedes hablar así a mis espaldas? ¿Crees que porque fumo marihuana me estoy convirtiendo en una drogadicta? —Johnny alargó la mano para agarrar a Mindy, temeroso de que se abalanzara sobre Nancy. Mindy trató de reírse de todo, pero era obvio que estaba herida y molesta.

Nancy simplemente puso los ojos en blanco e insinuó lo que pensó diciendo: —Bueno...

Esta vez, Johnny no pudo detener a Mindy. Se acercó a la cara de Nancy y en un tono malicioso dijo: —Es gracioso de tu parte decir algo; desde que hemos sido compañeras de cuarto, te he visto beber tu parte de 7 y 7.

Nancy respondió de inmediato en el mismo tono perverso: —Sí, bebo, pero te pones tan loco que te desmayas. No es seguro.

Johnny intervino, tratando de calmar a las chicas antes de que comenzara una pelea de gatas. —Vamos, Nancy. Sabes que es una buena hierba. Tienes una actitud muy mala...

Doug sabía que Johnny no podía detener a las chicas simplemente hablando, por lo que simplemente retiró a Nancy y comenzó a alejarse. Nancy no se resistió, pero mantuvo la mirada fija en Mindy incluso cuando Doug en un tono amistoso la llamó: —Mira, Mindy, solo ten cuidado con mi auto. Tendré cuidado con el tuyo. Los veremos en Rockin' Red's más tarde, ¿de acuerdo?

Johnny mantuvo a Mindy quieta con un brazo mientras decía adiós a Nancy y Doug con el otro—. Sí. ¡Ustedes dos diviértanse en el globo!

** **

Doug y Nancy condujeron durante aproximadamente una hora hasta el lugar donde el globo estaba enganchado al suelo. Era una vista asombrosa: un gran terreno plano y rojo de tierra tejana, bordeado en el horizonte por granjas verdes y doradas y, mucho más lejos, pequeños picos montañosos de color rojo violáceo. El rico rojo de la tierra contrastaba maravillosamente con el oro brillante y el verde fresco de los campos de cultivo. En medio de todo esto se

alzaba un estupendo globo de aire caliente, que se elevaba hacia un cielo azul perfectamente claro, tirando contra las cuerdas que lo ataban al suelo como un animal vivo, desesperado por escapar del cautiverio y tomar vuelo. El globo estaba compuesto de brillantes hojas de color púrpura, verde, blanco y azul eléctrico, entrelazadas en un intrincado patrón de estrellas. El fuego que brotaba ferozmente sobre la canasta de pasajeros aumentó la sensación de que el globo estaba vivo y ansioso por abandonar el suelo.

Doug y Nancy salieron del auto y fueron recibidos calurosamente por Randy y Julie, los amigos de Mindy que eran expertos en globos aerostáticos. Eran una pareja amigable que se había graduado de la universidad solo un semestre antes y conocía a Mindy por años. A Doug y Nancy les gustaron de inmediato y los cuatro se divirtieron al subir y flotar sobre las nubes. Randy entretuvo a todos con su peculiar humor, que generalmente incluía personificaciones de varios personajes de dibujos animados y gánsters que hablaban entre sí. Después de un par de horas, sin embargo, tuvieron que bajar. Randy se volvió hacia el grupo y parecía triste porque su vuelo llegaba a su fin y dijo: —Vamos a bajar. Parece que pronto oscurecerá

La vista de Nancy se perdió en las pocas nubes que habían aparecido y que eran una sombra de durazno dorado. —Podría decir aquí para siempre... Es tan hermoso... —su voz se apagó.

Doug parecía más relajado que nunca. Respiró hondo y respondió en voz baja la declaración de Nancy: —Nunca he hecho algo así —dijo—. Es impresionante...

Bajo la cuidadosa guía de Randy, el globo descendió lentamente hacia el campo donde esperaba un 4x 4. Una vez que aterrizaron con seguridad, Doug ayudó a Randy a empacar. Mientras estaban empacando y Julie estaba preparando el auto, Randy se volvió hacia Nancy y le dijo: —Entra en la cajuela, por favor, y saca el refrigerador, por favor. —Nancy obedientemente se dirigió al auto y sacó el refrigerador. La abrió y se sorprendió al encontrar una botella de champán fino y cuatro copas largas de champán.

Con una sonrisa, regresó con Randy y Julie. Levantó los anteojos en el aire, donde brillaban con los últimos rayos de sol, mientras decía: —Bien. Muy agradable. ¿Para qué es esto?

Randy miró a Julie. —Diles, Julie —dijo con un guiño.

Julie tiró de la canasta del globo y dijo: —Es su primera vez arriba. —Es una tradición. ¡Venga! ¡Ábrelo, Doug!

Doug se acercó a Nancy y le quitó el champán. Sin mucho esfuerzo, abrió la botella y un chorro de champán se derramó ligeramente por el costado. Nancy se echó a reír y comenzó a pasar las gafas. La noche transcurrió en brindis amistosos y muchas risas.

** **

Mientras Nancy y Doug bebían champán y contaban chistes junto al globo desinflado, Johnny y Mindy seguían las instrucciones de Larry hasta varios puntos de caída. Condujeron por varios barrios pobres y mal iluminados, tratando de mantener su sentido de dirección. Al anoecer, Johnny se había quedado dormido por el movimiento del coche en las calles sin pavimentar. Se sentó desplomado en su asiento con un montón de dinero en efectivo en su regazo, el pago por un trabajo anterior.

Mindy también se sentía somnolienta. Ambos habían fumado un par de porros mientras comenzaban a conducir y los efectos posteriores de la fumada anterior la estaban alcanzando. No se dio cuenta de que solo por una fracción de segundo cerró los ojos y se durmió; en ese instante, el automóvil giró violentamente hacia la derecha. Mindy se golpeó la cabeza con fuerza contra la ventana y tanto ella como Johnny se despertaron sobresaltados. Rápidamente, Mindy frenó de repente y volvió a poner el auto en control en medio del estrecho camino de tierra.

Sorprendido, Johnny gritó: —¡Qué... Mindy! ¡Mira hacia donde vas! ¿Sabes a dónde vas?

El corazón de Mindy todavía estaba acelerado por su llamada cercana¹. Estaba molesta con Johnny por culparla en lugar de tratar de calmarla. Ella no respondió, sino que simplemente levantó la mano en un gesto de 'detente'. Condujeron en silencio durante unos minutos más y luego ella señaló hacia la izquierda. —Dijo que dejara el último paquete en un viejo remolque detrás de una estación abandonada de Phillips 66. Eso parece uno por delante.

Era un área oscura donde solo la estación estaba iluminada. Todos los caminos alrededor de la estación estaban casi completamente a oscuras. Mindy y Johnny no podían ver que en el camino de tierra que corría al lado de la estación dos jóvenes adolescentes mexicano-estadounidenses viajaban en tándem en una bicicleta vieja. Tenían un *boombox* atado al manillar que sonaba las viejas pistas de Santana. Pepe, un niño flaco de unos 14 años, llevaba una camiseta delgada que mostraba lo delgado que era, pantalones cortos de gran tamaño, calcetines

blancos, zapatos blancos y una red para el cabello pedaleando la bicicleta mientras su amigo José, que se veía más o menos de la misma edad pero con una camisa roja de los Chicago Bulls y un piercing en la oreja, estaba sentado en la canasta trasera. Juguetonamente, José gritó órdenes a Pepe: —Vamos, hermano. ¡Ándale! ¡Vayamos a casa antes de que papá te gane!

Pepe simplemente lo ignoró y siguió pedaleando a la misma velocidad. —Yo no. Tu solo quieres probar los chalupas de mi madre, es por eso que me estás apurando mientras tu trasero vago se sienta allí

José se rio. Tocó a Pepe en la espalda y señaló a la derecha. —Aquí, gira aquí. Tomemos el atajo

Justo cuando los chicos giraron a la derecha en el camino de tierra detrás de la estación, Mindy giró hacia la estación y aceleró un poco con ganas de terminar la última parada. Nunca vio la bicicleta, pero sintió un golpe cuando la parte delantera izquierda del Corvette golpeó a los niños. Hubo un grito al instante junto con el terrible sonido de metal de flexión y torsión y se vio la sombra de algo volando fuera de la carretera. Como si en cámara lenta siguiera el sonido fuerte y sordo de los chicos golpeando el suelo, era un sonido que recordaría para siempre. Un sentimiento de temor pasó por encima de ella y sabía que la vida fue acabada de los dos adolescentes.

Detuvo el auto desesperadamente golpeando los ladrillos y se quedó allí sentada por un segundo casi en estado de shock. Ella tenía su pie chocó contra el freno, sus ojos estaban muy abiertos de terror ante lo que había hecho y un grito fue presentado en su garganta. Estaba demasiado asustada, demasiado conmocionada, demasiado asqueada y aterrorizada como para gritar. Su rostro perdió todo su color y se dio cuenta de que la vida nunca volvería a ser la misma. Lo que había comenzado como un uso recreativo inofensivo de drogas había llevado a una horrible y terrible tragedia.

Johnny reaccionó mucho más rápido; extendió la mano y sacó las llaves del motor para detener el auto donde estaban. Abrió la puerta y salió corriendo para ver qué había pasado. Mindy lo siguió en silencio. Había escuchado un grito ahogado cuando el auto golpeó la bicicleta, pero ahora todo estaba en silencio.

Se acercaron al lugar donde habían oído caer la bicicleta. Mindy se acercó al cuerpo de uno de los muchachos con la cabeza retorcida alrededor del cuello en un ángulo extraño y la sangre goteando de su boca. Sus ojos estaban bien abiertos y comenzando en un punto distante, lejos en el espacio. Sintiendo náuseas, Mindy retrocedió rápidamente y susurró: —Johnny, este está muerto...

Johnny estaba al lado del cuerpo de Pepe, que estaba acostado de lado, lejos de Johnny. Johnny no se inclinó, sino que simplemente pateó un poco de tierra junto a la cabeza del niño. Pequeños guijarros cayeron sobre la cabeza del niño pero no se movió. Johnny respiró hondo. —¡Mierda Mindy, los mataste a ambos!

Mindy no podía apartar los ojos del niño por sus pies, aunque se sentía cerca de desmayarse. Su estómago ardía frío, sintió náuseas y mareos y un ruido extraño llenó sus oídos. En un susurro apenas audible, dijo: —¿Deberíamos llamar a una ambulancia?

En voz alta y enojada, Johnny respondió: —Todavía tenemos diez libras de marihuana en el auto. No podemos llamar a una maldita ambulancia. Esto es Texas, estaremos en una prisión de Texas para siempre o nos van a freír hasta la muerte... esa es una barbacoa que no quiero ir... Tenemos que salir a la carretera...

Mindy se volvió hacia él con los ojos muy abiertos. —¿Y si no están muertos? ¿Qué pasa si hay algo que los médicos pueden hacer? No podemos dejarlos, Johnny...

—Bien, bien, haremos una llamada anónima, pero no me quedaré. Salgamos de aquí antes de que alguien aparezca. Se giró hacia el auto de Doug y pasó la mano por la parte delantera, tratando de encontrar abolladuras o sangre que pudieran delatarlo. Se puso de pie rápidamente y alcanzó las llaves. —Aquí, Mindy, dame las llaves.

Mindy entregó dócilmente las llaves. Johnny se metió rápidamente en el asiento del conductor y le indicó a Mindy que entrara. Miró a los chicos. Casi podía jurar que aquel con el que Johnny había estado esperando estaba respirando. La culpa y la incertidumbre llenaban cada centímetro de su piel y estaba empapado en sudor frío. Johnny estaba empezando a maldecir en el auto para que se apurara. Dividido entre caer al suelo y llorar de agonía y el miedo a ser asesinado por lo que había hecho, se metió en el auto como un zombie. Johnny se alejó de la escena incluso antes de que Mindy cerrara la puerta.

Condujeron en silencio durante unos minutos hasta que Johnny vio un teléfono público. Mindy se sorprendió de que no pudiera llorar. Sus ojos permanecieron secos mientras sentía que su corazón latía con tanta fuerza que puso ambas manos sobre su pecho por miedo a que se le rompiera. Johnny condujo hasta el teléfono y, sin apagar el auto, se detuvo junto a él. Salió y corrió hacia la cabina y marcó el 911. Tan pronto como escuchó una voz al otro lado,

rápidamente interrumpió. —Sí, um, me gustaría, um, necesito informar un accidente... Ruta 43, detrás La estación Phillips 66. Necesitarás una ambulancia

Tan pronto como Johnny salió del auto, las lágrimas inundaron los ojos de Mindy. De repente se aterrorizó de que alguien los estuviera persiguiendo; que alguien supiera lo que habían hecho. Salió del auto y corrió hacia la cabina detrás de Johnny. Golpeó suavemente el cristal de la cabina, con lágrimas corriendo por su pálido rostro y una mirada de desesperación. —Vamos... Johnny... —susurró, luciendo como un personaje de película de terror, con el pelo pegado a la cara con sudor y lágrimas, y las lágrimas enrojecían e hinchaban la piel.

Johnny miró a Mindy con odio en los ojos y gritó. —¡Cállate! —Luego maldijo en silencio y golpeó la pared de vidrio de la cabina, al darse cuenta de que el operador del 911 lo había escuchado. Puso su mano sobre el receptor, cerró los ojos y respiró hondo varias veces para tratar de calmar la electricidad y odio que sentía correr por sus venas.

El operador del 911 escuchó los gritos de Johnny, pero simplemente continuó haciendo una serie de preguntas con la voz más profesional. Escribiendo información en su computadora, preguntó: —¿Cuál es su nombre, por favor?

Johnny quitó la mano del receptor y, haciendo todo lo posible por sonar más tranquilo, respondió: —Mira, prefiero no involucrarme. Escucha, solo envía a alguien rápidamente —No esperó una respuesta, pero rápidamente colgó el teléfono y se quedó allí por un segundo jadeo. Se pasó la mano por el pelo, húmedo por el sudor, y continuó tratando de respirar profundamente. Parecía mucho más viejo y malvado que unos minutos antes, se dio la vuelta y corrió de regreso al auto, donde Mindy estaba sentada sollozando.

** **

El operador del 911 se volvió hacia el sargento de turno y dijo: —Posible 211 golpear y correr. Parece que el sospechoso acaba de llamar desde el Teléfono en Alamo Street

—¿Alguna cinta de audio de ellos?

—Sí.

—Cárgalo. Envíalo a la sala de pruebas.

** **

Johnny silenciosamente guió el auto a unas pocas cuadras del teléfono sin encender las luces y luego se detuvo al costado de la carretera. Se sentaron en silencio durante unos minutos y luego vieron las luces de dos ambulancias y tres coches de policía en blanco y negro antes de escuchar el ruido ensordecedor de sus sirenas. Johnny había recuperado la calma y miró sin ningún signo de preocupación a los autos de emergencia que pasaban zumbando. —Uno, dos... cinco autos... seguro que se toman muy en serio la vigilancia por aquí —se dijo.

Mindy no podía dejar de sollozar. —¿Cómo puedes ser tan egocéntrico? —Dijo ella, con la voz quebrada a media frase. Metió la mano debajo de su asiento y sacó un puñado de dinero. Lo sacudió frente a Johnny sollozando. —¿Es esto todo lo que te importa más? Nunca he conocido a nadie tan insensible... dos niños pequeños...

Johnny se volvió bruscamente para mirar a Mindy y dijo con voz helada: —Bueno, tienes suerte de que sea tan insensible. Me cuido y yo también te cuido. Deberías estar agradecida

—No fue intencional. Fue un accidente. Fue un accidente. —Mindy se sacudió mientras sollozaba y se cubría la cara con las manos.

—Estás drogada, Mindy... Mira, ¿hay otro lugar por aquí donde podamos dejar la hierba de tu amigo?

Mindy calmó sus sollozos por un segundo para pensar. —Podemos dejarlo en la parte trasera del Red Rocker. El primo de Larry dirige el lugar y vive detrás de él.

—Bien, llamémoslo. Dile que no pudimos hacer la entrega. Pero no puedes dejar que escuche que has estado llorando, así que cálmate ahora. Dile que tuvimos un accidente y que estamos en Red Rockers. —Sin esperar una respuesta, Johnny encendió el auto y comenzó a conducir hacia Red Rockers. Se detuvieron en la gasolinera al lado del bar. Johnny apagó el auto y se giró y miró a Mindy con las cejas arqueadas. Silenciosamente entendió que tenía que salir del auto e ir a hacer la llamada.

Se dirigió a la cabina telefónica, sacó un par de monedas y las dejó caer en la ranura. Detrás de ella, un letrero iluminado en la ventana de la tienda de la gasolinera brillaba. —Di no a las drogas.

** **

Larry estaba sentado en una bañera de hidromasaje junto a una chica rubia bien bronceada y tonificada. Ella se rió mientras Larry jugaba con su cabello,

haciéndole cosquillas en el cuello y el pecho con un mechón suelto. Lentamente, Larry se acercó a ella para besarla. Justo cuando estaba a punto de besarla, sin embargo, su teléfono celular sonó, con la canción: 'Soy demasiado sexy...' como tono de llamada. Sin moverse del lado de la chica, Larry agarró el teléfono. —¿Sí? —Dijo, mientras continuaba soplando suavemente en el cuello de la chica y sonreía con picardía.

La voz triste de Mindy cruzó la línea. —¿Larry...?

—¿Sí, qué tal?

—No pudimos dejarlo donde querías. Hubo complicaciones. Lo estamos dejando detrás de Red Rockers en el basurero al lado del tráiler de tu primo. Será mejor que vengas aquí rápido. No soy responsable de eso —Colgó el teléfono, apenas conteniendo las lágrimas. Ya no estaba terriblemente perturbada, ahora también estaba furiosa porque todo esto había sucedido... parecía increíblemente injusto. ¿Por qué? ¿Por qué ella?

Según lo prometido, pusieron la bolsa con la mercancía en el basurero del parque de casas rodantes. Johnny estacionó el auto debajo de uno de los pocos postes de luz en el parque de casas rodantes. Al regresar de dejar caer la bolsa, se detuvo y miró el auto de cerca por primera vez. Pasó la mano por la parte delantera del auto y maldijo por lo bajo. —Mindy —gritó—. Hay una rotura en su vinilo.

Mindy ya no estaba llorando, estaba mortalmente pálida y extrañamente tranquila al pensar fríamente en lo que había sucedido, lo que había hecho y lo que podía hacer ahora. Salió de su asiento y se acercó a Johnny. Inclinandose junto a Johnny, ella simplemente dijo: —No está mal. Hay un lugar para autos justo bajando la calle las veinticuatro horas. Consigamos un parche de vinilo

—Se supone que nos encontraremos con ellos en unos veinte minutos —respondió Johnny, todavía mirando el vinilo del auto.

Mindy caminó fríamente hacia el asiento del pasajero y comenzó a arreglarse el cabello y maquillarse en el espejo lateral mientras respondía: —Las cosas se secan rápidamente. Lo he usado antes en pequeñas roturas

Johnny asintió con la cabeza. No se dijeron nada más sobre el accidente el resto de la noche. Apenas se hablaban entre sí, de hecho. Mindy, por una vez, estaba perdida en el universo de sus propios pensamientos y sentimientos, en los que Johnny no gobernaba. Los recuerdos de los diez mandamientos 'No matarás' resonaron en su cerebro. Sabía instintivamente que Johnny era malo para ella y se preguntó cómo se lograría atrapar en su órbita. Como una estrella brillante siendo absorbida por un agujero negro, un agujero del que no había escapatoria.

Sus pensamientos seguían cambiando entre la escena de los niños tendidos en el suelo y varias escenas posibles de lo que su futuro podría contener: terribles penas de prisión, la sentencia de muerte, humillación para sus padres, constantes culpas y mentiras, el odio de Johnny...

Johnny, por otro lado, también estaba perdido. Pero estaba perdido en un mundo subterráneo de pensamientos oscuros y odiosos, pensamientos de venganza y engaño, pensamientos que lo preparaban para hacer lo que fuera necesario para salvarse y cumplir sus deseos, sin importar a quién tuviera que lastimar en el camino.

** **

Paramédicos y policías inundaron la escena del accidente toda la noche. Los cuerpos de los niños fueron cuidadosamente levantados de la escena y llevados por el equipo forense para realizar autopsias. Se tomaron fotografías de cada pulgada de terreno y se preguntó a los locales de la zona. El caso fue asignado al Detective Simón Ortega, quien lo descubrió a las 8 de la mañana del día siguiente, tan pronto como entró en su oficina.

Ortega no perdió tiempo en conducir hasta la escena del crimen, queriendo ver con sus propios ojos lo que había sucedido y dónde. Acercó su automóvil al lado de la cinta amarilla de advertencia que bloqueaba el área del accidente. Sus ojos se dirigieron de inmediato a la bicicleta roja que había quedado tal como la encontraron la noche anterior; un equipo de especialistas vendría esa mañana para tomarle más fotos, con la esperanza de que la brillante luz del sol blanco de Texas revelaría cualquier pista oculta.

Simón Ortega era un hombre hispano en forma, en sus cuarenta y tantos años. Era un oficial fuerte y serio, con el pelo corto y liso y negro peinado ligeramente hacia atrás. Su rostro era muy masculino, con una mandíbula fuerte enmarcada por una sombra de sal y pimienta, una nariz grande y cuadrada dominaba su rostro dándole una mirada autoritaria. Tenía una bonita sonrisa, pero la gente rara vez la veía: era conocido en toda la fuerza como un hombre intenso y sombrío. Tomó su trabajo en serio porque su trabajo era su vida. Vestido con pantalones negros y una camisa de cuello azul claro con las mangas enrolladas, se apoyó contra su Ford blanco emitido por la ciudad y estudió la escena del crimen en silencio. Sus ojos se detuvieron en un punto marrón oscuro junto a la bicicleta, que horas antes había sido el cálido, rojo vino, la sangre de un joven manchando la tierra mientras se desangraba lentamente.

Un patrullero, el oficial Méndez, estaba parado a pocos metros de Ortega, esperando en silencio para responder cualquier pregunta que el detective pudiera tener. Ortega señaló el parche de tierra que estaba oscurecido por las manchas secas. —¿Aquí es donde encontraste al primer chico? —Preguntó con voz fría y realista.

—Sí, señor. La bicicleta estaba allí y el otro cuerpo allí —respondió el joven oficial señalando a unos metros de las manchas a un lugar al lado de algunas piedras pequeñas.

Ortega parecía molesto. Se arrodilló para ver más de cerca el suelo—. Sabes, tanta gente ha caminado por aquí, las huellas de los neumáticos y las huellas están destruidas.

El oficial Méndez sacudió la cabeza rápidamente. —No, detective. Desde que el conductor de la ambulancia se llevó los cuerpos anoche, ni una sola alma ha pisado aquí. Alguien ha sido puesto aquí cada minuto para asegurarse de eso. Tomé el primer turno de nueve a medianoche, y luego ahora de siete a diez.

—Y la llamada... ¿a qué hora se hizo?

—8:15 de la noche, señor.

Ortega asintió y levantó la cinta, caminando cuidadosamente hacia la bicicleta destrozada. Concentró sus ojos en el suelo con una mirada feroz y penetrante. Sin levantar la vista, le preguntó a Méndez: —¿Alguna de las conductoras de ambulancia, mujeres?

—No, ambos varones, a finales de sus veinte. ¿Por qué?

Ortega señaló la marca de un pequeño zapato femenino. —Vamos a tener una impresión de este.

** **

Ortega encontró varias otras pistas en la escena esa mañana. Buscó cada centímetro con minucioso cuidado, sin darse cuenta del sol abrasador que trepaba implacablemente por el cielo, volviéndose cada vez más grande y feroz. Cuando finalmente se sintió satisfecho, asintió con la cabeza al oficial de guardia y regresó en silencio a su oficina. En su camino hacia allí, jugó cuidadosamente los posibles escenarios de lo que había sucedido la noche anterior.

Llegó a su oficina 20 minutos después y se dirigió al laboratorio para ver los resultados de las autopsias. Sin embargo, mientras caminaba por la recepción, el oficial Joan Metcalfe lo detuvo. —Disculpe, detective, sólo quería hacerle saber que hay alguien esperando en su oficina.

Ortega hizo un giro de 180 grados para dirigirse hacia su oficina, agradeciendo cortés y seriamente a Metcalfe mientras lo hacía. Podía ver que varias personas estaban en su oficina mientras se acercaba. A través de la ventana de cristal se podían ver varias cabezas y el sonido de fuertes voces masculinas y mujeres llorando se podía escuchar desde varios pies de distancia. Cuando Ortega abrió la puerta, una mujer de mediana edad le gritaba al Capitán que había estado esperando al Detective Ortega con la familia: —¿Qué quieres decir con que no tienes a nadie? ¿Qué quieres decir? ¡Mi chico esta muerto! No entiendes ¡Está muerto! ¡No se cayó de su bicicleta! ¿Por qué no quieres ayudarnos? No te importa ¡Dios mío!

El capitán tenía las manos levantadas e intentaba mantener la calma y calmar a todos los que lo rodeaban. Sin embargo, no estaba haciendo un muy buen trabajo, ya que parecía frustrado y cansado mientras varias personas a su alrededor hablaban al mismo tiempo, lloraban y le hacían preguntas en tono ofendido. Una familia de ocho estaba parada alrededor del escritorio de Ortega. Varios hombres mayores, una abuela, varias hermanas y una madre, la mujer que había estado gritando cuando Ortega entró, habían llegado a la estación hace dos horas y se habían negado a irse hasta que vieron al Detective a cargo de la investigación. Ortega rompió el ruido con su voz fuerte y segura, que sonaba llena de autoridad. Su voz dejaba claro que él no era una persona con la que se podía meter ni molestar. Al hacer contacto visual con todos los presentes, dijo: —No vas a resolver nada acampando en mi oficina. Tenemos una clara ventaja: algunas pruebas contundentes.

El padre de uno de los muchachos saltó de su asiento con una extraña mirada de alegría, ira y tristeza, todo cruzando su bronceado rostro a la vez. Era un hombre grande y fuerte, evidentemente acostumbrado al trabajo físico, con manos fuertes e insensibles y un rostro arrugado y dorado por días enteros trabajando bajo el fuerte sol del suroeste. —¿Sabes quién mató a mi hijo? —Dijo poniendo las manos sobre el escritorio de Ortega. —¿A ustedes les importa? Tal vez si mi hijo fuera blanco, entonces te importaría...

Ortega miró directamente a los ojos del hombre, para asegurarse de que escuchaba atentamente y entendía todo el significado de lo que estaba a punto de decir. —No importa de qué color sea tu hijo. Quienquiera que lo haya hecho, los vamos a apresar.

Después de decir esto, Ortega caminó hacia la puerta de su oficina, la abrió y le hizo un gesto cortés pero firme a la familia para que se fuera. —Ahora, por favor, váyanse. Están interfiriendo con los asuntos policiales. —Las hermanas

miraron alrededor confundidas hasta que una de ellas decidió tomar la iniciativa y salir. El padre asintió e hizo un gesto para que el resto de la familia hiciera lo mismo. Agarró a su esposa por el brazo para ayudarla. Mientras caminaba por Ortega, sin embargo, se detuvo y con un profundo dolor y enojo en su voz, lágrimas cayendo por sus ojos marrones oscuros y estrechándole la mano, dijo con la voz profunda de una madre adolorida. —Encuentras al monstruo que atropelló a mi hijo... —Su esposo la apartó y su hijo mayor se apresuró a abrazarla cuando ella salió de la oficina de Ortega. Ortega cerró la puerta detrás de ellos y caminó hacia su escritorio. Sin una pausa de un segundo, inició sesión en su computadora y abrió la lista de posibles testigos para llamar.

** **

Mientras Ortega llamaba a sus primeros posibles informantes, la investigación policial continuó a toda velocidad. La bicicleta había sido retirada de la escena del crimen y llevada de vuelta al laboratorio de la policía para su análisis. Un técnico, vestido con una bata de laboratorio y gafas con montura de alambre, se inclinó cuidadosamente sobre la bicicleta y desechó varias muestras de pintura. Estudió el metal centímetro a centímetro con una poderosa lupa de vidrio. En la rueda dentada trasera, notó una pequeña porción de pintura roja brillante, y cuidadosamente la quitó, colocándola en un pequeño sobre transparente de celofán.

** **

Ni Johnny ni Mindy habían hablado sobre el accidente después de que ella llamó a Larry. El pequeño grupo había pasado el resto de la noche y el día siguiente relajándose casualmente y descansando junto a la piscina, pero para Nancy y Doug era obvio que algo había sucedido. Sin embargo, ambos lo atribuyeron a algún tipo de pelea de amor entre Mindy y Johnny, por lo que no se preocuparon demasiado por eso.

Al final del día, cansados y un poco aburridos, todos se sentaron a mirar televisión. Doug, que había tomado el control del control remoto, era adicto a la navegación de canales y seguía cambiando de estación. Durante un par de minutos, se detuvo en las noticias locales, justo cuando el presentador de noticias dijo:

—No hubo nuevos desarrollos en el atropello y fuga que mataron a Pepe Santuro. Su primo, José García, aún se encuentra en estado crítico y se espera que se someta a una cirugía de columna a finales de esta semana. La familia está buscando donaciones para pagar esta cirugía

Un testigo silencioso ha ofrecido una recompensa de \$ 5,000 por cualquier información sobre el accidente de golpe y huida... Autopista 323.

Más sobre desarrollos locales: la demanda colectiva contra el gobierno de la ciudad de San Angelo...

Cuando Doug cambió de canal, sacudió la cabeza y dijo: —Bastante despiadado atropellar a dos niños y dejarlos allí... qué vida tan baja.

Mindy se sintió intensamente incómoda, sintiendo que se sonrojaba intensamente y que todo su cuerpo estaba repentinamente cubierto de sudor frío. Intentando actuar de manera informal, se levantó y preguntó: —¿Quieren otra cerveza?

Nancy levantó los ojos hacia Mindy y luego se acurrucó de nuevo junto a Doug. —No, no yo... no quiero estar borracha...

Doug miró a Nancy como si fuera una niña—. ¿Podrían ustedes dos tener una tregua, por favor? Han estado en la garganta del otro desde que hemos estado aquí

—Sí, relájate, Nancy —se unió Johnny.

—Está bien, está bien, lo siento Mindy... supongo que estoy un poco malhumorada. —Extendió la mano y agarró un puñado de pretzels de un tazón grande en la mesa central.

Mindy no respondió. Estaba inquieta y quería salir, pensar y hacer que todos pensarán en otra cosa. —¿Ustedes quieren ir al partido de polo de Larry?

—Claro, me encantaría... —Doug respondió mientras sonaba el teléfono. Johnny, que estaba sentado más cerca de él, extendió su brazo y lo agarró. —Hola... oh, Mindy, sí, ella está aquí, solo un segundo... —le tendió el teléfono a Mindy.

Mindy agarró el teléfono y se sonrojó ligeramente al escuchar la voz al otro lado. Se apartó de sus amigos y respondió: —Papi... sí, ese es un amigo mío de la universidad... Sí, la estamos pasando muy bien... aunque desearía que estuvieras aquí...

El padre de Mindy se sentó junto a una gran piscina en forma de lágrima, hecha de brillantes azulejos azules y blancos, rodeada de grandes macetas llenas de margaritas blancas, amarillas y azules. Detrás de él, un océano turquesa besaba suave y rítmicamente la orilla, la arena sedosa, cuando cada ola rompía

en la playa. El cielo era azul claro, lo suficientemente claro como para ser casi blanco, lo que le daba a toda la escena una sensación de paz y ligereza celestiales, lo que hacía sentir que había escapado de la gravedad y el tiempo. Era un lugar hermoso, lejos de la vida cotidiana de Texas. El padre de Mindy disfrutó de la cálida brisa marina mientras hablaba con su hija. —Perdón por el viaje de esquí, cariño. ¿Georgia te dio el sobre?

—Está bien... Sí, papá... gracias.

—Bueno, obtienes algo especial con eso. Volveré la próxima semana y vendré a tu universidad para llevarte a cenar, ¿de acuerdo?

—Claro papi, gracias... Sí, entiendo que tienes que irte. Te amo, adiós.

Mindy colgó el teléfono, tragó saliva y se volvió hacia su amigo que esperaba como si nada hubiera pasado. —Entonces, ¿vamos al juego de Larry?

** **

Los terrenos del Polo eran de una vista espectacular. Amplios céspedes verdes que se extendían sobre colinas ligeras y campos llanos, perfectamente cuidados y bordeados por arbustos bien cuidados. Una pequeña multitud de gente bien vestida estaba viendo el partido. Todos parecían tener sonrisas perfectas blanquecinas y bronceados hermosos.

Larry montaba ferozmente su caballo cuando llegaron. Tomó esta participación, como todas sus participaciones, casi demasiado en serio. Vestido con un polo a rayas azules y blancas que hacía que su cabello se viera aún más rojo y salvaje de lo que solía ser, llevó a su caballo a sus límites. Con su mazo en el aire, corrió desafiante hacia otro caballo. Durante varios segundos, se enfrentó brutalmente con otro jinete para controlar la carrera, y finalmente logró un tiro inverso. Mirando al otro jinete con ojos salvajes, Larry gritó: —Se suponía que debías ceder el paso. Nuestros dos caballos podrían haber sido heridos.

El otro jinete miró a Larry con una mezcla de miedo y molestia. Retrocedió su caballo murmurando: —Sí... lo siento.

Mindy tiró de la manga de Johnny mientras presenciaban el episodio de gritos de Larry: —Larry está bastante loco. Parece que quiere matar a ese tipo del otro equipo.

—Sí, parece —respondió Johnny distraídamente—. Mira, ya que estamos aquí, vamos a ver si todo estaba bien con la entrega. —Sin embargo, cuando se volvieron para caminar hacia Larry, encontraron el camino bloqueado por una morena regordeta y bien vestida que le sonreía a Mindy como si fuera su hija

perdida hace mucho tiempo a quien no la había visto en años. Llevaba una blusa de seda color crema, obviamente cara, y una falda con flores, ninguna de las cuales ocultaba su figura redonda. Su cabello estaba atado en un sofisticado moño encima de su cabeza. Su cara, sonriente y regordeta, era bastante bonita, con una pequeña nariz puntiaguda y brillantes ojos azules.

—¡Mindy, Mindy querida! —Dijo la Sra. Hampton, extendiendo la mano para besar falsamente a Mindy en ambas mejillas—. escuché que regresarías para las vacaciones de primavera. Simplemente terrible lo que pasó anoche, ¿no?

—¿Qué quieres decir? —Preguntó Mindy inocentemente.

—¡Seguramente lo sabes! El joven que fue asesinado... (¿Cómo se llamaba...?) Sí, Pepe. Por qué, su padre ha sido el capataz en *Texas United* durante los últimos veinticinco años. ¡Era el más joven! El funeral es mañana. Tal vez deberías venir ya que tu padre no podrá hacerlo. ¿No te acuerdas de Renaldo Santuro? Él fue quien apagó ese gran incendio de petróleo hace unos diez años. ¡Salvó la compañía de tu papá!

Mindy se puso pálida mientras la señora Hampton hablaba. Ella se apoyaba fuertemente en el brazo de Johnny y trataba de parecer normal. Johnny notó la incomodidad de Mindy pero no estaba preocupado en absoluto. Parecía y actuaba como si la historia contada no tuviera nada que ver con él. Suavemente, Mindy respondió a la señora Hampton: —Claro, supongo que iré. ¿Dónde se va a realizar?

—En la funeraria Coventry querida. —La Sra. Hampton notó a Johnny por primera vez cuando Mindy se inclinó sobre él. Sus ojos observaron lentamente sus jeans rotos y su cabello despeinado. Cuando le preguntó a Mindy con una sonrisa falsa en sus labios. —Entonces, ¿quién es tu joven amigo, querida? —Una expresión de disgusto se extendió por todo su rostro traicionada por sus verdaderos sentimientos.

Mindy miró a Johnny con una sonrisa. —Este es Johnny Dobbs, mi novio de San Antonio.

En su forma más educada, Johnny se enderezó y extendió su mano hacia la señora Hampton, diciendo con voz profunda y madura: —Mucho gusto, señorita...

La señora Hampton extendió la mano hacia Johnny como si temiera alguna enfermedad terriblemente contagiosa. Con voz chillona, completó la frase de Johnny. —Priscilla Hampton —con una risa tonta y femenina, agregó: —Pero mis amigos me llaman Cilla.

—¿Qué tal, ‘tontilla’? —Respondió Johnny, riéndose de su propia broma. La cara de la señora Hampton se volvió de un tono púrpura oscuro y era obvio que se sentía ofendida. Resoplando, se giró para alejarse, diciendo por encima del hombro: —Bueno, ustedes dos... tengo que ir a ver a mi poni...

Mindy se despidió de ella con una sonrisa amistosa. Tan pronto como la Sra. Hampton se perdió de vista, sin embargo, se volvió para mirar a Johnny con el ceño fruncido. —¿Por qué tienes que ofender a todos?

Johnny alzó las cejas fingiendo sentirse ofendido porque alguien cuestionara su inocencia. —¿Viste cómo me miraba? Como que sí Dios murió y la nombró para el puesto. ¡La dama debió comer almidón! Mira si estas personas no pueden tomar una broma... —se encogió de hombros.

Mindy no sabía cómo responderle a Johnny. —Aún así...

—De todos modos, en realidad no estás pensando en ir al funeral, ¿verdad?

—Tengo que...

Johnny sacudió la cabeza molesto. Se paró frente a Mindy y la agarró por los brazos diciendo: —Mira, no tienes que hacer nada. ¡Cuanto más lejos te quedes, mejor!

Mindy miró hacia otro lado en silencio, ignorando a Johnny, negándose a aceptar. Varios pies detrás de Johnny, vio a Larry entregando su poni a una mano estable. Se soltó del agarre de Johnny y caminó hacia Larry. Ella se acercó a él sin decir nada y él asintió para que ella caminara con él. Esperó hasta que estuvieron fuera del alcance del oído de la gente para decir en voz baja: —Vi las noticias. ¿Fue esa la complicación? ¿El atropello y fuga en el sitio de la entrega?

Mindy siguió caminando con los ojos en el suelo. —Sí —respondió ella.

Larry negó con la cabeza, molesto y luego se echó a reír, burlándose de Mindy: —¿Qué hiciste? ¿Tienes prisa y atropellas a un niño? Por Dios...

Johnny los atrapó y escuchó los comentarios de Larry. Sin dejar que terminara, interrumpió: —Mira, no es así como fue. La bicicleta salió de la nada. Fuimos a un teléfono y llamamos al 911.

Larry no respondió. Siguió caminando hacia la casa club y simplemente dijo en un tono de negocios sin emociones: —Entendí todo bien. Lo estoy volando a Chicago. A ellos les encantará. Me gustaría obtener más ¿Cuánto tienes en total?

Johnny respondió con la misma voz despiadada de negocios. —Tengo alrededor de cincuenta libras más...

Larry lo interrumpió. —Bueno, solo siéntate. Subiré con el dinero. —Se detuvo y se volvió hacia Mindy—. Y será mejor que te cubras el trasero. En caso

de que no lo sepas, un homicidio de atropello y fuga es jugar muy, muy en el jardín izquierdo.

Un destello de consideración pasó repentinamente por los ojos de Larry. Una sonrisa muy sutil se deslizó por sus labios, pero casi de inmediato la reprimió y miró a Johnny nuevamente con ojos salvajes, poderosos y peligrosos. —Mira —dijo con un aire arrogante de superioridad—. Probablemente soy el único que podría resolver las cosas, así que me gustaría obtener la próxima carga por un precio especial de \$ 800 por libra. —Sonrió falsamente amable, golpeó suavemente a Johnny en el hombro y le preguntó: —No hay problema, ¿verdad? Simplemente mantendremos nuestro pequeño secreto entre nosotros.

Dio un paso atrás y miró a Johnny y Mindy con una sonrisa. Con confianza se giró y caminó hacia el club silbando ‘Soy demasiado sexy...’ para sí mismo.

** **

Ortega no había dejado de trabajar desde que fue asignado a la investigación. Había pasado la mayor parte de la noche revisando pruebas y tratando de localizar a todas las personas que generalmente vivían, caminaban o manejaban por el área del accidente. Solo logró mantener este horario agitado bebiendo galones de café todos los días. Y todos los días, independientemente de lo tarde que se había quedado despierto la noche anterior, estaba en el ring de boxeo a las 5 AM, golpeando, dando puñetazos, entrenando para matar con los puños, tratando de superar el dolor y la agresión que sentía, la frustración de enfrentar muertes y violencia todos los días. Después de al menos una hora de ejercicio de alta energía, se duchaba, afeitaba y vestía, siempre luciendo bien y limpio mientras entraba a la oficina con un gran café en la mano.

Ortega ya llevaba un par de horas en su oficina cuando el oficial Metcalfe llamó a su puerta. Ortega no levantó la vista de la impresión de la computadora que estaba leyendo, pero hizo un gesto para que entrara Metcalfe. Metcalfe sostenía un sobre de FedEx. —El transportista estaba aquí para ti —dijo, entregándole el sobre.

—Oh, gracias —respondió Ortega marcando el lugar en los papeles donde se detenía y finalmente mirando a Metcalfe. Se frotó los ojos con cansancio y dijo: —Más tarde iré al funeral del niño. ¿Quieres ir?

Metcalfe sonrió sarcásticamente. —Nuestra primera cita... a un funeral. Muy creativo —Ortega estaba demasiado ocupado abriendo el sobre para captar el

humor de Metcalfe, y ya había dejado de mirarlo. Distraídamente, respondió: — Está bien, así que luego vamos a comer algo.

Metcalfe miró los ojos oscuros y preocupados de Ortega que examinaban los documentos en el sobre. —Claro, iré. ¿Qué hora?

—Siete y media. Yo te recogeré. —El documento en la mano de Ortega era el informe de laboratorio de la bicicleta de las víctimas. Lo leyó dos veces:

FBI Laboratorio Criminal FEE SPECTRA ANÁLISIS \$ 585

Muestras Laca Roja

FABRICANTE Dunn Edwards

FECHA DE FABRICACIÓN 1985 - Presente

VEHÍCULO UTILIZADO EN PRODUCTOS GM.

Ortega arrojó el sobre sobre su escritorio y se dijo a sí mismo: —Bueno, eso lo reduce a unos siete millones de autos. —Metcalfé sonrió con simpatía y salió de su oficina.

** **

A kilómetros de Metcalfé y Ortega, la mente de Mindy también estaba en el funeral que pronto tendría lugar. Había tendido un vestido largo y negro en su cama, con un frente de corte moderadamente bajo y mangas largas. Debajo del vestido había un sobre en el que había pensado y preparado cuidadosamente.

Cuando se sentó frente a su espejo con su bata de baño rosa suave y esponjosa, secándose cuidadosamente el cabello con una toalla, escuchó un suave golpe en la puerta. Antes de que ella pudiera responder, Johnny asomó la cabeza y con su mejor sonrisa de chico malo preguntó: —¿Quieres drogarte?

Por primera vez, Mindy puso los ojos en blanco hacia Johnny y se apartó de él. Se miró en el espejo y respondió: —No, no creo que sea apropiado. —Johnny entró en su habitación en silencio y vio el vestido en la cama. Caminó hacia él, y lentamente pasó su mano sobre el material suave y sedoso. Con una voz enojada y molesta, casi como si se estuviera hablando a sí mismo, sin volverse hacia Mindy pero manteniendo la vista en su vestido, dijo: —Te vas, ¿no? Simplemente no puedes mantenerte alejada

Mindy se volvió sonrojada por la ira. Su rostro era rojo escarlata, su ceño estaba fruncido y su pecho se agitaba bruscamente mientras respiraba profundamente, con ira. ¿Cómo podría Johnny ser tan insensible, tan indiferente? ¡Y enojarse con ella por tratar de hacer lo correcto...! Con una voz enojada y aguda que no quería simpatía, ella respondió a Johnny: —¡Sí, maldita sea! Maté, el niño y lo menos que puedo hacer es ir a su funeral. No a todos les resulta tan fácil enterrar su conciencia como parece

Johnny se volvió hacia ella con una sonrisa malvada y sarcástica en su rostro. En un tono asqueado y burlón, escupió en la cara de Mindy, hablándole como si fuera una idiota completamente ingenua. —¡Mataste a un castor mexicano! ¿Crees que incluso lo extrañarán? ¿Cuántos hijos crees que tuvieron? ¿Diez?

¿Ocho? ¿Doce? Tienen mucho, así que cuando algunos de ellos mueren, todavía les queda muchos.

Mindy se apartó con disgusto. Rápidamente agarró su vestido y el sobre y entró en su camerino. Johnny siguió hablando, lo suficientemente alto como para que ella escuchara a través de la puerta. —¿No es así? ¿Cuántos mexicanos has visto con un hijo único? Es una mercancía rara. Simplemente crían la mitad de ellos para el bienestar.

Mindy salió de su camerino furiosa. El rojo furioso de su rostro se destacaba aún más contra el vestido negro que ahora llevaba puesto. Se acercó a su enorme espejo de tocador del piso al techo y agarró un cepillo para el pelo. Se cepilló el pelo y respondió, sin mirar a Johnny y con repugnancia en su voz: —Eres realmente patético. Lo que realmente me molesta es que probablemente creas en la inmundicia que estás vomitando. Siempre en esto son los mexicanos, los negros... Lo que sea. Piensas que como eres blanco eres mejor que todos. Así que tu papá perdió su trabajo de investigación por un guatemalteco. ¡Pobre bebé! No te da derecho a odiar a todos al sur de la frontera.

—De todos modos, me voy y no me importa lo que pienses. No puedo deshacer lo que he hecho. Pero al menos, estaré allí cuando hagan el servicio para el niño, y luego, iré al hospital y usaré parte de mi dinero de fideicomiso para pagar las facturas del hospital del otro niño. No tienes que venir. Puedes quedarte aquí. Pero no te atrevas a decirme que no vaya, porque yo me voy —Se volvió y se dirigió a Johnny. Se quedó estupefacto, sin saber cómo responder. Ella nunca se había enfrentado a él así. Antes de que pudiera salir de su sorpresa, Mindy se abrió paso a su lado y salió de la habitación.

Ella salió de la casa nerviosa y molesta. Mientras caminaba hacia su automóvil, se topó con Doug, puliendo su amado Corvette. Al ver el vestido negro sombrío y adulto de Mindy, Doug hizo una doble toma. —¿A dónde vas? ¿Un funeral o algo así? Mindy ni siquiera notó el intento de humor de Doug. Levantó la vista y con gran seriedad respondió: —Sí, murió un niño cuyo padre trabaja para mi padre. Voy a su funeral.

Doug dejó de pulir su auto y se levantó, mirando de cerca a Mindy. Se dio cuenta de que ella había estado llorando. —Te ves bastante molesta —dijo suavemente—. ¿Quieres que te lleve?

Mindy sacudió la cabeza lentamente. —No, gracias... volveré dentro de un rato. —Caminó hacia su auto y entró. Salió de la calzada en un giro suave, y se despidió de Doug con una expresión triste en su rostro. Condujo todo el camino a la iglesia sin música. Su mente estaba completamente en blanco, pero sintió

una pesadez oscura que la oprimía de la cabeza a los pies. Tenía tanto dolor que ni siquiera podía llorar. Intentaba desesperadamente ser fuerte y adulta, pensar en otras formas de ayudar a la familia. ¿Qué más podría hacer para deshacerse de esta culpa terrible y sofocante? Sin embargo, a pesar de sus mejores esfuerzos, de repente solo pudo pensar en lo que la madre y el padre del niño debieron haber sentido cuando se enteraron de la noticia. Se los imaginó mirando el cuerpo de su hijo mientras yacía sin vida en el camino, cubierto de polvo, bañado en sangre fresca y pegajosa. Sintió una horrible frialdad húmeda descender sobre ella, como la lengua gigante de una serpiente mortal, envolviendo todo su cuerpo. Cada centímetro de su piel, de su ser, de su alma, se sentía expuesta y sucia. Ella había cometido el crimen más atroz.

Mindy llegó a la Capilla Mortuoria justo cuando todos entraban. Aparcó, respiró hondo y salió tratando de mezclarse con la multitud. Su palidez fantasmal y su rostro inexpresivo la hacían parecer más que fuera de lugar entre la familia emocional, llorosa y mexicoamericana que llenaba cada rincón.

El detective Ortega se estaba arreglando la corbata en el espejo del pasillo junto al oficial Metcalfe cuando Mindy entró. Él la vio cuando ella entró y se acercó al registro de invitados. Él se quedó quieto y siguió sus movimientos con los ojos. El cabello rubio de Mindy contrastaba notablemente con el cabello negro brillante de los familiares y amigos presentes. Metcalfe notó que los ojos de Ortega seguían algo. —¿Qué es tan extraño? —Preguntó.

Ortega asintió con la cabeza hacia Mindy. —Solo me preguntaba por qué está aquí...

Mindy miró a su alrededor y vio a una pequeña mujer sentada junto al ataúd. Su rostro estaba empapado en lágrimas y arrugado en la más aterradora expresión de agonía. Sus ojos marrones oscuros, que debieron ser bastante románticos en otros momentos, estaban casi hinchados por sus lágrimas imparables. Su grito desgarrador fue casi silencioso: gimió silenciosamente contra el pecho de su esposo, exhausta por horas de sollozos y gritos de dolor. Su cabello estaba enredado contra su frente húmeda, y sus largas y elegantes manos marrones retorcían nerviosamente un pañuelo una y otra vez. Parecía una niña, terriblemente herida e incapaz de entender por qué un dolor tan insoportable le atravesaba el alma. Los ojos de su esposo también estaban rojos y con lágrimas. Se desplomó hacia adelante, luciendo exhausto, como si el dolor hubiera devorado su energía y fuerza. No había podido dormir desde que se enteró de la muerte de su hijo, y se sintió más cerca de la muerte con cada segundo de tormento. Casi como un robot, acarició la espalda de su esposa rítmicamente.

Sus manos y brazos estaban cubiertos de grandes cicatrices quemadas de color marrón rojizo, y tan pronto como los vio, Mindy recordó las palabras de la Sra. Hampton sobre el gran incendio en compañía de su padre: cómo este valiente hombre había salvado todo.

Mindy se quedó helada, mirando a la trágica pareja con el sobre arrugado en sus manos. Se puso más pálida al presenciar la sangrienta realidad de su dolor; su piel se volvió de un color verde amarillento y sintió que su estómago se hundía en la nada. Ni siquiera notó los ojos de Ortega siguiendo cada movimiento, notando cada expresión de su rostro. Respiró hondo y, tratando de reunir coraje, caminó lentamente hacia los padres del niño. Mirándolos con silenciosa angustia en su rostro, les tendió una mano temblorosa, sosteniendo el sobre que había preparado con tanto cuidado. Sabía que si no actuaba ese segundo, podría perder el coraje, perder la fuerza y llorar, gritar para que la perdonaran o la mataran; su culpa y dolor eran tan fuertes que deseó desesperadamente poder morir, sufrir terriblemente. , para pagar lo que había hecho. Antes de que sus lágrimas la traicionaran, se lanzó rápidamente al discurso que se había repetido mentalmente a sí misma mil veces mientras preparaba el sobre. Obligándose a mirar a la madre de Pepe, dijo: —Siento mucho lo de tu niño. Soy Mindy Jones Tu esposo trabaja para mi padre. Me gustaría que tuviera esto para ayudar con los gastos del funeral. Estoy seguro de que echaremos de menos al pequeño Pepe. —Lágrimas calientes corrieron a sus ojos antes de que pudiera terminar la última oración. Quemaron la cara de Mindy cuando se volvió hacia el padre de Pepe. —Eres Renaldo, ¿verdad? Salvaste la compañía de mi padre de un gran incendio de petróleo. Lamento mucho lo de tu hijo.

Renaldo parecía completamente sorprendido por el gesto de Mindy. Sorprendido, se quedó helado por un segundo, mirando la luz, la cara de la chica rubia cubierta de lágrimas. Reaccionando rápidamente de su sorpresa, agradecido tomó el sobre y dijo que sostenía la mano de Mindy. Mindy podía sentir su mano grande, cálida e insensible rodeando por completo su propia palma pequeña, suave y sudorosa, que temblaba de culpa. Renaldo tragó saliva, una vez, dos veces, pero aún así su voz se quebró a mitad de la oración cuando le dijo a Mindy: —Muchas gracias por venir. No te he visto desde que eras un bebé. Visité tu casa después del incendio. Tu padre es un buen hombre, y veo que ha criado a una buena hija

Ortega se acercó al pequeño grupo mientras Renaldo hablaba. Renaldo y Mindy repentinamente se dieron cuenta de su presencia cuando, con una voz

profunda, cerca de Mindy, dijo: —Puedo asegurarle, Sr. Santuro, encontraremos al responsable de lo que le sucedió a su hijo. —Miro a Mindy por un segundo antes de continuar. Mindy sintió una desesperada necesidad de escapar de sus terribles ojos, pero no pudo hacer nada. Tuvo que quedarse parada allí sintiendo su mirada abrasándola de adentro hacia afuera. —Disculpe —continuó Ortega —. No creo que nos hayamos conocido nunca. Soy el detective Ortega.

El corazón de Mindy dio un vuelco y de repente sintió que sus piernas se volvían tan suaves como el pudín debajo de ella. Ella se sonrojó involuntariamente, pero trató de recobrar la compostura y respondió, tan profesionalmente como pudo: —Yo... mi nombre es Mindy Jones. —Ortega le estrechó la mano, notando que estaba sudorosa y temblando ligeramente. Renaldo notó la torpeza nerviosa de Mindy y se sintió obligado a defender a esta joven que había sido tan amable con su familia. Pensó que Mindy podría sentirse incómoda porque no conocía a nadie en la habitación y que el Detective no podría saber por qué Mindy estaba allí. Tratando de explicar todo esto, rápidamente dijo: —He trabajado para el padre de Mindy durante los últimos veinticinco años. Él me recordará...

Mindy se volvió hacia Renaldo y con una sonrisa amable lo interrumpió para decirle: —Bueno, mi padre está fuera de la ciudad y no pudo asistir al funeral. Estoy seguro de que le hubiera gustado haber estado aquí para ti...

Ortega parecía impasible ante las palabras de Mindy. Se quedó inmóvil ante las lágrimas de Mindy o su temblor. Sus ojos estaban fijos en su rostro y parecía más interesado en ella que en cualquier cosa que sucediera a su alrededor. Con una voz fría y profesional que, sin embargo, traicionó su intenso interés, preguntó casualmente: —¿Vives aquí en la ciudad? No te he visto por aquí

Mindy se giró para mirarlo directamente y trató de parecer casual y amigable con una suave sonrisa femenina, pero pudo escuchar su corazón latir nerviosamente mientras respondía. Estaba molesta por la forma agresiva en la que él hacía preguntas que en la superficie parecían tan causales y sin importancia. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y respondió: —Oh, estuve fuera en las escuelas preparatorias por un tiempo y ahora estoy en segundo año en el Estado de San Antonio... Solo estoy aquí con algunos amigos durante las vacaciones de primavera. —Cuando dijo esto sintió que ya no podía soportar la mirada penetrante de Ortega. Se sentía cada vez más incómoda y vulnerable. De repente se dio cuenta de lo fuera de lugar que estaba en el funeral, cómo se destacaba contra la afligida familia y amigos. Rápidamente se

volvió hacia los padres de Pepe y cortésmente dijo: —Disculpe, realmente debo irme.

Ortega, incapaz de encontrar una razón para detenerla, se vio obligado a dejarla pasar, pero su lenguaje corporal y su rostro mostraban que era reacio a hacerlo. Metcalfe, que había visto el episodio completo a unos metros de distancia, se acercó a Ortega y simplemente dijo: —Un poco agresivo, ¿no?

Ortega no respondió a las veladas críticas de Metcalfe. Sus ojos siguieron a Mindy cuidadosamente mientras ella salía de la funeraria. Solo una vez que ella desapareció de su línea de visión, se volvió hacia Metcalfe. Justificó su comportamiento extraño y agresivo diciendo: —Me parece extraño que ella esté aquí. Nunca se sabe acerca de la conciencia de alguien... Me pregunto si ella tiene un secreto... —sin terminar su oración, se apresuró al estacionamiento. Pero Mindy ya se había alejado.

** **

Doug continuó trabajando en su automóvil después de que Mindy se fuera para ir al funeral. Estaba completamente involucrado en cada curva y destello del Corvette, inclinándose para encerar cuidadosamente cada pulgada cuadrada, para pulir cada ángulo. Delbert caminó hacia el garaje mientras Doug limpiaba los faros del Corvette. Sonrió al ver la cara juvenil de Doug concentrada tan profundamente en el estado de su auto. Vio a Doug como un hombre joven, lleno de energía y sueños, lo suficientemente joven en su corazón como para poder enamorarse tan profundamente de un automóvil.

Al escuchar los pasos de Delbert, Doug levantó la vista. De una manera amigable y paternal, Delbert sonrió y dijo: —Mantén tu auto en buena forma — señaló el sujetador en la parte delantera del auto y preguntó: —¿Cómo llamas a estas cosas?

Doug se echó el pelo hacia atrás para inspeccionar su trabajo de encerado. Suavemente pasó su mano sobre el cobertor del auto respondiendo. — Cobertores. Son para proteger contra rocas voladoras, peligros de carreteras. Me ahorra volver a pintar este auto todo el tiempo... Esto me costó la mitad del salario de mi primer año justo fuera de la escuela de leyes...

Delbert se acercó al auto y le dio unas palmaditas en el cobertor. Su mano corrió justo sobre la rasgadura causada por el accidente, pero no se dio cuenta. Había venido aquí para hablar con Doug sobre Mindy, por lo que preguntó cuidadosamente: —Umm... ¿Sabes por casualidad qué ha estado comiendo

Mindy? Ella es como una persona diferente de repente. ¿Tiene problemas con ese tipo Johnny?

Doug parecía despreocupado y volvió a pulir cuidadosamente su auto. Se inclinó sobre el capó y dijo: —Creo que está enojada con su padre por irse con su madrastra y olvidarse de ella esta primavera... No me preocuparía. Ella lo superará

Delbert asintió y miró a Doug por un momento. La calma de Doug no lo consoló. Sintió que Mindy estaba en algún tipo de problema, pero no podía entender qué tipo de problema era. Palmeó el cobertor del auto una vez más y comenzó a alejarse diciendo: —Voy a la cocina. ¿Puedo traerte una cerveza?

Doug levantó la vista con una sonrisa. —Sí, gracias, me encantaría una...

** **

Mindy entró en el camino de entrada un segundo después de que Delbert había entrado en la casa. Aparcó el Range Rover y saludó a Doug mientras abría la puerta. Doug le devolvió el saludo con el paño encerado que estaba usando en su mano. —¿Dónde está Johnny? —Preguntó Mindy.

—Está en tu vehículo de tres ruedas. Dijo que volvería antes del anochecer —Mindy asintió y caminó hacia la casa. Cuando abrió la puerta se topó con Nancy, que bajaba las escaleras en traje de baño, lista para disfrutar de la cálida agua de la tarde. Tan pronto como vio a Mindy, sin embargo, Nancy se detuvo en seco. Mindy era blanca como un espíritu y parecía casi enferma. Nancy miró la cara de su amiga y vio que tenía los ojos rojos y parecía vieja y cansada. Acercándose a Mindy, Nancy preguntó en un tono gentil pero preocupado: —¿Qué pasa, Mindy? Parece que has visto un fantasma.

Mindy sacudió la cabeza y vio, tratando de deshacerse del miedo, el estrés y el remordimiento que sentía. Se sentía físicamente enferma por todos los nervios que había sentido, su cuerpo quería dormir y nunca despertarse. En voz baja que sonaba exhausta y derrotada, Mindy respondió: —¡Nada! Los funerales son difíciles. Me recuerdan a mi madre muriendo. Cada vez que voy a uno, espero mirar en el ataúd y ver la cara de mi madre. Es difícil.

Nancy parecía seria e incómoda. Ella no sabía cómo responder al dolor de Mindy, así que dijo lo primero que se le vino a la cabeza: —Bueno... ¿por qué no drogarse y olvidarlo?

Mindy no respondió. Pasó junto a Nancy con la cabeza gacha. Se detuvo al pie de las escaleras y volvió a verla. —Algunas cosas que no las puedes olvidar,

incluso cuando estás drogado. Me voy a quitar esta ropa. Nos vemos en la piscina y esta noche iremos todos a la ciudad a comer comida mexicana.

** **

A pocos kilómetros de Mindy, Johnny estaba disfrutando del paisaje escarpado de Texas en el vehículo de tres ruedas. Lo montó rápido; disfrutando de la sacudida que tomó al pasar sobre pequeñas colinas y rocas, y tomó curvas bruscas para sentir la emoción de casi perder el control. No era consciente de las plantas interesantes que lo rodeaban, ni de la belleza de un cielo tan claro y claro que era casi blanco. Johnny solo estaba interesado en la emoción de conducir el vehículo de tres ruedas cada vez más rápido, acercarse a caerse, a lastimarse, solo para recuperar el equilibrio en el último segundo posible. Sin embargo, de repente, golpeó los frenos del vehículo de tres ruedas y se detuvo como si el mundo se estuviera acabando antes que él. A varios metros de donde estaba sentado, pudo ver un Ford sin marcas y un hombre vestido de civil apoyado contra él. El hombre había estado mirando hacia otro lado mientras Johnny conducía, pero se volvió hacia Johnny cuando escuchó el chirrido de los frenos. Miró a Johnny por solo un segundo y luego se volvió de nuevo, como si no le interesara lo más mínimo. Tenía un cigarrillo en la mano y dio un largo y tranquilo tirón, mientras miraba por el horizonte. Como si el infierno lo estuviera persiguiendo, Johnny giró el vehículo de tres ruedas y corrió hacia la casa. Unos segundos después, el hombre caminó hacia una tubería de riego y la encendió.

Johnny, sin embargo, no sabía lo que el hombre estaba haciendo allí. Pero él quería estar listo para lo peor. Aparcó el vehículo de tres ruedas en el garaje y se acercó a Doug, que estaba terminando su largo proceso de depilación. Doug se estaba concentrando en hacer brillar las llantas de su auto, y no levantó la vista cuando Johnny se acercó. Johnny fingió estar tranquilo mientras se apoyaba contra el auto de Doug y decía: —Doug, esta casa está bajo vigilancia.

Doug levantó la vista rápidamente—. ¿Para qué? No te queda nada, ¿verdad? Johnny negó con la cabeza. —No, solo mi reserva personal.

Satisfecho con la respuesta de Johnny, Doug volvió su atención a las llantas del auto sin pensarlo. —Mira, no te preocupes, Johnny. No pueden entrar aquí sin una orden judicial. ¿Y qué causa probable tienen para obtener una orden judicial? Dime tú. Que se jodan. No van a encontrar nada aquí. Tal vez ese tipo al que lo vendiste estaba caliente. De todos modos, todo lo que tienes es el dinero, así que no te preocupes.

Johnny no respondió. Suavemente pateó la rueda del Corvette como para comprobarlo y luego caminó silenciosamente hacia la casa.

** **

Johnny no podría haber sabido que justo cuando Doug le dijo que se calmara, el peligro real estaba cayendo sobre él. Cuando Johnny regresó a la casa, el avión de Larry aterrizó en el aeropuerto O'Hare de Chicago. Larry rápidamente salió de la *clase de negocios*, caminando descuidadamente frente a dos personas mayores en sillas de ruedas. Se apresuró al área de reclamo de equipaje y esperó ansiosamente a que el equipaje comenzara a caer por la cinta transportadora. Miró a su alrededor un par de veces nervioso. Tenía ambas manos dentro de los bolsillos de su chaqueta negra clara y no podía dejar de presionarse los nudillos de sus pulgares una y otra vez, mientras contaba los segundos que pasaban. Lo que pareció una eternidad pasó antes de que viera su bolsa de lona azul marino salir de la rampa. Toda su atención se concentró en la bolsa. Cuando se le acercó, rápidamente se agachó para agarrarlo y se sorprendió al sentir que alguien agarraba su mano al mismo tiempo. Larry levantó la vista para ver la cara severa de un hombre filipino alto, musculoso y bronceado. En un movimiento rápido, el Mariscal lo alcanzó detrás de sí mismo, agarró sus esposas y las golpeó contra Larry, que estaba congelado en estado de shock. La sorpresa de Larry fue tal que todavía sostenía su bolso con todas sus fuerzas. El Mariscal no se sorprendió por la conmoción de Larry. En una voz seria que dejó en claro que su solicitud era en realidad una orden, dijo: —¿Vendrías por aquí, por favor?

Larry de repente recuperó el sentido y dejó caer la bolsa que sostenía. Intentando parecer inocentemente confundido, tartamudeó. —¿Para qué? Ese, ni siquiera es mi bolso...

La cara del mariscal permaneció tan inexpresiva como una piedra. Él ignoró la fingida inocencia de Larry y comenzó a recitar automáticamente: —Tienes derecho a permanecer en silencio. Todo lo que diga puede y será usado en su contra en un tribunal de justicia. Tienes derecho a un abogado. Si no puede pagar uno, el tribunal le asignará uno... —Larry vio y capituló. Casi pasivamente se dejó arrastrar detrás del Mariscal y sus asistentes mientras se abrían paso entre la ruidosa y curiosa multitud. En el punto de control de seguridad, los Mariscales exhibieron sus insignias y fueron presentados. Larry mantuvo la cara hacia abajo, sonrojado por la vergüenza y la ira.

** **

Larry fue llevado a una celda del aeropuerto donde se registraron todas sus pertenencias. Un detective vestido de civil entró en la celda y comenzó a interrogarlo. Después de unos minutos, sin embargo, estaba claro que el interrogatorio no iba a ninguna parte. Larry se negó a responder cualquier pregunta y siguió diciendo que era inocente, incluso cuando todas las pruebas apuntaban a su culpabilidad. El detective frustrado pasó por la habitación y dijo: —Ahora, creo que tenemos que pasar por todo esto de nuevo. Tenemos su bolso que se registró en Dallas, lleno de marihuana. Alrededor de diez libras, dio o tomo unas onzas. Eso es el transporte interestatal de una droga ilegal. Podrías tener de siete a quince años. Prisión estatal de Joliet, es posible que hayas oído hablar de ella

Larry miró al techo con exasperación. Dos horas de interrogatorio estaban a punto de romper su resolución. Miró en voz alta y lentamente respondió: —No, no conozco la prisión. Pero mira, podría estar dispuesto a hacer un trato

Cauteloso, no queriendo parecer demasiado ansioso, el Detective no se movió de donde estaba parado sino que lentamente se retiró y encendió un cigarrillo. —¿Sí? —Preguntó tomando su primera bocanada—. ¿De qué estamos hablando?

Larry ahora miraba fijamente al detective; sintió un nudo frío en el estómago cuando jugó su carta de triunfo y traicionó a su amigo. —Sé algo que la policía quiere descubrir. Sobre un asesinato

El detective apagó el humo del cigarrillo y respondió con la mirada intensa a la intención de Larry. —Bueno —respondió lentamente—. solo retener información puede hacerte un cómplice...

Larry intervino antes de que el detective pudiera terminar. —Escucha, si retengo lo que sé, la gente estará libre por ahí ¿Estás dispuesto a negociar o no?

—Bueno, no podemos...

Larry golpeó su mano sobre la mesa. —Deja la basura. Puede hacer cualquier trato que desee con el Fiscal Federal y el juez. Se como funciona. Una mano lava la otra... No quiero hacer tiempo, no aquí. Quiero un año como máximo en un mínimo de seguridad: Lompoc, Safford, uno de los lugares más cómodos. Yo quiero...

Ahora fue el detective quien interrumpió a Larry con una risa falsa, que solía hacer aparecer en control. —Antes de que seas demasiado exigente... ¿Cómo sabemos lo que estamos recibiendo?

Larry sabía que lo tenía. —Llama al jefe de policía en San Ángel. Pregúntale si han encontrado al asesino atropellado...

** **

Pasaron horas antes de que todo se arreglara entre las autoridades de Illinois y Texas. Cuando Ortega y Metcalfe entraron a la estación esa noche, el oficial a su vez en la recepción le gritó a Ortega: —Oye, Simón, el jefe quiere verte de inmediato.

Con su seriedad habitual, Ortega hizo un gesto con la cabeza a Metcalfe y se dirigió directamente a la oficina del Jefe. La puerta estaba abierta, pero Ortega se detuvo en la puerta y llamó. El Jefe, un hombre fornido de unos 60 años, levantó la vista y, cuando vio a Ortega, le indicó una silla. El jefe siempre parecía molesto, y esto no fue una excepción. Con el ceño fruncido le dijo a Ortega: —Tenemos un descanso. ¿Conoces a Larry Fishburne?

—¿Contratista de carreteras? —Respondió rápidamente Ortega, estaba familiarizado con todas las grandes familias de la ciudad.

—Sí, ese es el padre. El júnior. Fue arrestado en Chicago. Más de diez libras en droga. Quiere dar información sobre el atropello y fuga. Tome el primer vuelo... No queremos perder una nota. Le dije a los federales que era realmente importante.

Ortega ya estaba de pie. Mientras caminaba hacia la puerta, pensando en su próximo movimiento, preguntó: —¿Cómo lo atraparon?

El Jefe ya estaba volviendo a otros papeles en su escritorio. —Los nuevos perros olieron a droga en el aeropuerto. Lo clavaron recogiendo su bolso. Está asustado y quiere negociar... ¿necesitas un aventón?

Ortega negó con la cabeza. —¿Está bien si me deja Metcalfe?

El Jefe de repente miró su escritorio recordando algo. Agarró un sobre y se lo entregó a Ortega. —Aquí, ya tengo un boleto y aquí hay algo de efectivo. Te reservarán en el Piamonte, en el centro. Trae buenas noticias, ¿quieres? Esta cosa racial en el atropello y fuga no le agrada al alcalde...

Ortega solo asintió con una mirada pensativa. No había nadie que quisiera atrapar a quien atropelló a esos dos niños más que él.

** **

Lejos del rápido desarrollo del drama, las vacaciones de primavera de Mindy estaban llegando a su fin. Habían pasado la última mañana empacando todas sus cosas y cargándolas en el Corvette. Todos, excepto Mindy, se habían despedido de Delbert y estaban listos para partir. Doug y Nancy se sentaron en el asiento delantero del Corvette sonriendo mientras Mindy le daba a Delbert un último abrazo. Johnny, por otro lado, se recostó en el asiento trasero, como un niño pequeño que tiene una rabieta.

Delbert besó la frente de Mindy y luego se volvió hacia el auto. —Fue genial tenerlos a todos. No sean extraños. Vuelve y visita

Johnny resopló burlonamente mientras Delbert los rechazaba y sarcásticamente respondió en voz baja: —Sí, nos encanta aquí en Hicksville.

Nancy se volvió para mirar a Johnny con una expresión de disgusto y molestia en su rostro. Tratando de mantener su voz baja para que Delbert no la oyera, le siseó a Johnny—. ¿Cómo puedes ser tan desagradecido?... realmente, Johnny...

Doug trató de encubrir a Johnny girándose y saludando por la ventana con una gran y cálida sonrisa. —Adios, Delbert. ¡Gracias por toda la gran barbacoa!

Durante casi una hora condujeron en silencio mientras la tarde se asentaba en las carreteras de Texas. El Corvette rojo aceleró como una llama, casi deslizándose sobre el pavimento. Doug sintió que controlaba tanto el auto que se desvió y pasó a otros autos de las formas más peligrosas, siempre confiando en que la máquina respondiera a sus reacciones en una fracción de segundo. Justo antes de llegar a una esquina ciega, pasó velozmente por un monstruoso camión a dos veces la velocidad legal. Enfurecido, el chofer tocó la bocina. Johnny simplemente sonrió y le dio el dedo al conductor cuando lo dejaron muy atrás. Unos kilómetros más adelante, pasaron junto a un camión diferente, este lleno de trabajadores agrícolas. Los hombres cansados miraron al reluciente demonio rojo que pasó a su lado, dejando solo un rastro de aire caliente detrás de él. Pronto llegaron a un pequeño pueblo de excursionistas donde el camino era mucho más pequeño. Por una vez, Doug disminuyó un poco la velocidad. Un letrero a su derecha decía 'SAN ANTONIO - 35 MILLAS'.

Al leer el letrero, Nancy se volvió hacia Doug con una mirada soñadora y le preguntó: —¿Qué es lo primero que harás cuando regreses, Doug?

—Llamare a mi oficina y vere si todavía tengo trabajo.

Nancy y Mindy se rieron de la broma de Doug, e incluso Johnny sonrió al imaginar a su amigo llamando a la oficina con miedo. Los pensamientos de Johnny pronto se convirtieron en algo más, lo que amplió su sonrisa mucho más.

Como si hablara consigo mismo, dijo: —Descargaré el resto de mi hierba y compraré un Porsche.

** **

Ortega no perdió el tiempo en llegar a Chicago. Tan pronto como aterrizó, tomó un taxi hasta el Departamento de Policía. Sus botas de vaquero se destacaron ligeramente cuando entró en el Departamento y le pidió al empleado en el mostrador de recepción la Sala de Interrogatorios. Apenas levantando la vista para ver la placa de Ortega, el secretario señaló las escaleras. Agradeciendo al hombre cortésmente, Ortega subió las escaleras y luego por un largo pasillo. Al final, una puerta de cristal estaba marcada como ‘Sala de interrogatorios’. Abrió la puerta sin llamar. Sentado en una simple silla de roble estaba Larry Fishburne Jr., con dos oficiales esperando.

Ortega inmediatamente tomó el control de la situación. Se acercó a Larry y le tendió la mano. —Larry, encantado de conocerte.

Uno de los oficiales, el sargento McCarthy, un oficial irlandés-estadounidense que había estado en la fuerza durante más de veinte años, parecía un poco desconcertado por la actitud contundente de Ortega. Él asintió con su saludo a Ortega, mientras lo evaluaba. El otro oficial, un hombre polaco-estadounidense delgado y alto, y mucho más joven, se acercó rápidamente a Ortega para saludarlo. Ortega se volvió hacia él y le estrechó la mano: —Simón Ortega.

—Michael Pulaski, señor.

El oficial mayor cedió y caminó hacia Ortega también. —Brian McCarthy. Mucho gusto, detective Ortega. ¿Conoces a nuestro sospechoso?

Ortega se volvió para mirar a Larry con atención. Asintió en silencio y respondió: —Conocía a su hermano mayor. Construyeron la mitad de las carreteras en Texas.

Larry sonrió, sintiendo el poder de tener a alguien en la habitación que supiera lo importante e influyente que era su familia. —Ha pasado un tiempo, ¿eh? —Le preguntó a Ortega.

Ortega ignoró el intento de amistad de Larry. Con una voz fría y profesional, le dijo: —Mira, antes de venir, hablé con los federales que hicieron el arresto. Apenas tenías suficiente marihuana para que se molestaran. Entonces, si hacemos un trato, los cargos serán eliminados por un delito menor y transferiremos la jurisdicción a San Angelo. Puede unirse mientras espera el

juicio. De hecho, puedes volar de regreso conmigo. Esposado, por supuesto. Será mejor que tengas los productos. Acabo de volar cinco horas. Son las 3 a.m. y prefiero estar en la cama

La voz de Larry cambió, adoptó una actitud fría y de negocios y respondió: —Mira, por lo que puedo deducir, el atropello y fuga fueron en la ruta 327, justo al lado de la vieja estación Phillips 66, ¿no?

Ortega no parpadeó. —¿Sí, por qué? ¿Usted estaba allí?

Los nervios de Larry le fallaron de repente. Sabía que estaba traicionando amigos. Nervioso continuó—. No, maldita sea. Yo no estaba ahí. Pero sé quién probablemente fue. Al menos, tengo una buena sospecha

Ortega no parecía convencido. —¿Cómo sabes si no estabas allí?

Larry intentó actuar con confianza y calma nuevamente. Tomó una larga bocanada del cigarrillo que sostenía, como si nunca pudiera tener otro, y luego, lentamente, sopló un anillo de humo. Miró a Ortega a sabiendas y confesó: —Fue mi sitio de entrega, hombre...

Ortega interrumpió. —Así que estabas allí...

Larry volvió a comenzar, temeroso de ser culpado de todo. —No, escucha, las personas que se suponía que iban a dejar mi droga allí después de que pagara me llamaron antes de las 9 p.m. y dijo que algo había surgido. Que no podrían dejarse caer allí... —hizo una pausa, observando la reacción de Ortega.

La cara de Ortega no reveló nada. Después de esperar un par de segundos, preguntó con calma: —¿Sí? Bueno, ¿quiénes son ellos?

Larry volvió a ponerse muy nervioso. Se estiró hacia Ortega y casi rogó con los ojos mientras buscaba una promesa. —Escucha, hombre... estamos... quiero decir, esto es seguro, ¿que volveremos? Siguiendo vuelo...

Ortega metió la mano en el bolsillo de su abrigo y silenciosamente colocó dos boletos de avión frente a Larry. —Bueno como el oro.

Larry respiró hondo. Miró al suelo por un segundo y luego rápidamente miró a Ortega nuevamente. Se apresuró a sacar las palabras de su boca antes de perder los nervios. ¿Conoces al duque Jones? Era su hija, Mindy. Ella y uno de sus amigos. De esos es a quien he comprado.

El rostro de Ortega permaneció inmóvil, pero su voz traicionó la ira que sentía. —Mierda. Su compañía emplea a la mitad de la gente de la ciudad. ¿Viste el auto de su amiga?

Larry cerró los ojos. —Sí, un Vette rojo...

Ortega comenzó a pasear tranquilamente por la habitación. Se detuvo y se acercó a Larry. Mirándolo directamente a los ojos, preguntó: —¿Estaría

dispuesto a testificar en la corte que iban a entregar la droga allí?

Larry se sintió enfermo. No se dio cuenta, pero estaba asqueado por su propia debilidad: estaba traicionando a una amiga para evitar problemas. Él asintió, ya era demasiado tarde para volver. —Si no hay problema.

Ortega se levantó y se dirigió a los oficiales. —Puedes decirle a tu oficial que volveremos a San Angelo

Larry sintió que una oleada de alivio lo cubría. Sin embargo, su sentido de liberación estaba contaminado por el sudor frío de culpa que sentía empapando su alma.

** **

Sin embargo, la culpa de Larry duró mucho menos que el nuevo sentimiento de libertad. Tan pronto como el avión despegó de Chicago, Ortega se quedó dormido en su asiento. Unos minutos después, la azafata hizo su primera ronda, ofreciendo café a los pasajeros. Una morena alta con una sonrisa que podría haber sido parte de un comercial de pasta de dientes, se acercó a Larry amablemente y comenzó a preguntar: —¿Quieres crema?... —mientras lo hacía, sin embargo, Larry levantó las manos esposadas de debajo de la tapa. La sonrisa de la morena se desvaneció en sorpresa. Sin embargo, rápidamente se compuso y, volviendo a plasmar su sonrisa profesional, continuó su pregunta—... ¿en tu café?

Larry observó los grandes ojos verdes de la azafata siguiendo sus manos esposadas. Con una sonrisa sórdida, dijo: —Sé lo que estás pensando. Desearías haber tenido un par de estos anoche...

La azafata no perdió el ritmo. Vertiendo leche en el café de Larry, rápidamente y en un tono de hecho respondió: —Sí, habría dejado al idiota esposado a la cama.

Ignorando a Larry, se volvió hacia Ortega y le preguntó: —¿Y usted, señor? ¿Quieres un café?

Ortega todavía estaba parcialmente dormido. Apenas había captado el final del intercambio entre Larry y la azafata. Bostezó y respondió: —No, no, gracias. ¿Este tipo te está haciendo pasar un mal rato?

La azafata simplemente sonrió. —No, en absoluto... Bueno, ustedes dos, disfruten el resto de su viaje.

Ortega notó que los ojos de Larry siguieron a la azafata mientras se alejaba. Él era completamente descarado. Sacudiendo su cabeza, dijo: —Crees que todo

esto es diversión y juegos, ¿no? ... porque vas a caminar

Larry se volvió sin preocuparse. Encogiéndose de hombros, dijo: —No, hombre, perdí unos cincuenta mil dólares. He traicionado a una vieja amiga de la secundaria. Amiga de la familia. No creo que sea demasiado divertido. —La cara de Larry había cambiado. De repente parecía mucho más viejo. Tomó un sorbo de su café en silencio, teniendo que usar sus dos manos esposadas. Volviendo a dejar la taza, se volvió hacia Ortega. —Déjame preguntarte una cosa. ¿Qué le va a pasar a ella? Quiero decir, si puedes probar que fue ella...

Ortega no parecía preocupado. Cerró los ojos de nuevo cuando respondió a Larry: —Ella será juzgada por homicidio vehicular. Atropello y fuga. Pasará algún tiempo en una prisión estatal. Su papá probablemente tratará de comprar a alguien. Quién sabe, podría ser un millón de escenarios. Todo lo que sé es que querían que resolviera el caso. Es mi trasero el que ha estado en una honda

Ortega se quedó dormido rápidamente. Larry lo intentó, pero cada vez que cerraba los ojos, la cara sonriente de Mindy aparecía ante él. Pasó la noche tratando de dejar todo atrás, pensar en otra cosa, dormir unos minutos... y fracasó miserablemente en todo esto...

** **

Minutos después de que el avión de Larry aterrizara en Texas, Johnny salía de la cama. También se sintió atrapado por redes de culpa y preocupación, pero había encontrado una solución rápida para lidiar con todo esto. Se levantó lentamente, tratando de no despertar a Mindy, que estaba enrollada en las sábanas blancas de la cama. Usando solo sus boxers, Johnny se acercó al tocador de Mindy y agarró la cachimba. Lo preparó y puso Metallica cuando recibió un golpe profundo. Mindy se revolvió en la cama. Abrió un ojo perezosamente y apartó un poco de su cabello de su cara. Al verla moverse, Johnny se acercó a la cama y le ofreció a Mindy la cachimba.

Mindy sacudió la cabeza, todavía medio dormida—. ¿Ya estás en eso?

Johnny besó el brazo y el cuello de Mindy—. Sí, pensé que podrías comenzar tu día bien...

Mindy apartó a Johnny y la cachimba e intentó sentarse en la cama mientras se cubría con la sábana. —Drogada... no, gracias, Johnny. Comenzaré el mío con un poco de café de la mañana. Escuché el teléfono sonar antes... ¿sabes quién era?

Johnny dejó la cachimba junto a la cama—. Sí, fue tu papá. Le dije que estabas durmiendo. Parecía que estaba llamando a larga distancia. —Se acercó al escritorio y agarró un trozo de papel: —Aquí, escribí el número. No quería darme ningún tipo de mensaje. Voy a meterme en la ducha. Llámalo. —Él se inclinó y besó la boca de Mindy lentamente, pasando las manos suavemente por los lados de su figura. Con una sonrisa, se dirigió a la ducha.

Johnny se tomó su tiempo, dejando que el agua caliente se deslizara por su cuerpo y disfrutando de la espuma que se acumulaba en su cabello. Cerró el grifo y escuchó que Mindy seguía hablando con su papá. Su voz sonaba desesperada y llorosa. Johnny se quedó quieto y escuchó.

—¿Cómo se enteraron? ... Quería parar y llamar...

Rápidamente agarró una toalla y la envolvió alrededor de su cintura. Salió y encontró la cara de Mindy cubierta de lágrimas mientras ella escuchaba por teléfono. Él caminó hacia ella y le preguntó a la fuerza: —¿Qué pasa? Descubrí qué... Mindy no respondió; ella parecía estar en shock otra vez. Johnny se agachó y le quitó el teléfono de la mano. Escuchó al padre de Mindy al otro lado. Sin esperar, comenzó a hablar: —Escuche, señor Jones... ¡no fue nuestra culpa! La calle estaba oscura y los niños casi entraron en el auto...

Mindy estaba de pie y con enojo le quitó el teléfono a Johnny—. Lo siento, papá... ¿qué debemos hacer? ¿Entregarnos?

Johnny parecía completamente disgustado. Sacudió la cabeza hacia Mindy como si ella estuviera loca. Se apresuró a la cama y arrojó su camiseta al decir: —Me voy de aquí... —Apenas terminó de vestirse antes de salir de la habitación. Varias chicas miraron a Johnny y se rieron mientras caminaba por el pasillo, secándose el cabello con una mano y sosteniendo las botas con la otra. Sin mirar atrás, salió y se dirigió a un Chevy Nova azul estacionado junto a la casa.

Salió del estacionamiento y condujo tan rápido como pudo. Solo tenía una cosa en mente. Tenía que llegar a Doug y averiguar qué hacer. Veinte minutos más tarde se apresuró a la Oficina de Abogados donde trabajaba Doug. Su pelo mojado y su atuendo descuidado lo hacían parecer muy fuera de lugar en el exclusivo bufete de abogados. Los ojos de la recepcionista se abrieron cuando entró, pero Johnny no se dio cuenta. Simplemente se acercó al escritorio y preguntó: —Estoy aquí para ver a Doug Thomas.

Con su mejor voz profesional, la recepcionista respondió fríamente: —Lo siento, pero él está en conferencia.

Sin embargo, antes de que pudiera terminar su oración, Johnny ya la estaba pasando a la sección de reunión en la oficina. Ella se puso de pie y corrió tras él

—. Lo siento, simplemente no puedes ir...

Johnny cerró la puerta de golpe y se dirigió a la oficina de Doug. La oficina de Doug era muy elegante, con muebles de madera oscura y alfombras de colores vivos y cálidos. Una serie de lámparas de pared proporcionaban luz limpia a la habitación, y un exuberante jardín verde, que se podía ver a través de la ventana, daba a todo una sensación de frescura.

La secretaria de Doug levantó la vista en estado de shock cuando Johnny entró corriendo. Ni siquiera consciente de que estaba interrumpiendo algo que Johnny comenzó a decir. —¡Doug! Lamento molestarte así...

La bella rubia sentada frente al escritorio de Doug parecía terriblemente sorprendida. Se levantó rápidamente, cerró el bloc de notas que sostenía y cortésmente le dijo a Doug: —¿Eso será todo, Sr. Thomas?

Doug estaba pálido de ira. Intentó parecer tranquilo cuando se volvió hacia la Secretaria y dijo muy profesionalmente: —Sí, Tanya. Volveremos a eso en unos momentos. —Sin embargo, tan pronto como ella salió de la habitación, Doug se golpeó la mano en el escritorio y dijo furiosamente: —¿Estás loco? ¿Irrumpir en mi oficina así?

La expresión de pánico y estrés de Johnny no cambió. Estaba caminando frenéticamente por la oficina mientras respondía: —Estoy muy metido en una mierda y tú podrías estarlo.

Doug tomó una taza de café sentado en su escritorio y tomó un gran trago, tratando de calmar sus nervios. —¿Te arrestaron? ¿Le vendiste a un narco? ¿Qué...?

Johnny no paró de pasearse. Su mano estaba agarrando y tirando de su cabello hacia la parte posterior de su cabeza. —Peor. ¿Recuerdas cuando tú y Nancy subieron al globo y cambiamos autos?

—¿Sí?

Johnny finalmente se volvió y miró a Doug. Sus ojos estaban hundidos y rodeados por un anillo oscuro. Parecía casi enojado. —Bueno, la cuestión es que atropellamos a esos niños mexicanos en las noticias. Fue con tu coche

Doug simplemente miró su escritorio por un segundo y dejó escapar un fuerte suspiro. Mirando a Johnny con la cara fría de un abogado tratando de descubrir su próximo movimiento, dijo: —Pero no hay daños en mi auto.

Johnny comenzó a pasearse de nuevo. Caminó hacia la ventana y miró por encima de la hierba, la escena pacífica de la luz del sol jugando entre las diferentes hojas, creando un patrón de sombras que cambiaba cada vez que soplaba el viento. Respondió a Doug sin mirarlo. —Rasgamos el sujetador. Lo

arreglamos antes de que pudieras verlo. Créeme, es solo un pequeño rasguño, pero lo logramos.

Doug comenzó a tocar con los dedos la rica madera oscura de su escritorio, tratando de hacer que su corazón dejara de latir, tratando de sentirse en control de la situación. —Si fue solo un accidente Johnny, ¿por qué no lo llamaste...?

Johnny golpeó la pared con el puño antes de que Doug pudiera terminar su oración. Se paseó aún más furioso y se echó el pelo hacia atrás con ambas manos, como si quisiera arrancarlo con desesperación. —El maletero estaba cargado de hierba. Estábamos haciendo una entrega. ¿Y si hubieran mirado a través del baúl? Fuimos directamente al teléfono y lo llamamos, pero...

Doug cerró los ojos y comenzó a masajearse las sienes. Podría terminar la historia de Johnny. —Sí, el niño murió de todos modos. Atropello y fuga, homicidio vehicular. ¿Quién conducía, tú o Mindy?

—Ella lo hacía...

Doug se puso de pie y comenzó a tratar todo el evento con la fría mente de alguien que ha pasado por muchos juicios y sabe la mejor manera de ocultar al culpable. —Me pregunto cómo se enteraron...

—Su viejo llamó. Alguien debe haber llamado a su casa hoy por Mindy

Doug no mostró ninguna preocupación por Mindy o la familia de los niños, simplemente dijo: —Johnny, eres un cómplice del asesinato. Será mejor que salgas a la carretera

Johnny asintió en silencio. Se paró frente al escritorio de Doug—. Pero, ¿qué hay de ti...?

Doug sacudió la cabeza. —Tengo mi coartada. Arriba en el globo

—Mira, a menos que Mindy hable, nadie puede hacerme nada. Ese niño latino, Héctor, el amigo de mi distribuidor Dwight, pinta pintura corporal. ¿Qué tal si me recuesto en el lado sur y vuelvo a pintar el Vette?

Doug parecía confundido—. ¿Quieres volver a pintar mi auto?

Johnny explicó rápidamente. —Sí, entonces nunca podrán vincularlo con el atropello y fuga. De otra manera...

Doug asintió con la cabeza. Casi avistado de alivio. Él entendió todo. Esta fue su mejor apuesta. —Sí, de lo contrario lo confiscan. Y desaparecerá en una subasta de propiedades de póliza —Metió la mano en el bolsillo y sacó las llaves del Corvette Rojo. Por un segundo los miró como si se despidiera del auto, y luego rápidamente extendió su mano hacia Johnny. Cuando Johnny agarró las llaves, Doug dijo: —Mira, si me llamas no uses tu nombre real. ¿Quién sabe? Podrían tocar mi teléfono.

Johnny sonrió. Estaba menos nervioso ahora. Con el Corvette pintado, nunca podrían probar nada. Y a parte de él le gustaba sentirse como un fugitivo, estar por encima de la ley. —No te preocupes —respondió a Doug—. Seré Cody.

Doug volvió a sentarse, exhausto. —Sí, eres realmente un salvaje Bill Cody y soy Wyatt Earp. Mi consejo para ti es que descanses con el resto de tu hierba. Empieza a lidiar ahora con esta presión, estás loco...

Johnny dejó caer las llaves en el escritorio de Doug y comenzó a salir, tan repentinamente como había entrado. Cuando salió por la puerta, dijo. —Cuida mi auto también. Mira si te sirve de consuelo, perdón por haberte metido en esto.

Doug solo sacudió la cabeza. Johnny salió y cerró la puerta. Durante mucho tiempo, Doug se quedó allí sentado, sin pensar realmente. Había sido amigo de Johnny durante mucho tiempo, pero cada vez era peor. Se preguntó qué le deparaba el futuro.

** **

Antes de que Mindy terminara de hablar con su padre, llamaron a la puerta. Sorprendida, Mindy colgó sin decir adiós y fue a abrir la puerta. Se quedó sin palabras cuando encontró al Jefe de la Policía del Campus, el Oficial Green, acompañado por un alto policía de la ciudad parado afuera de su puerta. Por un segundo, se quedó allí parada, con la boca abierta, comenzando por ellos. Luego reaccionó y preguntó cómo podía ayudarlos. El oficial Green le pidió en silencio a Mindy que los acompañara. —Mindy toma cinco minutos, date una ducha y te estaremos esperando aquí. —Cerró la puerta frente a Mindy. Intentó sacudir la cabeza, fingir que no estaba sucediendo, pero no tenía sentido. Como un zombi, se dio una ducha rápida y se puso un par de jeans, sandalias y una camiseta azul celeste. Se echó el pelo hacia atrás y ni siquiera pensó en el maquillaje. Al abrir de nuevo su puerta, encontró a los dos hombres esperando en silencio. Sin decir una palabra, salió de su habitación. El alto oficial comenzó a caminar y el Oficial Green hizo un gesto a Mindy para que lo siguiera. Él caminó detrás de ella.

Los tres caminaron hasta la Oficina de la Policía del Campus. Cuando entraron al edificio, el Oficial Green se quedó en la recepción y le pidió a Mindy que siguiera al otro oficial. El policía la acompañó a una sala de examen fría y gris con una mesa y tres sillas. Abrió la puerta para que pasara Mindy y luego la cerró detrás de ella. Mindy se quedó helada. Segundos después entró una agradable mujer oficial. Tenía la altura de Mindy pero mucho más pesada, con el pelo oscuro recogido en una coleta baja. Le dijo a Mindy que era la oficial

Suárez y que estaría con ella hasta que llegara el detective a cargo del caso. Ambos se sentaron en silencio. Mindy jugó nerviosamente con el único anillo plateado que llevaba, un delfín plateado en el dedo medio de su mano derecha. Con voz tímida, se volvió hacia el oficial Suárez y le preguntó: —Señora, ¿le importaría si llamara a un abogado?

El oficial Suárez respondió amablemente pero con fuerza, sin dejar lugar a dudas. —Lo siento, pero mis instrucciones fueron que esperaras hasta que llegara el oficial de San Angelo. No estás bajo arresto. Solo te retienen para interrogarte

Mindy asintió con la cabeza. Bajó la vista hacia el anillo. En ese momento se abrió la puerta y entró Simon Ortega, serio y seguro como siempre. Mindy levantó la vista y su boca se abrió instintivamente por la sorpresa. Antes de que pudiera detenerse, dijo: —Te conocí...

Ortega extendió su mano hacia Mindy, quien la sacudió automáticamente, sin pensar: —Sí, soy el detective Ortega, departamento de policía de San Angelo. Nos conocimos en el funeral de Pepe Santuro

Mindy hizo todo lo posible por parecer sorprendida. Al abrir los ojos como en estado de shock, exclamó: —¿De eso se trata?

Ortega ignoró el acto de Mindy y se acercó a una silla. Con una voz fuerte y profesional, dijo: —Sra. Jones, sé que estás en la universidad, pero por favor no juegues juegos infantiles conmigo. Estamos hablando de la vida de un niño que se extinguió, incluso antes de que tuviera un cambio en la vida. No es justo, ¿verdad?

La cara de Mindy se sonrojó contra su voluntad. Ella trató de mirar directamente a los ojos de Ortega. —No, no es justo. ¿Pero por qué me preguntas al respecto?

Ortega continuó hablando casi como si no hubiera escuchado las quejas de Mindy. —Tenemos un testigo que dice que conducía un Corvette rojo y tenía motivos para estar en esa zona la noche en que Pepe Santuro y Manuel García fueron atropellados. Verificamos dos veces con Delbert en el rancho y dijo que viniste al rancho en un Corvette rojo que pertenecía a un amigo

El corazón de Mindy latía cada vez más rápido. Sabía que su rostro tenía un color rojo brillante y no podía calmarse por mucho que se concentrara en respirar profundamente. Podía sentir un ligero temblor en sus manos, pero trató con toda su voluntad de sonar tranquila cuando dijo: —Mire, detective, no lo diré hasta que tenga la oportunidad de reunirme con un abogado.

Ortega se levantó y comenzó a caminar hacia la puerta. De repente se dio la vuelta y dijo: —No está arrestada ni acusada de ningún delito, Sra. Jones.

Mindy asintió con la cabeza y con voz lejana preguntó: —¿Atropellar y fugarse es un crimen?

Ortega asintió antes de responder, con una mirada de profunda preocupación. —Sí, es un delito muy grave.

Los ojos de Mindy se llenaron de lágrimas. —Y... —comenzó, pero un golpe en la puerta la detuvo. Una mujer oficial asomó la cabeza y dijo: —Disculpe. Hay un Sr. Rafael para ver a la Sra. Jones. Él dice ser su abogado

Mindy parpadeó sus lágrimas y puso una voz segura de nuevo. Ella rápidamente dijo: —Sr. Ortega, me gustaría un momento para hablar con mi abogado, a quien obviamente mi padre ha contratado para mí. Me aconsejará qué preguntas responder

La mujer que estaba junto a la puerta hizo un gesto a alguien que estaba afuera y entró un hombre alto y fuerte. Tenía el cabello castaño claro peinado hacia atrás en una coleta corta y llevaba una camisa blanca de seda obviamente cara con una elegante corbata carmesí. Puso su carpeta de cuero y su sombrero de Panamá sobre la mesa y con voz alta y gesto exagerado extendió su mano hacia Mindy y dijo: —Sra. Jones, tu padre me contrato para ayudarte con cualquier pregunta que la policía pudiera tener... —Se volvió hacia Ortega y casi mirándolo preguntó: —¿Disculpe, oficial...?

Ortega le estrechó la mano pero parecía molesto. —Detective Ortega, Departamento de Policía de San Angelo.

—Bueno, Sr. Ortega, ¿le importaría si tuviera unas palabras con la Sra. Jones?

Ortega no respondió, sino que simplemente salió de la habitación viéndose obviamente enojado. Lonnie Rafael se acercó a Mindy y colocó sus manos sobre los hombros de la joven. Los hombros de Mindy se sacudieron cada vez más mientras dejaba salir las lágrimas y el miedo que había estado tratando de contener. El miedo y la culpa la vencieron. Lonnie esperó unos minutos en silencio y luego preguntó en voz baja: —¿Qué preguntas respondiste? ¿Has confesado algo?

Mindy trató de secarse la cara mientras preguntaba, sonando como una niña herida. —¿Cuándo te llamó mi padre?

Lonnie acercó una silla al lado de Mindy y se sentó. —Llamó hace un rato. Dijo que estabas en un atropello y fuga. Ahora dime. Todo lo que me dices es información privilegiada. No te enfades. La policía siempre trata de hacer que un

sospechoso confiese. Les ahorra el tiempo de probar su caso. No puedo decir que los culpo, excepto que en este país se supone que eres inocente hasta que se demuestre lo contrario. Usted está protegida por la Quinta Enmienda de testificar contra usted mismo.

Mindy asintió con la cabeza. Pensó en la noche del accidente, preparándose para contarle a su abogado al respecto, pero una vez más fue abrumada por el dolor. Ella no pudo detener las lágrimas cuando soltó: —Ni siquiera vi a los niños en la bicicleta. Estaba muy oscuro y no tenían faros reflectantes o una luz encendida. De repente, golpeamos algo. Detuvimos el auto... Me di cuenta de que ambos estaban heridos...

Lonnie asintió y miró a Mindy con ternura mientras escribía todo esto en sus notas. Sacó un pañuelo del bolsillo y se lo entregó suavemente a Mindy. —Aquí. Intenta controlarte. ¿Estabas sola? ¿Quiénes somos nosotros?

Mindy respiró hondo un par de veces y miró hacia el techo tratando de calmarse lo suficiente como para poder hablar. La aterradora cara de Johnny cuando salió de su habitación esa mañana le vino a la mente. —Johnny Robbins, mi novio. El estaba conmigo. Le estaba dejando un poco de marihuana a Larry Fishburne. Larry nombró el sitio de entrega. Por eso no nos quedamos.

Lonnie asintió, sin mostrar ninguna emoción. —¿Qué pasó después de que los golpeaste? ¿Administraste primeros auxilios?

Mindy sacudió la cabeza. —No creo que pudiéramos haberlo hecho, incluso si supiéramos cómo. Los dos estábamos drogados. Johnny tomó las llaves del auto, condujo hasta un teléfono público e hizo la llamada.

—Entonces, ¿no eras tú quien conducía cuando dejaste el accidente?

—No.

Lonnie escribió algo en silencio y luego le preguntó a Mindy. —¿Dónde está Johnny ahora?

Los ojos de Mindy se llenaron de lágrimas frescas. —Sabía que algo pasaba cuando mi padre llamó. Estoy segura de que está escapando. Sé que no se quedaría para que lo arrestaran

Lonnie expresamente abrió sus manos para convencer a Mindy para que le diera más información. Era un oso de hombre, terrible cuando era agresivo, pero bastante cálido mientras trataba silenciosamente de ayudar a Mindy. En voz baja preguntó: —¿Alguna idea?

Mindy asintió. Se veía tan pequeña y dolorida mientras se sentaba en la silla. Su cara estaba roja y manchada por horas de llanto y sus ojos se estaban hinchando. Solo quería cerrar los ojos y morir... desaparecer, dormir para

siempre... ¿Cómo pudo haber terminado aquí? Todo estaba muy mal. Estaba cubierta de lágrimas y sudor, y sin embargo se sentía tan fría y sola. Respiró hondo y su mirada se posó en los zapatos de Lonnie. Por un minuto, se quedó sentada mirando el cuero, incapaz de pensar, sentir, hablar. Levantó la vista y vio que Lonnie todavía estaba esperando una respuesta. —No, no lo sé. Pero Doug Thomas era dueño del auto. Tal vez él lo sepa. —De repente se enfureció por lo que había sucedido, por estar sola, cuando todo lo que había querido hacer era complacer a Johnny. Comenzó a hablarle a Lonnie con voz desesperada, su rostro se volvía púrpura oscuro, su corazón latía cada vez más rápido. —Mire Sr. Rafael, lo hice. Me he sentido horrible desde entonces. No puedo dormir Cuando lo hago, veo al niño en su ataúd. Puedo sentir que me mira. No entiendes. Yo conocía a su papá. Yo... pertenezco a la prisión. Lo hice.

Lonnie puso suavemente su mano sobre el hombro de Mindy. Ella sollozó como una muñeca rota bajo el peso de su cálida mano. Si ella solo pudiera regresar. Regresar a la cálida seguridad del abrazo de su padre. Pero su padre no estaba allí. El nunca lo estaba.

Lonnie dejó que Mindy llorara en silencio antes de responder. Con voz triste respondió: —Mira, es algo trágico. Pero no cometas el mismo trágico error al tirar tu vida también. Hay algunas circunstancias atenuantes. Técnicamente no te alejaste de la escena. Alguien más te quitó las llaves. He podido determinar que este tipo de Larry Fishburne es el que te dejó caer. Fue arrestado por drogas y hizo un pequeño trato acogedor...

Los ojos de Mindy se abrieron con horror cuando se dio cuenta de quién la había traicionado. Lonnie continuó: —Pero Mindy, si continúas confesando esto... piensa en tu futuro, tu familia... No quiero que respondas más preguntas hasta que haya tenido la oportunidad de ver el caso y hablar con Johnny Robbins, ¿vale? ¿Puedes aguantar esto un poco más? Soy la primera persona fuera de tu padre que le dijiste, ¿verdad?

Mindy dejó escapar un grito suave. —Si. Yo... casi le dije a su gente en el funeral. Tenía muchas ganas de decir que lo sentía... Me siento tan hipócrita.

Lonnie palmeó suavemente el hombro de Mindy, como un padre que da coraje a su pequeña. —Bueno, no quiero que le hables de eso a nadie. ¿Entiendes?

Mindy asintió y terminó de secarse la cara con el pañuelo, que tenía un suave olor masculino. Lonnie recogió sus cosas y salió silenciosamente de la habitación. Ortega estaba parado a solo unos metros de la puerta, mirando por una ventana que daba al centro del campus. Sus ojos parecían vidriosos por la

falta de sueño y su visión parecía perdida entre los suaves arbustos verdes y amarillos que rodeaban los edificios. Lonnie se le acercó y le dijo con fuerza: — Detective, mi cliente no va a tener nada más que decir en este momento. Entonces, a menos que tenga suficiente para acusarla de algún tipo de delito, voy a informar a la policía del campus que debe ser liberada ahora.

El rostro tranquilo de Ortega cambió de repente. Sus ojos se estrecharon y adquirieron un brillo oscuro cuando se volvió para enfrentar a Lonnie. Ambos hombres tenían aproximadamente la misma altura y, aunque Lonnie era más grande, Ortega era obviamente más en forma y más fuerte. Se pararon casi cara a cara cuando Ortega dijo con una voz profunda y enojada: —Puedes tener tu hábil habla de abogado, pero sé que la chica lo hizo. Voy a encontrar toda la evidencia y reservarla. El dinero no la va a ocultar en este caso. ¿Crees que puede matar, dejar nuestros cuerpos en la calle y no pagar nada? No amigo, no es así como funciona. Ella está bajando.

Lonnie no se dejó intimidar por Ortega. Comenzó a mirar los ojos oscuros y brillantes del hombre y respondió con una voz igualmente fuerte y apasionada. —Guarde sus discursos para el jurado, detective. Se va a casa. —Sin darle tiempo a Ortega para responder, Lonnie pasó junto a él para encontrar al Oficial Green y pedirle que liberara a Mindy.

** **

Johnny no perdió un segundo después de hablar con Doug. Mientras conducía el Corvette fuera del estacionamiento del bufete de abogados, llamó a Dwight y simplemente dijo: —Hay un problema. Necesito verte ahora. Estaré en tu casa en 10 minutos. —Colgó sin dejar que Dwight respondiera. Con cuidado de no llamar la atención, condujo hasta el vecindario de clase media de Dwight. El Corvette rojo se deslizó por varias viviendas, una tras otra con un bonito y pequeño jardín en el frente, un garaje para dos autos y paredes blancas y terracota recién pintadas. Se detuvo frente a una de estas casas, distintiva solo porque tenía un pequeño naranjo plantado en medio del patio, y tocó la bocina dos veces. Casi instantáneamente la puerta se abrió y Dwight salió. Corrió hacia el auto y subió. Cerró la puerta de golpe y miró a su alrededor, asintiendo con aprobación, como si estuviera observando una excelente obra de arte. Silbó suavemente y dijo: —Impresionado. Si. Buen auto ¿Dónde conseguiste esto?

Johnny no tuvo tiempo para sutilezas o conversaciones amistosas. Simplemente asintió y respondió con toda naturalidad: —Mi abogado, Doug. —

Sus ojos eran intensos y sus músculos tensos. Sus labios estaban ligeramente contraídos, como un perro cuando se siente atrapado y está listo para atacar, saborear la sangre, para recuperar su libertad. Sacó el auto hacia la carretera principal y con una voz sin vida que dejó en claro que todo esto era mortalmente serio, dijo: —Mira Dwight, dijiste que tu primo estaba en el negocio del taller de carrocería. Necesito un favor...

Por una vez, Dwight parecía realmente despierto. Se dio cuenta de que algo andaba mal por la forma en que Johnny estaba agarrando la palanca de cambios, ya que pensaba que estaba a punto de arrancarla. Tenía la sensación de que Johnny podría ser un tipo peligroso si estaba molesto. Tratando de calmarlo, dijo: —¿Qué? Dímelo, hombre. No hay problema

Johnny continuó. —Necesito pintar este auto. Quiero decir, ahora

Dwight entendió. —¿Que pasó?

Johnny no sería presionado a decir nada. Mantuvo la vista fija en el camino, como un animal que se siente perseguido mientras contesta: —Solo unos pocos problemas... ¿puede hacerlo o no?

—¿Seguro Por qué no? ¿Tienes más hierba?

Johnny miró sospechosamente a Dwight con el rabillo del ojo. —¿Sí, por qué?

—Bueno, solo dale unas pocas libras y te hará un trabajo de pintura bueno. Vamos, sé dónde está él.

Johnny asintió y se detuvo cuando se acercaron a una luz roja. Unos segundos después, un coche de policía se detuvo junto a él. Johnny no pensó, simplemente reaccionó tan pronto como vio el uniforme. Pisó el acelerador, haciendo que los neumáticos giraran locamente, y disparó girando bruscamente a la izquierda, evitando apenas una minivan verde. Los ojos de Dwight casi se salen de su cabeza. Instintivamente se llevó la mano a la cabeza para bajar más la gorra de béisbol en un gesto nervioso. Tan pronto como pasaron la minivan, se volvió hacia Johnny y gritó. —¿Estás loco?

Johnny miró por el espejo retrovisor y vio que el coche de la policía prendía las luces para seguirlos. Maldijo por lo bajo y se encorvó para sentirse más en control del auto. Sus ojos se entrecerraron y sus músculos se tensaron. El sudor comenzó a caer por su espalda y frente y sus manos se apretaron en el volante. Casi hablando consigo mismo, dijo: —Estamos aguantando y estamos en la mira. Aguanta.

Dwight se sentó en el asiento cuando Johnny cambió de marcha. Tomó una estrecha esquina derecha como un profesional. El coche rojo brillante siguió sus

instrucciones como una máquina ronroneante. Cada centímetro era suave y poderoso. Se apresuraron por un callejón de grava a más de cincuenta millas por hora.

El policía trató de seguirlo mientras pedía refuerzos. —Este es el oficial Sanders. Tenemos un dos once en Coolaga por la Segunda Avenida. Solicitando asistencia

El Corvette estaba dejando atrás al auto. El Ford blanco y negro difícilmente podría ser tan receptivo y preciso a la voluntad de su conductor como el Corvette. El diablo rojo pasó zumbando junto a una fila de botes de basura, a solo una pulgada de ellos. El auto de la policía intentó seguirlo, pero solo cortó la esquina de una de las últimas latas, que empujó contra el resto, obligando a la última a volar directamente en el aire. Aterrizó justo en el parabrisas del Ford, rompiéndolo en un millón de pedazos de cristal brillante. El automóvil se detuvo de repente y la gente salió corriendo de las casas y tiendas vecinas para ayudar al policía. El oficial Sanders salió de su auto lentamente, usando solo una mano. Su rostro estaba completamente cubierto de sangre y se sostenía los ojos con la mano izquierda, gritando en desesperada agonía.

Cuando llegaron las copias de seguridad, el Corvette rojo había desaparecido. Todo lo que había dejado era un rastro de cristales rotos y sangre.

** **

La noticia fue cubierta esa noche. Con una foto del asiento del conductor manchado de sangre del oficial en el fondo, el presentador de noticias comenzó: —Se emitió un APB para un Corvette rojo responsable de un accidente que hirió al oficial Ruben Sanders el día de hoy. Saldremos en vivo desde el Hospital St. Teresa con Lucy Alvarez

La cámara cambió a una mujer joven y bonita vestida con un traje azul marino, parada afuera de la entrada de la sala de emergencias. Sería y preocupada, ella se hizo cargo. —Gracias, Dave. El oficial de policía Ruben Sanders todavía está en cirugía. Hoy temprano fue herido mientras perseguía a un Corvette rojo por un callejón de Coolaga y la Segunda Avenida. Los médicos tienen la esperanza de salvar su vista. Sus ojos fueron gravemente lacerados cuando un cubo de basura se estrelló contra su parabrisa

El presentador asintió mientras la cámara volvía al estudio. —Los funcionarios estatales también están buscando un Corvette rojo que podría haber

estado involucrado en el atropello y fuga de Pepe Santuro a principios de esta semana en San Angelo...

** **

El Corvette rojo permaneció inmóvil esa noche en el taller de Héctor. Héctor estaba tocando cuidadosamente y preparando el auto cuando se abrió la puerta de la tienda y entraron tres hombres de veintitantos años.

Manny fue el primero en ver el auto y silbó, moviendo la cabeza de un lado a otro, mientras pensaba que estaba evaluando a una buena mujer. —Buen auto hermano. ¿De qué color vas a pintarlo, hombre?

Héctor cortó el último trozo de cinta y golpeó con orgullo el automóvil. —Oye, hermano, estás justo a tiempo para ayudarme a elegir. Es un trabajo de pintura personalizado. Puedo hacer lo que me guste.

Juan se acercó al auto lentamente. Era un hombre muy delgado, con el pelo corto peinado hacia atrás y ojos oscuros y sombríos. Llevaba una camiseta de baloncesto que mostraba sus brazos: estaban cubiertos por una red de gruesas venas, que sobresalían de su piel verde y azul. Sobre todas estas venas corrían tatuajes, cubriendo cada centímetro de piel. En su hombro derecho, tenía una caja sorpresa con una calavera saliendo de ella. En su antebrazo izquierdo tenía a la Virgen de Guadalupe. En un tríceps, tenía un Cadillac de estilo antiguo, con una hermosa mujer morena, cubierta solo por su cabello oscuro, acostado debajo de él. Tocó el auto suavemente, como si imaginara cómo debería verse, y dijo: —¿Por qué no haces la capa base en negro y me dejas hacer un trabajo de aerógrafo?

Héctor contempló la sugerencia por un segundo, imaginando que el auto se convertiría en un veloz rayo de luz negra. Una sonrisa se extendió por sus labios cuando se encogió de hombros y asintió con la cabeza de acuerdo. —No está mal. Sí, esta bien

** **

Una vez que tuvo una ventaja, Ortega comenzó a moverse a la velocidad del rayo en su deseo de resolver el caso y vengarse del niño asesinado. Tan pronto como terminó de hablar con Mindy, localizó a Doug y corrió al bufete de abogados donde trabajaba.

Doug hizo todo lo posible para parecer tranquilo y colaborativo cuando Ortega apareció. En repetidas ocasiones declaró que no sabía nada del accidente, ya que había estado flotando en las nubes en un globo de aire caliente con otras tres personas durante toda la tarde del día en que sucedió. Ortega simplemente asintió y le pidió a Doug que lo acompañara a la estación de policía, donde todo podría resolverse. Un poco pálido, pero aún tratando de parecer confiado y servicial, Doug estuvo de acuerdo.

Una vez en la estación de policía, sin embargo, el comportamiento aparentemente despreocupado y optimista de Doug comenzó a cambiar. Ortega lo interrogó con una pregunta tras otra, implacablemente, esperando que una contradicción lo clavara. Doug se aflojó la corbata y comenzó a verse cansado mientras trataba de mantenerse al día con las técnicas de Ortega. Rodeando a Doug mientras estaba sentado en una vieja mesa de metal verde agua, Ortega repitió la misma pregunta por cuarta vez: —Sabemos que el Corvette rojo tenía licencia para usted. Solo quiero saber dónde está.

Doug miró en voz alta y respondió, con un borde de ira en su voz. —¿Tienes problemas de audición? No sé dónde está.

Ortega se rio suavemente. Se acercó a Doug y con una sonrisa burlona lo miró. —Entonces, ¿me estás diciendo que no sabes dónde está tu Corvette rojo de treinta mil dólares? ¿Cuándo ibas a denunciar perdido?

Doug se pasó las manos por el pelo con absoluta desesperación. Mientras levantaba los brazos para hacerlo, aparecieron dos nuevas manchas de sudor en sus axilas. Ortega notó que Doug estaba estresado, sudando y cansado.

Con las manos, todavía en la cabeza, Doug respondió: —Mira, cuando fui a usarlo para el almuerzo, no estaba allí. Iba a llamar a Johnny para ver si tal vez lo había tomado prestado

Ortega estaba perdiendo la paciencia. Se quedó mirando a Doug con claro odio en los ojos. Se inclinó para que Doug pudiera ver la vena grande y palpitante en su frente cuando dijo: —Sé que eres un abogado, pero si descubro que estás inventando esta historia y puedo probarlo, voy a detenerlo por cómplice de asesinato. —Se detuvo y sacó una caja de cigarrillos del bolsillo de su camisa. Aspiró un cigarrillo y comenzó a salir de la habitación diciendo: —¿Me entiendes, consejero? Eres una desgracia para tu profesión...

** **

Unos minutos después de que Ortega salió, otro oficial asomó la cabeza para decirle a Doug que por el momento podía irse. Doug chasqueó los dedos para aliviar el estrés acumulado, rápidamente agarró su chaqueta y salió. Sin embargo, de repente se detuvo, congelado en seco como si hubiera visto una visión de la muerte. Caminando hacia él en el mismo pasillo estaba Mindy, con los ojos hinchados y las manos esposadas detrás de ella. —Mindy... —Doug susurró, con una mirada de sorpresa y sorpresa en su rostro.

Mindy levantó la vista e inmediatamente volvió a llorar. —Tenía que decirles... —fue todo lo que pudo murmurar.

Doug parecía decepcionado en lugar de enojado. —¿Por qué? No pudieron probar nada...

La oficial que conducía a Mindy se interpuso entre los dos y sostuvo una mano fuerte frente a Doug, para evitar que se acercara. —Disculpe —dijo con una fuerte actitud de calle. —¿Eres su abogado? No podemos tenerte hablando con los reclusos en el pasillo. ¿Qué crees que es una especie de fiesta?

Doug sacudió la cabeza con impaciencia. Rápidamente buscó en el bolsillo de su camisa y sacó una tarjeta. —Mira, sí, soy su abogado. ¿Ahora te importaría si tengo un minuto con mi cliente?

El oficial mira la tarjeta y luego a Doug con cara sospechosa. Pero ella no podía ignorar la tarjeta. Ella movió la boca en un gesto de involuntario acuerdo. Se guardó la tarjeta en el bolsillo y asintió para que Doug se acercara a Mindy, mientras ella se alejaba unos metros. Con un comportamiento sospechoso, ella dijo: —Bien, pero solo por un minuto.

Doug corrió hacia Mindy y la llevó a un lado del pasillo. En voz baja, casi desesperada, preguntó: —¿Por qué?

Mindy miró hacia abajo y lágrimas claras, como lluvia limpiadora, cayeron de sus ojos directamente al piso de baldosas. Ni ella ni Doug notaron las pequeñas gotas cristalinas que golpeaban las baldosas de color gris azulado y reflejaban la luz de tira del pasillo. Ella tragó saliva para encontrar su voz y en una oleada de palabras respondió: —No pude dormir después de saber que ese niño murió. Tal vez si no los hubiéramos dejado allí tumbados en la tierra... Tenía que confesar. Mi abogado renunció cuando lo hice. Dijo que no podía representar a nadie que no siguiera su consejo.

La mano derecha de Doug fue automáticamente a su frente para tratar de eliminar la tremenda tensión que sentía descender sobre él. En segundos, parecía haber envejecido diez años. Miró a Mindy con una expresión de dolor. —¿No puedes salir bajo fianza?

Mindy trató de limpiarse la cara con el hombro. Miró a Doug con una expresión de dolor, como si le acabaran de pedir que se cortara la mano. —Diez mil dólares... Mi papá se enojará...

Doug ignoró su respuesta. Estaba hablando rápidamente tratando de pensar razonadamente para encontrar una manera de terminar con todo esto. Sabía que probablemente no tendría otra oportunidad de hablar con Mindy y que solo era cuestión de horas antes de localizar a Johnny. Volvió a pasarse la mano por el pelo y se limpió el sudor que le cubría la frente. Mirando atentamente los ojos cubiertos de lágrimas de Mindy, con una mirada poderosa que parecía transmitir fuego e iluminación, dijo con voz profunda y urgente: —Escucha, sé lo que pasó. Johnny me lo dijo. Él se fue. Solo que no puedo testificar contra él. Me lo dijo en confianza. No es ético y es ilegal romper la confianza.

Antes de que pudiera continuar, la mujer oficial que había dirigido a Mindy parecía perder su paciencia. Había estado apoyada contra la pared a unos metros de distancia, mirando su reloj cada dos minutos. Ahora se aclaró la garganta ruidosamente y con pasos decisivos se acercó a Mindy y Doug. No le dio a Doug la oportunidad de quejarse ni decir nada. De una manera cortante y alcista, agarró a Mindy por las esposas mientras se acercaba a ella y, sin mirar a Doug, comenzó a alejar a Mindy cuando dijo: —Bueno, es tiempo suficiente. Ve por los canales si necesitas hablar con ella otra vez.

Doug permaneció inmóvil, con la corbata arrugada que se había quitado mientras hablaba con Ortega colgando de su mano izquierda, como una línea de vida perdida, como una vida cortada. Observó al Oficial guiar a Mindy por el pasillo, detenerse, abrir una gran puerta de hierro y caminar con Mindy hacia un pasillo oscuro, donde ambos desaparecieron. La puerta de hierro se cerró con fuerza detrás del pequeño cuerpo de Mindy, que rápidamente se vio envuelto por la oscuridad que la rodeaba. En menos de un segundo, el sonido de la puerta que se cerraba se apagó y Doug quedó completamente solo bajo la luz blanca artificial del pasillo, con la sensación de que todo era un sueño. No podría haber sido testigo de la misma joven alegre que conoció hace solo unas semanas, cruzando una puerta que prohíbe la vida...

** **

Mientras Mindy caminaba por el pasillo cerrado, Johnny caminaba por la calle desde *El Capri Motel*, donde había pagado una habitación durante un par de días. Parecía relajado y rudo mientras caminaba por la calle polvorienta con

una lata de cerveza dentro de una bolsa de papel marrón. Un automóvil *lowrider* azul medianoche pasó junto a él con cuatro o cinco hombres de aspecto rudo adentro. El conductor y Johnny intercambiaron una mirada fría y el conductor levantó la descarga de aire trasera para impresionar a Johnny. Johnny siguió mirando pero aun así logró parecer completamente frío e indiferente. El Chevy Impala de 1964 se desprendió y quemó goma detrás.

Johnny siguió caminando hasta que vio una caja de periódico a un lado. Casualmente echó un vistazo a los titulares 'Oficial de policía herido en Chase'. Puso su bolsa de papel en la parte superior de la caja y buscó en su bolsillo algo de cambio. Dejó caer dos cuartos en la caja y sacó un papel. Miró el titular por otro segundo y luego dobló el papel y comenzó a caminar nuevamente.

Dejó caer el papel sobre la cama de su habitación de hotel y encendió el televisor. Abrió la lata de cerveza y se sentó en la cama viendo los canales sin pensar. Cuando sonó el teléfono, de repente pareció despertarse de un sueño. Levantó el auricular. —¿Hola? Dwight, ¿qué pasa? ... No, no he... ¿Qué canal? ... Sí, lo acabo de ver ahora en el periódico de la tarde... ¿Cómo les esta yendo con el auto?

Dwight estaba sentado en su habitación mientras hablaba con Johnny. Estaba lanzando una pelota contra la pared y la atrapó con la mano derecha mientras sostenía el teléfono con la izquierda. —Escucha, acabo de recibir una llamada de Doug. Vio a Mindy. Ella confesó, excepto que Doug dijo que eras tú, hombre. ¿Vas a dejar que ella tome la responsabilidad?

La sangre de la cara de Johnny se drenó repentinamente y se veía casi gris con una expresión de ira como de animal en su rostro. —¿Que quieres que haga? ¿Entregarme? Mira, ven, ¿puedes? Estoy aquí en aguas profundas...

Dwight no arrojó la pelota contra la pared. Lo sostuvo y guardó silencio por un segundo. —Sí —finalmente respondió—. ya voy. —Colgó el teléfono y golpeó la pelota contra el suelo.

Agarró su patineta y bajó las escaleras, gritando: —Hasta luego —a sus padres cuando la puerta principal se cerró detrás de él. Patinó por el camino, hacia el canal y luego siguió el canal cuesta abajo. En solo unos minutos se detuvo frente a la gran puerta grisácea en la parte trasera del garaje de Héctor. Entró por la puerta lateral y vio la cara seria de Héctor examinando cuidadosamente a alguien que pintaba con violencia las violentas llamas rojas, amarillas y blancas al costado de un Corvette negro. Héctor levantó la vista cuando Dwight dejó su patineta y asintió en reconocimiento. Agitándolo, dijo: —Dwight, ¿cómo te va? Ya casi ha terminado

Dwight caminó hacia el auto lentamente. Con una voz seria preguntó: —¿Ya pintaste en todas partes?

—Sí, incluso debajo de los pozos de las ruedas. Nadie sabrá que era rojo...

Manny, sentado en la parte superior de otro auto, de repente se animó. —¿La policía está buscando un Corvette rojo?

Héctor levantó la vista con un ceño aterrador en su rostro. —Nadie está buscando nada. De todos modos, este es un Corvette negro. Hola Juan, ¿has terminado?

Juan estaba terminando los colmillos de un gran demonio que soplaba llamas de su boca por el costado del Corvette. Los ojos del demonio eran grandes y parecían tener muchas capas de oscuridad, con sombras de cuerpos torturados y desnudos bailando a través de ellos.

Juan levantó la vista después de crear cuidadosamente una gota de sangre ardiente en el diente del demonio, y sonrió. —Sí... mira, hermano —dijo, mostrando a Héctor.

Manny se acercó y chocó los cinco con Tony, seguido de un golpe en el hombro. —Es realmente genial.

Dwight sonrió. —Johnny lo amará.

Juan señaló a la esquina por el neumático delantero derecho: —Mira la firma, hombre.

Dwight miró y leyó las letras góticas cuidadosamente elaboradas 'El Destructor'.

—El destructor. El peor.

Todos se rieron con un sentido general de logro. Dwight se volvió hacia Héctor—. Te pagó, ¿verdad?

—Sí, primo, nos han pagado por completo. Mira... —Héctor se dio cuenta de que Juan y Manny estaban hablando de la obra de arte y no le prestaban atención. Sutilmente sacó a Dwight a un lado y susurró: —Sé que este es el auto que atropelló a los hogareños en San Angelo. Todos los demás lo sabrán también. Mi hogareño Manny se asegurará de eso. No te quedes en la ciudad con este auto. Dile a Johnny que salga lo más rápido que pueda. ¿Si?

Dwight agarró las llaves que Héctor le ofreció. —No hay problema, primo.

Agradeciendo a Juan con una palmada en la espalda, Dwight no perdió un segundo. Saltó al asiento del conductor cuando Héctor abrió la puerta del garaje y sacó el coche al callejón oscuro. La sangre del demonio parecía brillar cuando el brillante auto negro se alejó rápidamente.

** **

Johnny no escuchó el rugido del Corvette cuando Dwight se detuvo en el pequeño estacionamiento del hotel, pero el poderoso ronroneo del motor no fue extrañado por un grupo de miembros de pandillas sentados afuera de *Taco Loco*, un restaurante mexicano de comida para llevar al otro lado de la carretera del hotel. Uno de los miembros de la pandilla le dio un codazo a su vecino cuando la brillante figura del demonio sangriento estacionó frente a ellos. Todos los ojos siguieron las llamas sangrientas mientras el auto entraba en el estacionamiento. Dwight notó que varios pares de ojos enojados lo seguían cuando salía del auto. Casualmente saludó a la pandilla y subió las escaleras hacia la habitación de Johnny. Golpeó con fuerza dos veces en la puerta, como habían acordado. Cuando nadie respondió, acercó su rostro a la puerta y dijo: —Soy yo, Johnny...

Escuchó pasos y la puerta se abrió, pero solo unos centímetros. Los ojos inyectados en sangre de Johnny se asomaron enojados por detrás de la cadena de la puerta. Con un gemido de enojo, siseó: —¿Qué te tomó tanto tiempo, hombre? Pensé que vendrías hace horas

Dwight se encogió de hombros, luciendo despreocupado como siempre. — Me detuve para revisar el auto. Ya está hecho, amigo

Johnny cerró la puerta, quitó la cadena de eslabones y la abrió nuevamente, luciendo un poco aliviado pero tan enfermo como lo había estado unos segundos atrás. —¿Ya no es rojo?

Dwight señaló a través del estacionamiento, hacia el cuerpo brillante y resbaladizo del auto negro recién pintado. —No. ¿Por qué no se lo dejamos el auto a Doug y puedes dejar la ciudad en el tuyo? No pueden probar nada al respecto ahora.

Johnny no respondió al principio. Se quedó admirando el elegante automóvil y su violenta obra de arte. Con un brillo rojo cruzando sus ojos, dejó escapar una carcajada burlona. Se volvió hacia Dwight y una vez más parecía lleno de arrogancia. —¿Cuál es el problema? Nadie está buscando un Corvette negro. Relajémonos. Estaremos bien.

** **

Dwight no pudo convencer a Johnny de deshacerse del auto. Johnny era demasiado arrogante para imaginar que algo podría salir mal. Después de escuchar a Dwight, simplemente dijo. —Vayamos a Doug, traeré a Mindy de

regreso. —Sin esperar una respuesta, salió y se dirigió al auto. Dwight sacudió la cabeza y lo siguió.

Ninguno de los dos notó un sedán negro estacionado frente a la casa de Doug mientras se acercaban. Dos detectives sentados en el sedán sin marcas se agacharon cuando el Corvette negro se detuvo. Lo estaban esperando.

Cuando Johnny detuvo el auto, Dwight saltó y dijo: —Iré a buscar a Doug...

Johnny apagó el motor y metió la mano en la guantera. Sacó un porro, lo encendió y dio un pequeño tirón antes de intentar acomodarse en el asiento. Se imaginó sus pensamientos flotando por la ventana junto con el humo de la hierba. Se agachó y encendió la radio. Necesitaba más ruido, más actividad, para ahogar ese algo, esa presión desde dentro, que sentía que a veces lo invadía... algo que intentaba envolverse a su alrededor... el peso. Rápidamente comenzó a cambiar de estación, buscando algo ruidoso. Entró una estación Tex-Mex y los dedos de Johnny salieron del sintonizador. Comenzó a quedarse dormido en la nebulosa droga de la hierba cuando de repente escuchó que la puerta del pasajero se cerró de golpe. Se giró para encontrar a Doug sentado a su lado luciendo furioso.

—Johnny, ¿estás loco? ¿Tratando de despertar a todos? —Dijo Doug, apagando la radio.

Johnny estaba en medio del dulce subidón de la marihuana. Él simplemente sonrió suavemente y dijo: —Doug, ¿te gusta? —Señaló a los lados del auto—. Hermoso, ¿eh?

Doug parecía disgustado. —Estás fuera de control. ¿Sabes que Mindy confesó? Ella está tomando la responsabilidad por ti.

Johnny dio otro tirón y sopló lentamente. —¿Cómo lo sabes? —Él se rió. —Y, tal vez debería hacerlo. Ella atropelló al niño...

Doug sacudió la cabeza con incredulidad. —Bueno, si hubieses estado, dudo que ella tendría algún tiempo en prisión. Tu te llevaste el auto, no ella

Johnny se rio en silencio. Se volvió hacia Doug y, con una mirada de desprecio frío, dijo: —Lo siento, Doug. No voy a ir a prisión por nadie.

Doug respiró hondo y abrió la puerta. Salió del auto y luego se detuvo. Una parte de él quería ayudar a su amigo, pero otra parte estaba disgustado por la crueldad de Johnny. No sabía que Johnny podría ser tan frío. Volviéndose hacia él, dijo: —Está bien, mira, informé que faltaba el Corvette rojo. Solo voy a cobrar el seguro. Si yo fuera tú, cambiaría esa placa. Los policía no podrían probar nada

Una preocupación minúscula cruzó el rostro de Johnny. Mirando a Doug, dijo: —¿Puedes pagar fianza?

Con un tono sarcástico, Doug respondió: —¿Tienes diez mil dólares?

Johnny buscó debajo del asiento del pasajero y sacó una pequeña bolsa de lona. —Aquí hay doce mil dólares. Pájala. La recogeré y me aseguraré de que no aparezca en el camino

Doug tomó el dinero, luciendo un poco sorprendido. —¿A dónde la llevarás?
—México. Después de un tiempo se desvanecerá

Doug pesó la bolsa en sus manos. Exhaló lentamente, como si tomara una decisión dolorosa, y dijo: —Lo haré. La audiencia es a las 9:00 a.m. No vayas ahí. Le diré que la encontrarás a la vuelta de la esquina

** **

El padre de Mindy, Duke Jones, había decidido volar de regreso a casa tan pronto como descubriera lo que había sucedido. Ignorando las quejas de su esposa sobre la interrupción de sus vacaciones, alquiló un pequeño avión y decidió volarlo él mismo, para evitar esperar a un piloto. Era un piloto experimentado y amaba sentirse en control de su tiempo y destino, a kilómetros de las nubes.

Mirando por encima del equipo de su avión, Duke llamó: —Tierra, esto es W457. Dirigiéndose a un aterrizaje

La voz de un operador femenino llegó por el altavoz: —Roger, esta es la torre de Dallas. Posición de vuelo W457. ¿Cuál es tu ETA?

Duke miró por encima de las nubes: —Tenemos visuales ahora. —Se volvió hacia su esposa, que estaba sentada de mala gana en el asiento del copiloto. —Estamos bajando.

La voz del operador volvió a pasar por el altavoz: —Pista B, todo despejado. Proceder al aterrizaje. Tenemos un mensaje urgente para usted aquí en la torre...

Una profunda preocupación cruzó la cara de Duke mientras escuchaba al operador. Miró a su esposa. Ella estaba mirando hacia un lado, sin preocuparse.

** **

Tan pronto como aterrizaron, Duke corrió hacia la torre para recibir su mensaje urgente. Lenta y resentida, su esposa se arrastró. Con manos temblorosas, leyó: *Mindy Jones liberada bajo fianza a las 8:30 a.m., San*

Antonio. Se desconoce el paradero actual. Temblando de ira y preocupación, Duke permaneció inmóvil, como si se convirtiera en una estatua de sal.

Duke le mostró el mensaje a su esposa mientras ella se acercaba a él. — ¿Quién demonios pagaría su fianza?

Georgia leyó el mensaje casualmente y se volvió hacia su bolso. Sacó un espejo de maquillaje y se empolvó la nariz, molesta por la prisa y la emoción. — Ella es una niña grande, Duke. Te preocupas demasiado por ella. Ella estará bien —dijo mientras cerraba el espejo de maquillaje.

La ira de Duke se volvió hacia su esposa. Su rostro estaba rojo como la remolacha cuando respondió con un montón de palabras y gestos: —Mi hija confesó que atropello a un joven y se fugo, se pagó la fianza y desapareció, y todo lo que puedes decir es ‘Ella estará bien’... si tu dejarás de mirarte a la cara por solo un día, tal vez verías lo que sucede a tu alrededor...

Georgia se sonrojó, avergonzada por la escena que Duke estaba haciendo. Se volvió para mirar su bolso otra vez, fingiendo que todo estaba bien. Duke se dirigió al gerente de operaciones que le había entregado el mensaje y rápidamente le preguntó: —¿Tiene un teléfono?

Consciente de la preocupación de Duke, el gerente intentó ser lo más útil posible. Señalando su oficina, dijo: —Puede usar la de mi oficina, Sr. Jones. ¿Quieres un poco de café?

Con una mirada de inocencia, Georgia interrumpió: —Sí, me encantaría algo.

El gerente parecía sorprendido por el egoísmo ciego de Georgia. Duke estaba acostumbrado. Sin siquiera mirar a su esposa, irrumpió en la oficina del gerente y cerró la puerta detrás de él.

** **

En una habitación costosamente decorada, con muebles de cuero de color burdeos, paneles y mesas de nogal profundos y ricos, y estantes llenos de libros encuadernados en cuero, el gobernador del estado de Texas estaba vertiendo un nuevo proyecto de ley estatal cuando escuchó un suave golpe en el puerta. Quitándose las gafas de lectura que se posaban en la punta de su nariz, levantó la vista y dijo. —¿Sí?

Un valet entró con un teléfono portátil. —Es para usted, gobernador. Duke Jones

El gobernador tomó el teléfono y asintió con la cabeza para que el valet saliera de la habitación. —Sí, hola Duke... desafortunadamente hizo los papeles.

Cualquier cosa que pueda hacer para ayudar...

Duke conocía al gobernador hace décadas. A menudo jugaban al golf juntos y ambos sabían que el otro era un hombre de negocios directo y confiable. Sin embargo, Duke ahora hablaba más como un padre que como un hombre de negocios. —¡Solo encuéntrala! Mira, le puse un ojo privado al tipo, Doug Thomas. Saca un APB y lleva a mi hija de regreso donde quiera que esté. Estoy seguro de que el chico con el que estaba la tiene...

El gobernador, un padre mismo, podía sentir la angustia en la voz de Duke. —No te preocupes, Duke. Personalmente llamaré al jefe de la policía estatal. ¿Cómo se llamaba el detective privado?

—Armand Morales.

** **

El gobernador fue fiel a su palabra. Tan pronto como colgó el teléfono con Duke, realizó otras llamadas telefónicas destinadas a localizar a Mindy.

Armand Morales no sabía nada de esto cuando se dirigió a su oficina más tarde esa tarde. Caminó casualmente hacia la puerta solo para encontrar su camino repentinamente obstruido por dos hombres altos y musculosos. Armand levantó la vista, pensando que incluso el arma a su lado no sería de ayuda contra dos hombres, probablemente armados, y aparentemente enojados. Permaneciendo calmado, preguntó: —¿Puedo ayudarlo?. —Señaló la puerta. —Esta es mi oficina.

Uno de los hombres, el más alto con corte de tripulación, cabello oscuro y un pequeño perno de diamante, dijo: —Sí, ¿eres Armand Morales? —Metió la mano en el bolsillo, flexionando involuntariamente los músculos con cada movimiento, y tiró sacar una placa de policía. —Luis Dodge, Policía Estatal. Estamos aquí para averiguar lo que sabes sobre Doug Thomas. Se dice que lo estabas siguiendo.

Armand asintió con la cabeza. —Lo siento, esa información es confidencial. Yo trabajo para Duke Jones. Él es el que paga mi tiempo y al que me presento.

Thomas Winchester, el otro oficial de policía intervino. —Morales, fue el Sr. Jones quien pidió ayuda al gobernador. Está en camino a San Angelo mientras hablamos. Cuéntanos lo que sabes

Armand abrió la puerta e hizo un gesto a los oficiales para que lo siguieran. —Muy bien entonces. Un paso adentro. Te daré lo que tengo hasta ahora... —La

puerta se cerró detrás de los hombres, cuando Armand comenzó a decirles lo que sabía.

** **

Cuando Armand y los oficiales se encontraron, Mindy y Johnny ya habían estado juntos durante unas horas. Se habían dirigido al pequeño estanque donde tuvieron su primera cita, en un intento romántico de escapar de todo lo que había sucedido desde ese día sin preocupaciones. Mindy se recostó sobre su espalda, tratando de dejar que el sol y el agua tibia enjuagaran el dolor, la culpa, el miedo... Johnny nadó hacia ella y besó suavemente su estómago—. Nunca debí haberte dejado tomar la responsabilidad.

Mindy abrió los ojos y pasó los dedos por el cabello largo y oscuro de Johnny. Estaba convencida de su amabilidad por la dulce forma en que la miraba ahora. Intentando hacer que se sintiera mejor, ella dijo: —Sí, los atropellé. Fue mi culpa por estar tan drogada... ¿Qué haremos ahora?

Los ojos de Johnny parecían perdidos en la distancia cuando respondió: — Esperar y dirigirnos a México. Robé algunas placas para el auto. Y hay suficiente dinero en el automóvil para durar diez años en México.

Los ojos de Mindy se abrieron de par en par. —¿Diez años?

La cara de Johnny cambió. Su dulzura fue reemplazada por ira e impaciencia ante los temores de Mindy. —Mira, quizás tu papá se encargará de todo. —Salió del agua y comenzó a caminar hacia su pequeño campamento.

Mindy se sentó. Miró al agua y preguntó: —Todavía no sientes lástima por lo que pasó, ¿verdad?

Johnny sonrió de lado. —Sí, lamento que nos hayan pillado. O más bien te atraparon. Me costó diez mil dólares

Mindy permaneció en silencio unos minutos. Se levantó y comenzó a secarse antes de decir: —Eso es todo lo que piensas: dinero, ¿no?

Johnny escupió a un lado y luego miró a Mindy. Sus ojos se llenaron de resentimiento, con cada palabra que decía. —Mira, tienes mucho a tu alrededor, has estado nadando en ello toda tu vida. Lo respiras No me molestes por pensar en ello. —Se estiró a su lado y agarró su arma, buscando balas.

—¿Planeas dispararle a alguien? —Preguntó Mindy, con una risa nerviosa.

Johnny no levantó la vista, pero respondió con una voz ligeramente amenazante. —No, pero tampoco voy a ir a prisión. No por un mexicano. — Señaló al refrigerador con su arma. —Tráeme una cerveza, ¿quieres?

La cara de Mindy era blanca pálida. Tenía los ojos muy abiertos de terror al darse cuenta de las implicaciones de las palabras de Johnny. Intentó calmar apresuradamente su respiración agitada y responder con voz normal: —Claro... ¿por qué no duermes un poco? Voy a leer mi libro.

Johnny agarró la lata de cerveza de las manos de Mindy, la abrió y tomó un gran trago. Se recostó para una siesta, cubriéndose la cara del sol abrasador con su camiseta.

** **

Doug había logrado dejar atrás su conversación con Johnny cuando entró a trabajar al día siguiente. Se lanzó, en cuerpo y alma, a su trabajo, leyendo un resumen legal después del siguiente, dispuesto a olvidar cualquier otra cosa en su cuerpo. Por lo tanto, un golpe repentino en su puerta lo sobresaltó por completo. Disculpándose por sorprenderlo, su secretaria dijo: —Sr. Whitefield quiere verlo, señor, en la sala de conferencias.

Doug dejó el escrito en el que estaba trabajando y se levantó automáticamente para dirigirse a la sala de conferencias. El Sr. Whitefield, el socio principal de la firma, a menudo convocaba reuniones improvisadas en la sala de conferencias, por lo que Doug no estaba sorprendido de haber sido convocado. Caminó enérgicamente y abrió la puerta con confianza. Luego se congeló en estado de shock. Sentados alrededor de la mesa con el Sr. Whitefield estaban Duke Jones, Delbert y el detective Simón Ortega.

El Sr. Whitefield habló, mientras Doug permanecía estático, manteniendo la puerta abierta como si estuviera congelada a tiempo. —Señor. Thomas, por favor toma asiento. Antes de pedirle que limpie su escritorio, debe responder algunas preguntas para estos caballeros

Doug silenciosamente soltó la puerta y buscó la silla más cercana. Delbert lo miró con una expresión dolorida de traición. Con una voz sincera, que no podía esperar un segundo por la verdad, Delbert dijo: —Necesitamos saber dónde está Mindy y con quién está.

Ortega, con su habitual frialdad calculada añadida, sabiendo que ahora tenía la ventaja definitiva: —Sabemos que están en su auto y usted pago su fianza. Tenemos razones para creer que puede estar en grave peligro...

Mientras todos los demás hablaban, el padre de Mindy había estado mirando a Doug con una inconfundible expresión de odio. Antes de que Ortega pudiera terminar, saltó: —Eres una comadreja asquerosa... Si algo le sucede a mi hija,

será tu funeral, así que ayúdame, Dios. —Duke trató de levantarse mientras decía esto, queriendo sacarle la información a Doug, pero Delbert lo contuvo con mano firme.

Ortega no había apartado los ojos de Doug, que parecía cada vez más abrumado. Con la esperanza de llevarlo al límite, dijo: —Investigamos un poco y realizamos un control policial sobre Johnny Robbins.

La mandíbula de Doug se abrió. Ellos sabían todo.

Ortega continuó, sin piedad: —No tomó mucho descubrir su nombre. Fue sentenciado a la Escuela de Niños de Hapsburg a los 11 años por incendiar una iglesia. Tres personas murieron. A los quince años estaba con una pandilla que golpeó y violó a un joven de 15 años. Normalmente estos registros están sellados. El gobernador fue lo suficientemente bueno como para tirar de unas cuerdas² para que pudiéramos ver con qué tipo de hombre estaba Mindy Jones.

Doug abrió y cerró la boca un par de veces antes de que pudiera hacer algún sonido. —Yo... yo... no tenía ni idea. Nunca mencionó nada de eso

El señor Whitefield golpeó su puño contra la mesa. —Eso no cambia el hecho de que la liberaron bajo fianza y luego la enviaron con él. Le permitiste que tomara tu auto y que alterara el trabajo de pintura después de saber que había sido un atropello y fuga. Y usted presentó un informe policial falso de un automóvil robado. Apenas apropiado para un oficial de la corte, miembro del Colegio de Abogados del Estado de Texas. Créame, Sr. Thomas, personalmente presentaré cargos en su contra ante el Colegio de Abogados del Estado. Pero mientras tanto, ¿sabes a dónde la llevaba?

Doug asintió, reconociendo tácitamente su culpa. —Probablemente a México —respondió claramente.

Ortega sacó una pequeña libreta y escribió algo. —¿Hay algún lugar por aquí donde puedan esconderse para conducir por la noche?

Doug pensó por un segundo. Sabía a dónde irían: —El río. Fuimos a acampar allí en una de nuestras primeras citas dobles. Está junto a la autopista 38, bastante aislado.

Duke se volvió hacia Whitefield. —¿Hasta dónde?

—Unos treinta minutos.

—Podríamos enviar algunos helicópteros —dijo Ortega.

Duke sacudió la cabeza. —Demasiado arriesgado. Es probable que escape. Vamos a salir... Tenemos un vehículo a cuatro ruedas. Me imagino que hay varias formas de entrar.

Doug se puso de pie, listo para ayudar. —Sí, hay un camino de cuatro ruedas fuera de Mesquite. Te ahorrará unos diez minutos

** **

Deshidratado por las cervezas y el sol, Johnny se había quedado dormido en la dulzura del calor de la tarde. Se despertó de repente con una mosca zumbando alrededor de su oreja. Sentándose y apartando la mosca, bostezó. Se levantó y se sacudió los jeans mientras miraba a su alrededor. —¿Mindy? —No hubo respuesta. Miró a su alrededor pero no vio señales de Mindy. Revisó el auto y notó que el bolso de Mindy se había ido. Rápidamente, Johnny tomó su arma y volvió a gritar: —Mindy... —Su corazón dio un vuelco y su respiración se hizo más pesada cuando dos ramas crujieron detrás de él: una ardilla se lanzó alrededor de un árbol. De repente aterrorizado, agarró su equipo y lo arrojó a la parte trasera del Corvette. Ya cubierto de sudor nervioso, salió tan rápido como pudo.

** **

Mindy había logrado llegar a la carretera principal mientras Johnny dormía. Corriendo por el arbusto se había torcido un tobillo y se había rascado por todas partes. Vio una camioneta destartalada que se dirigía hacia ella y salió corriendo a la carretera, tratando de agitarlo con su bolso. El hombre ni siquiera la miró, abriéndose lo suficiente para evitar golpearla. Mindy miró las luces del camión que desaparecía y puso la cabeza entre las manos, luchando por detener las lágrimas y los sollozos de desesperación que amenazaban con salir.

** **

Delbert y Duke encabezaron la procesión hacia el campamento con Doug dando instrucciones desde el asiento trasero del Range Rover. Detrás de ellos vino Ortega. Delbert recogió el transmisor de radio del Range Rover cuando llegaron a la entrada del campamento—. Esto es Nube Nueve. Smokey, ¿lees?

Ortega respondió: —Nube Nueve, esto es Smokey. Leemos.

—Espera aquí. Subiremos a la cima para verlo —Con eso, el Range Rover se hizo a un lado y comenzó a subir una empinada colina de roca. Superando varias

paredes de roca afiladas, se posaron en un acantilado que dominaba el campamento.

Doug señaló un refrigerador abandonado con algo de comida a su alrededor. —Ahí abajo. Parece que estaban aquí y se separaron.

La cara de Duke se volvió púrpura oscuro. —Será mejor que ores para que la encontremos y ella esté viva y bien —susurró.

Delbert recogió el transmisor de nuevo: —Radio a la carretera principal. No hay nadie en el campamento. Parece una partida reciente.

Duke agarró el transmisor de Delbert y señaló hacia abajo: —Deben estar dirigiéndose a la carretera principal. Aún puedes ver el polvo. Dirígete hacia abajo.

Delbert se volvió para ver si Duke había perdido la cabeza. —¿Estás loco? Esa es una caída de cuarenta grados.

Duke no sería persuadido. —Lo haré. No tenemos tiempo para renunciar. Mindy nos necesita. Ahora, ¿vas a hacerlo o tengo que hacerlo?

Delbert se volvió para mirar por delante de él otra vez. Se obligó a confiar en el automóvil y se inclinó sobre el acantilado. Aterrorizado, Doug se abrochó el cinturón de seguridad e intentó presionarse en su asiento. El Range Rover se zambulló en lo que parecía un muro de piedra. La puerta derecha se estrelló contra una roca con el fuerte sonido del metal crujiendo llenando el aire. Delbert estaba sudando pero decidido. Duke solo parecía preocupado por cada segundo que estaban perdiendo. Delbert movió los engranajes en reversa y retrocedió entre la roca y la ladera de la montaña. Un fuerte desguace los envolvió a ambos lados del automóvil. En unos segundos más estuvieron fuera, pero el auto había perdido los dos espejos y estaba muy rayado. Cuando entraron en el campamento, Duke abrió la puerta antes de que se detuvieran y saltaron. Doug y Delbert lo siguieron un segundo después. Agarrando una chaqueta azul claro, Doug gritó: —Por aquí, la chaqueta de Mindy.

Delbert tomó una lata de cerveza medio vacía. —Jefe, esta cerveza todavía está fría. —Miró al suelo, tratando de distinguir las huellas. —Parece que se dirigen hacia aquí —dijo, señalando. Los tres hombres volvieron corriendo al coche y Delbert se dirigió hacia el este, siguiendo las huellas del Corvette.

** **

Mindy siguió caminando por la carretera, intentando miserablemente agitar cada auto que pasaba. Sin embargo, la gente parecía asustada por su rostro

lloroso y su cuerpo rasguñado, y preferían alejarse rápidamente en lugar de ayudarla. Oyó que otro auto se acercaba a ella. Mirando hacia arriba, vio un punto negro. Ella comenzó a saludar. De repente, a medida que el lugar crecía en tamaño, Mindy reconoció que era el Corvette. Gritando, trató de correr hacia el campo junto a la carretera.

Al ver a Mindy adelante, Johnny maldijo por lo bajo y golpeó el acelerador.

Mindy estaba corriendo por su vida, pero era difícil mantener el equilibrio en el terreno irregular. Ella tropezó y se levantó varias veces. Corrió hacia una cerca que delimitaba la propiedad privada e intentó cruzar entre dos hileras de alambre de púas. Sin embargo, el extremo de sus pantalones quedó atrapado en el cable, y cuando Mindy trató desesperadamente de tirar de la tela y desenredarla al mismo tiempo, el auto de Johnny se acercaba cada vez más. Él detuvo el auto a unos quince metros de ella. Justo cuando él salió, ella logró liberarse y se dio la vuelta para correr. Johnny sacó su treinta y ocho y apuntó a ella. Apenas falló y logró disparar el poste al lado de la cara de Mindy para que varias astillas de madera afiladas se clavaran en su cara, como pequeños cuchillos. No sintió ningún dolor ni notó la sangre que comenzó a brotar de su rostro. Al mirar a Johnny por un segundo, vio su rostro completamente transformado: lleno de odio frío, con una vena fuerte que latía en su frente como un gran cuerno. Sus ojos inyectados en sangre la miraron sin sentir nada mientras apuntaba su arma de nuevo.

—Ayuda... ¡No! —Gritó Mindy, y se giró para correr, desesperada, como un animal tratando de salvar su vida.

Sin embargo, antes de que Johnny pudiera disparar nuevamente, sonó otro disparo. Una bala rozó la pierna de Johnny y lo obligó a darse la vuelta. Simón Ortega estaba a solo unos metros de distancia, disparando desde detrás de la puerta de su automóvil. Johnny respondió, apuntando a la cabeza de Ortega. Falló una vez y luego sintió un fuerte golpe en el hombro que lo golpeó contra el Corvette. Mirando hacia abajo, vio su camisa blanca empaparse rápidamente de sangre. No pudo levantar el brazo. La bala parecía haber cortado todos los músculos y nervios que conectaban su hombro con su pecho. Se dejó caer al suelo e intentó levantar el arma con la otra mano, pero todo se estaba oscureciendo rápidamente. El sabor metálico de la sangre invadió su garganta.

Cuando Johnny cayó al suelo, el Range Rover se detuvo en la otra dirección. Doug saltó y corrió hacia Johnny. Mindy miró y gritó: —Papá... aquí.

Los ojos de Duke se llenaron de lágrimas. —Quédate ahí, Mindy. Iré a buscarte.

Doug se arrodilló junto a Johnny, se quitó la camisa y la presionó contra la herida de Johnny. En menos de un segundo las manos de Doug y la camisa estaban empapadas de sangre. Johnny miró a Doug a la cara. —Doug...

Doug sacudió la cabeza. —No digas nada, Johnny. Van a buscar una ambulancia.

Johnny tosió un poco de sangre. Sus ojos estaban perdiendo foco. —No importa. Puedo sentir algo saliendo de mí. Tengo mucho frío.

Doug parecía que tenía dolor físico, viendo morir a Johnny. Con voz suave dijo: —Será mejor que hagas las paces con Dios, hombre.

El rostro de Johnny era casi de piedra todavía. Su piel se había vuelto verde aguada, su cabello oscuro pegado con sudor a su frente. Una repentina mirada de miedo apareció en sus ojos. Tomó una bocanada de aire y dijo: —No, no estoy listo... todavía no...

** **

Duke y Mindy se acercaron lentamente. El cuerpo sin vida de Johnny todavía se apoyaba contra el auto y sus ojos perdidos parecían mirar hacia el demonio a un lado, El Destructor.

Duke abrazó a Mindy cuando comenzó a gritar y a sacudir la cabeza confundida. La abrazó contra su pecho y le susurró al cabello: —Está bien, cariño. Era un chico muy, muy enfermo.

Mindy sollozó. Miró a su padre con una extraña mezcla de tristeza y enojo en sus ojos. —Pero papá, dijo que me amaba y luego... me iba a matar...

Duke apartó el cabello de la cara de Mindy. —Estaba enfermo. Eso es todo...

Los ojos de Simón Ortega estaban fijos en Johnny. Se volvió hacia Mindy y dijo: —No estaba tratando de matarlo, señorita Jones, solo evitaba que la matara.

Mindy asintió con la cabeza. —Bueno, detective, tampoco estaba tratando de matar a esos muchachos. Espero que me creas en eso.

** **

El juicio continuó durante varios días después de que el cuerpo de Johnny ya había sido enterrado. En el último día, la sala del tribunal estaba abarrotada. Mindy se sentó a la mesa de la defensa con un sencillo traje negro y parecía más vieja y tranquila. Un hombre mayor, su abogado, se sentó a su lado. Duke, Georgia y Delbert estaban en el banco detrás de ella. La familia de Pepe Santuro

se sentó en la fila siguiente, con el niño que había sobrevivido, todavía vendado, con ellos. El juez golpeó el mazo para leer su sentencia.

Con voz clara y seria, el juez Anderson leyó: —La sentencia para este caso ha sido una de las cosas más difíciles que he tenido que deliberar. Por un lado, tenemos un niño de diez años cuya vida fue arrebatada. Por otro lado, tenemos una niña de diecinueve años que ha admitido su responsabilidad. Tengo un puñado de cartas del Gobernador solicitando clemencia. En mi decisión, he tenido en cuenta el hecho de que esta era la primera vez que esta joven había tenido problemas. He tenido en cuenta que ella restituyó al joven que resultó herido. He tenido en cuenta que la familia del niño que fue asesinado me pidió que fuese suave con ella. Creo que Mindy Jones ha pagado por lo que hizo esa noche cien veces más de lo que esta corte podría pedirle que pague. Le impondré 600 horas de servicio comunitario local y la dejaré bajo la custodia del Departamento de Policía de San Ángelo desde las 5:00 p. m. del viernes por la tarde hasta las 8:00 a. m. del lunes por la mañana durante un período de nueve meses. Si se descubre que está usando drogas durante este tiempo, estipularé que se suspenda el servicio comunitario y que pase dos años en la Penitenciaría Estatal para Mujeres en Galveston. ¿Puede levantarse la acusada?

Mindy respiró hondo y se levantó. —Sí, su señoría.

El juez se quitó las gafas de lectura y miró a Mindy con toda seriedad. —¿Entiendes esta sentencia, jovencita? Le estamos quitando su libertad durante los próximos nueve meses de fines de semana. Quiero que entiendas, jovencita, que las drogas matan. Y las personas que usan drogas con frecuencia matan a otros. Todo el dinero del mundo no le devolverá la vida a Pepe Santuro. Pero espero que este incidente y esta frase te impidan desperdiciar tu vida también.

Una lágrima, una mezcla de gratitud, dolor y determinación, cayó del ojo de Mindy. Suavemente ella respondió: —Gracias, su señoría.

El juez Anderson volvió a golpear el mazo. —Alguacil, notifique al Departamento de Policía para que me haga saber su progreso.

El alguacil asintió. En voz alta y resonante, dijo: —Todos se levantan. Habiendo pasado la sentencia, se concluye el estado de Texas versus Mindy Jones.

El juez dejó su asiento y regresó a sus aposentos. Tan pronto como salió de la sala del tribunal, la familia de Mindy se acercó a ella. Su padre la envolvió en un abrazo seguro y cálido. Los ojos de Georgia estaban rojos y manchados de lágrimas. —Supongo que he sido realmente terrible —sollozó a Mindy—. Robándote tanto a tu padre. En parte me siento culpable de lo que sucedió. ¿Me

darás otra oportunidad? No soy tan buena como madre, pero lo intentaré. — Rápidamente sacó un delicado pañuelo de seda para limpiar las lágrimas que amenazaban con hacer correr su máscara.

Mindy se mordió el labio y respiró hondo. Con toda la amabilidad, pudo convocar y respondió: —Sí, lo haré. —Miró por encima del hombro de Georgia y vio a los Santuros. Mindy miró a su padre y él asintió. Los dos caminaron hacia ellos.

La garganta de Mindy se llenó nuevamente de dolor. Con sincera tristeza, les dijo a los padres de Pepe: —Lamento mucho lo de tu chico.

La señora Santuro, con los ojos todavía hinchados por el llanto, extendió la mano hacia Mindy. Lo acarició con ternura y dijo: —Sabemos que no querías hacerlo. Quizás Dios, quería a Pepe en el cielo. Tal vez lo amó aún más de lo que nosotros lo amamos a él.

El padre de Pepe vio la expresión de dolor de Mindy y el torrente de lágrimas que comenzaron a fluir de sus ojos. Rápidamente y amablemente dijo: —No te odies por lo que pasó. Está en el pasado. Haz una nueva vida para ti misma.

Duke extendió la mano para abrazar al Sr. Santuro. —Gracias. Gracias por ser comprensivos. —Los hombres se dieron palmaditas en la espalda con profunda emoción.

Duke puso su brazo sobre el hombro de Mindy para sacarla. Georgia y Delbert ya esperaban fuera de la sala del tribunal. Cuando Mindy salió, Delbert extendió la mano y la envolvió en un cálido abrazo de oso. Como solía hacer cuando era una niña pequeña.

**** Fin ****

¹: Expresión utilizada para describir el casi tener un accidente o causar una tragedia

²: Expresión que se utiliza cuando una persona con poder, lo utiliza para conseguir favores